

SONIA ROCA

**CONGELANDO
EL
TIEMPO**



t.l,

CONGELANDO el tiempo

Sonia Roca

© 2020, Sonia Roca Juncà

Todos los derechos reservados

A Joan, por creer en mí.

A mi familia, por estar siempre a mi lado.

Ya todos vosotros, gracias.

Prólogo

Después de tanto tiempo, tras toda su preparación y el peso de los años a su espalda, su cuerpo sigue reaccionando a la defensiva cada vez que piensa en el orfanato. Un cosquilleo le recorre de los pies a la cabeza mientras un pinchazo constante se instala en su cerebro, entonces empiezan los temblores. Hoy le ha vuelto a ocurrir. Le ha visto en las noticias, su nombre al lado de la palabra “asesinado”. Ha muerto con los labios y los ojos cosidos, sus manos han sido arrancadas del cuerpo. Igual que los otros cadáveres.

Uno más para la colección, ha pensado.

Y después de eso ya no ha podido pensar en nada más. El pasado le ha golpeado con fuerza y no oye más que ruido a su alrededor. El mundo sigue su camino, pero él se queda allí congelado con la muerte a sus espaldas.

Acechándole.

Ese es el motivo por el que ha ido esta noche al lago, quiere acabar con ese ruido que le martillea por dentro. La luna llena ilumina sus pasos mientras se acerca al acantilado, se detiene justo en el borde y suspira. Se descalza y desabrocha su camisa, la dobla cuidadosamente y la deja encima de los vaqueros que ya se ha quitado. Una vez en ropa interior alza la vista al cielo y sonríe levemente a la luna. Flexiona las rodillas y salta desde el borde. Deja que el agua le engulla y consigue que por fin desaparezca el sentimiento de culpabilidad que le lleva acompañando desde hace tanto tiempo.

Una silueta se asoma tras un árbol lejano, lo ha visto todo. Saca una libreta y hace un par de anotaciones, después da media vuelta y desaparece en la oscuridad de la noche.

Capítulo 1

Aiden

t.1,

Presente, 1985

Shane está sentado en su despacho repasando todos los detalles del caso. Es el tercer asesinato con el mismo modus operandi, eso solo puede significar dos cosas: la misma persona ha cometido los tres crímenes o alguien está replicando el primer asesinato de hace dos años. Está esperando el informe del forense, aunque no le hace falta leerlo para saber que pone. Muerte por hipoxia cerebral, tararea mentalmente. En otras palabras, asfixia. Probablemente el asesino utilizó una almohada para ahogarle. Luego, con los guantes puestos se dedicó a coser con gran destreza los ojos y los labios de su víctima, dejándolos cerrados para siempre. No contento con eso cercenó las manos del cadáver de un golpe seco y las arrojó al otro lado de la habitación. En los casos anteriores no encontraron huellas, ni el arma homicida. Tampoco ningún sospechoso. Por lo que tiene claro que esta ocasión no será distinta.

Se frota con cansancio los ojos, lleva encerrado todo el día. Le ha despertado una llamada cuando todavía no había amanecido para avisarle de un nuevo asesinato. Así que ha salido con sigilo de la cama intentando no despertar a su mujer y después de desperezarse con una rápida ducha de agua fría se ha dirigido hasta el lugar del crimen.

Aún bailan por su mente las imágenes de las anteriores muertes, un escalofrío recorre su cuerpo y se estremece. Shane ya no es ese chico asustadizo de antaño, se hizo inspector de policía para defender a los inocentes. Sabe que este caso le costará más que cualquier otro, la verdad siempre ha sido un arma de doble filo y le da auténtico pavor lo que pueda encontrar. No le asusta la muerte, ni lo horriblemente macabro que pueda llegar a ser este caso. Le aterra enfrentarse a su pasado, porque sabe que detrás de ese muerto vendrá otro y luego otro más. Hasta desvelar la verdad, que le arrollará con fuerza y le devolverá al infierno del que ya no podrá escapar.

El forense entra sin preguntar en la habitación que tiene Shane como despacho. No hay ninguna ventana, son dos tubos fluorescentes los que iluminan la mesa del inspector durante todo el día en ese sótano de la comisaría. Esa luz de hospital le da dolor de cabeza, pero eso no le va a impedir resolver este caso, se dice a sí mismo. Shane alza la cabeza de entre los papeles y mira fijamente a Oscar con sus ojos color miel mientras espera las palabras mágicas.

— Es un imitador.

Arruga la nariz, no era eso lo que esperaba. Oscar deja caer el informe en medio de todo el papeleo de Shane y se sienta a su lado con cansancio. Se toca la barbilla con nerviosismo, un gesto que pone histérico al inspector.

— Es el mismo modus operandi —niega con rotundidad—. Tiene que ser la misma persona que cometió los otros dos asesinatos.

— Respecto a eso —carraspea—, en vista de los nuevos acontecimientos he revisado los informes que hice en su día para cada crimen y he descubierto nuevas pistas. ¿Te acuerdas de las pequeñas diferencias que hubo en los dos primeros casos?

— La primera vez que mató fue torpe, estaba nervioso y se notaba en la forma en que cosió los ojos, tenía las manos temblorosas y eso le llevó a hacer más de un remiendo para que su obra quedará perfecta. Dejó pasar el tiempo y perfeccionó su técnica con el segundo —Shane se lo sabe de memoria, recuerda cada palabra de esos informes. El caso le obsesionó, se pasó noches enteras investigando sin sacar nada en claro.

— Ya, esa fue mi hipótesis —suspira con cansancio—. Ahora lo veo todo con más perspectiva y tengo claro que cada asesinato lo cometió una persona distinta.

Shane abre los ojos y contiene la respiración.

— Si lo que dices es cierto —intenta medir sus palabras y hablar con tranquilidad—, tenemos a tres asesinos sueltos. Va a cundir el pánico, la gente ya está muy nerviosa. ¿Estás seguro?

— Del todo. Teniendo muestras de los tres crímenes veo claramente las diferencias en cada uno, son mínimas, pero están allí. Tenemos a dos imitadores.

Shane se levanta apresuradamente con el informe de la autopsia en la mano, coge la gabardina que cuelga del perchero y se dirige hacia la salida.

— No hables de esto con nadie, tengo que solucionar un par de asuntos primero —le dice antes de desaparecer por la puerta.

Cuando sale de la comisaría ya es más de medianoche, su mujer ya estará durmiendo por lo que en lugar de ir directamente a casa empieza a deambular por la ciudad. Después de veinte minutos andando sin rumbo fijo se para delante de una cabina telefónica, mira a ambos lados y cuando está seguro de que está solo entra en su interior. Marca con rapidez un número de teléfono que ya se sabe de memoria y espera a su interlocutor. Un tono, dos tonos, tres hasta que salta el contestador. Shane insiste, pero Aiden no responde.

— Maldición —se lamenta.

El teléfono de Aiden sigue sonando pero él no está en casa. Necesita silenciar el ruido que retumba en su cabeza desde primera hora de la mañana, apagar las voces que le atormentan cada noche y que hoy gritan con más fuerza que nunca. Por eso ha ido al lago, para lograr unos instantes de calma. No es la primera vez que lo hace, descubrió que el lugar donde más a salvo se sentía era bajo el agua.

Esta noche se ha zambullido con más fuerza que nunca, ha saltado con precisión del acantilado y ha sentido la gravedad tirando de él hasta el fondo. El gélido abrazo del agua le ha arropado y le

ha dado el chute de energía necesario para seguir con su trabajo, se reencuentra a sí mismo y una sensación de calma le inunda. Después de eso todo se vuelve silencio. Se queda muy quieto dejando que la corriente del lago le meza con suavidad eliminando todo el dolor y resentimiento que hay en su interior.

Cuando ya no puede aguantar más la respiración sale a la superficie. Da varias brazadas para llegar a unas escaleras de acero oxidado que suben hacia una torre que se conecta con el borde del acantilado gracias a una pasarela de madera. Aiden se dispone a subir por las escaleras y observa lo maltrechas que están las barras de acero. Es probable que un día de estos se desplomen junto a él hasta el fondo del lago, pero Aiden no teme al peligro. Ha vivido con él toda su vida. Sube con agilidad hacia la torre y permanece unos instantes en medio de la pasarela, respirando y escuchando el sonido de la noche. Cuando ya está seco se dirige hacia el árbol donde ha dejado cuidadosamente doblada su ropa. Se viste y vuelve a la soledad del hogar.

Cuando entra en su casa unifamiliar escucha el timbre del teléfono y el maullido quejica de su gato. Le da mala espina. Se apresura a cogerlo pero el teléfono deja de sonar. Intuye que llamarán de nuevo por lo que llena el bol de Ronnie con leche y se recuesta en el sofá esperando la llamada. Su casa no es muy grande; la planta baja está compuesta por un comedor de ladrillo visto con un gran ventanal donde los únicos muebles que hay son un sofá que hace las veces de cama, un televisor encima de un mueble de color roble y una mesita junto al sofá donde aguarda apaciblemente el teléfono. La cocina no es nada del otro mundo y la nevera daría risa a cualquiera que la abriera, come fatal. Hay un aseo al lado de las escaleras y en la planta superior dos dormitorios y un baño completo. Podría escuchar el teléfono desde cualquier zona de la casa, pero prefiere quedarse cerca, por si acaso.

No pasan cinco minutos que el teléfono reclama de nuevo su atención. Lo mira con respeto, coge aire y descuelga.

—Aiden, por fin —exclama Shane al otro lado de la línea—. Llevo toda la noche intentando localizarte.

—No estaba en casa. ¿Qué ocurre, Shane?

—¿Has visto las noticias?

—Todos lo hemos visto, sí. Otro muerto —suspira gravemente.

—Entonces ya sabes para que te llamo...

—No, Shane. Últimamente no sé muy bien por donde cogerte.

—Por aquí no, no es seguro. Nos vemos en el entierro —Shane corta la llamada.

Aiden se queda en silencio mirando el teléfono como si de una bomba se tratara. No hay manera de escapar del pasado, siempre que intenta pasar página algo vuelve para recordárselo.

Esa noche no duerme, permanece con los ojos bien abiertos rememorando lo peor de su infancia. Al día siguiente se viste con la misma camisa blanca del día anterior, le añade una

corbata negra, pantalones de traje y americana a juego con la corbata. Se observa en el espejo y ve en el reflejo todo el dolor que ha arrastrado a lo largo de los años, intenta peinar su enmarañado pelo castaño y hace de tripas corazón. Cualquiera que lo viera pensaría que de verdad siente la pérdida de ese hombre. Ojeras marcadas, pelo peinado inútilmente hacia un lado con mechones rebeldes que terminan cayendo sobre sus ojos verdes pesarosos y cabeza sutilmente agachada en señal de dolor. Esa es la pose con la que aparece en el entierro del Hermano Ardal.

Entra en el velatorio junto a varios feligreses que lloran por el muerto, una luz tenue ilumina débilmente la sala, dejando entrever las caras de tristeza de los asistentes. Ve a varios conocidos entre ellas, hay algunos chicos con los que estuvo en el orfanato, Brendan, Connor, varias Hermanas y muchas caras largas que no conoce. A su lado hay una larga mesa con agua y bebidas calientes, al otro un sinfín de sillas distribuidas para que aquel que se siente en ellas vea el lecho póstumo del Hermano Ardal. Observa de refilón que el ataúd de pino está cerrado, nadie en su sano juicio permitiría que se viera la atrocidad con la que han tratado el cuerpo. Suspira. Representa el papel para el que se ha preparado y se dirige hacia el centro de la sala a presentar sus respetos a las personas más cercanas al difunto.

—Hermana, le acompaño en el sentimiento.

La Hermana Viviana se gira hacia él con el mismo hábito negro que lleva desde que Aiden era tan solo un renacuajo, le mira con ojos acusatorios y chasquea la lengua.

—Mira quien tenemos aquí —sonríe falsamente—. No te veía desde que eras un mocoso.

—¿Me recuerda?

—Es difícil olvidar tu cara plagada de pecas y tus malas intenciones. ¿A qué has venido? —espeta.

Aiden está a punto de replicarle cuando Shane aparece a su lado para ahorrarle el mal trago.

—A presentar sus respetos, como todos. No sé si me recuerda Hermana, soy Shane. Nos cuidó cuando éramos unos críos.

—Lo que sé dice cuidar... —se mofa Aiden en voz baja.

La Hermana lo escucha y sonríe con maldad.

—Como olvidar a ese maravilloso trío que hacíais con tu hermano, Aiden.

La mira con rabia y se obliga mentalmente a no cerrar los puños y montar una escena.

—Lástima que el señor se lo llevará tan pronto, ¿verdad? —prosigue con retintín.

Aiden está a punto de perder el control por lo que Shane vuelve al rescate.

—Una pena, sí. Como lo de esta noche. Si nos disculpa.

Replica la misma falsa sonrisa que la Hermana Viviana y saca a Aiden de allí a rastras. Una

vez lejos de los demás se colocan estratégicamente en el centro del pasillo desde el que pueden controlar todo a su alrededor. Shane espera pacientemente a que una pareja desaparezca por la esquina del fondo y mira con preocupación a su amigo.

— ¿En qué pensabas?

— Querías que viniera al funeral.

— Una cosa es asistir —Shane se frota la frente con nerviosismo— y otra bien distinta es saltar a la boca del lobo.

— No lo pensé —responde con acritud.

Shane vuelve a mirar a su alrededor y pregunta en un susurro.

— Necesito que me digas la verdad. ¿Tienes algo que ver con esto?

Aiden no responde, mira fijamente a su amigo y suspira. Da media vuelta y se dirige a la salida. Shane le persigue y le para justo en el último peldaño que da a la calle.

— Aiden, necesito una respuesta. ¿Mataste al Hermano Ardal?

Capítulo 2

Kean

Pasado, 1970

Kean sospecha que se ha roto la nariz. No puede afirmarlo con seguridad, pero en el último puñetazo que le ha propinado Brendan ha escuchado un sonoro crujido parecido al de la última vez que se la rompió. Esta sería la tercera vez que se la parten, con solo quince años ha sufrido más fracturas que cualquier persona en toda su vida. Eso a él no le preocupa, está acostumbrado a pelear. No es que le guste, pero es lo que ha aprendido en la calle. A encajar los golpes que venían por doquier, sin importar de quien eran los puños que le arreaban. Intentaba esquivarlos y bloquearlos con su cuerpo para después devolverlos multiplicados por dos. Si tan solo se hubiera dedicado a recibir no tendría tantos huesos rotos ni moratones. Pero Kean es de los que no se rinden, así que cada vez que caía al suelo el orgullo lo volvía a poner en pie. No le quedaba más remedio que pelear, luchar para sobrevivir. Así había sido desde el día que su madre desapareció. Hace apenas cinco años de eso, jamás volvió a casa y eso le hizo crecer de golpe.

Con tan solo diez años y un hermano menor a su cargo, se dio cuenta que la vida no era fácil. No tenían padre, ni siquiera sabían si estaba vivo. Aunque nunca le dieron importancia, tenían a su madre y eso les bastaba. Jamás la escucharon quejarse, siempre estuvo allí cuidándolos como solo una madre sabe hacer. Hasta que un día dejó de estar. Se volatilizó. Meses más tarde supieron que había muerto de un chute de heroína en un callejón de Dublín.

Bajito, delgado y con la cara llena de diminutas pecas, tuvo que espabilarse para dar de comer a su hermanito Aiden. El pequeño tenía cinco años cuando su madre desapareció, aunque jamás perdió esa sonrisa que iluminaba todo a su alrededor. Era tímido con los extraños, pero una vez cogía confianza era imposible hacerle callar. Gracioso como él solo, pálido como la nieve y plagado de pecas como su hermano. Los dos de pelo castaño y ojos verdes, igual que dos gotas de agua de distintas edades. Por ese pequeñajo Kean salía a la calle a mendigar. Hacía recados por unas migajas de pan, llegaría a robar comida para sobrevivir, pero nunca dinero. Ese estilo de vida hizo que se topara con la peor calaña. En esa zona había unos chicos mayores que se dedicaban a robar en grupo y él era una presa fácil. Al principio solo le observaban, pero al cabo de un tiempo decidieron que les molestaba. Allí empezaron los golpes.

Esperaban a que terminara el día para acorralarle entre todos, si había conseguido algo de dinero o de comida se lo robaban con algún que otro moratón de regalo. Al principio le pillaron desprevenido, le dieron una paliza de muerte y llegó a casa arrastrándose mientras se sorbía los mocos de la nariz. Aiden corrió a su encuentro y le abrazó llorando. Esa noche no comieron. La siguiente tampoco. Pero a la tercera Kean estaba preparado, metió todas las piedras que su cuerpecito podía aguantar en una mochila y se la llevó a la espalda, esperó pacientemente a que le encontraran de nuevo. Ese día eran dos los que venían a por él. Un niño rubio que debía tener su edad y otro pelirrojo unos dos años mayor, o eso parecía por su estatura. Le acorralaron en un

callejón como ya era costumbre. Kean esperó a que se acercaran y cuando el pelirrojo llegó a su posición fingió que se rendía. Se sacó la pesada mochila de la espalda y se la ofreció. El chico sonrió malévolamente e hizo ademán de coger la bolsa, pero Kean hizo un movimiento rápido con ella y le golpeó en sus partes. El muchacho cayó de rodillas y Kean aprovechó el momento para darle con todas sus fuerzas en la cara. Estaba tan sorprendido que no vio venir los golpes que Kean le propinaba, terminó tirado en el suelo sangrando por un puñetazo en la boca. Kean se giró hacia su siguiente rival, el niño rubio se había quedado petrificado.

— ¿Quieres terminar cómo tu amigo? —Kean le miró desafiante.

Dio un paso hacia él y el chico reaccionó con un respingo dando cautelosamente un paso hacia atrás, luego otro y otro más, hasta darse la vuelta y salir por patas del callejón.

Esa noche Kean y Aiden comieron.

Le siguieron más patadas, golpes y moratones. Un día ganaba, otros perdía. Hacía lo imposible para llevar comida a casa, pero aunque quisiera no podía controlarlo todo. La electricidad de su pequeño apartamento se esfumó al poco tiempo que su madre, así que sobrevivían a base de mantas y edredones arrojados el uno junto al otro. Pasaron muchas noches temblando de frío y con los estómagos vacíos, esperando a que su madre volviera por esa puerta y todo se solucionara. Pero jamás volvió. Después de varios meses viviendo en la miseria una Hermana de la Caridad apareció en la puerta de su casa.

— Siento decirlo a estos pequeños —dijo apenada— pero hemos encontrado a vuestra madre muerta. Ya no hay nadie que cuide de vosotros hijos míos. Por eso he venido a buscaros, existe un lugar para chicos como vosotros donde nosotras os cuidaremos—. Kean la observó reticente, pero la Hermana siguió con su discurso—. No me mires así hijo. ¿Cuánto tiempo crees que duraréis en esta situación? Estáis en los huesos y el frío que está haciendo este invierno no va a ayudaros. Venid con nosotras, es vuestra mejor opción.

Kean sabía que tenía razón, por eso mismo y porque no le quedó más remedio, aceptó y confió en la Hermana Celia. Los llevaron al orfanato que ellas mismas regentaban y ahí fue donde poco a poco se complicarían las cosas.

Kean está acostumbrado a recibir golpes, por eso mismo no le importa ponerse delante de su hermano y defenderle de ese matón de Brendan. Hace varios años que los dos hermanos viven en el orfanato y Kean se ha ganado el respeto de todos y cada uno de los huérfanos. Como siempre a base de golpes e insultos. Es lo único que ha conocido. Pero Brendan acaba de llegar y cree que la mejor forma de hacerse un hueco en ese lugar es ir a por su hermano. A por Aiden. Quien, a sus diez años, sigue siendo una criatura graciosa que no aparenta más de siete, bajito y con todos los huesos marcando enérgicamente su piel. Sigue siendo el mismo niño tímido y temeroso que esperaba temblando a que su hermano volviera con algo de comer. Por eso cuando el matón de Brendan se ha metido con él no ha dudado ni un segundo en ir a buscar a su hermano mayor. Se ha colgado de su brazo y le ha susurrado su código secreto. Una clave que se inventaron a muy corta edad para pedirse ayuda. Unas palabras muy obvias, pero a ellos les da fuerza escucharlas y les envalentona.

— Juntos contra el mundo —le ha susurrado al oído.

Kean no necesita oír nada más, mira a su hermanito a los ojos y asiente con una leve sonrisa. Brendan ha llegado a su posición y Kean no duda en ponerse entre él y su hermano. Alguna que otra amenaza, varios insultos y muchos golpes después Kean cae al suelo con lo que cree que es su nariz rota. Se levanta cubriéndose la nariz con las dos manos. Baja la mirada al suelo y observa una pequeña mancha rojiza mezclada entre el polvo y las piedras justo en el lugar donde ha aterrizado su cara hace unos segundos. Mira a su adversario con odio, Brendan parece más fuerte que él. Pelo negro rizado, ojos marrones rasgados y una risa endemoniada. En un último arrebato, Kean se lanza encima de él, caen al suelo y empieza a darle cabezazos hasta que la Hermana Viviana corre a separarlos.

Capítulo 3

Aiden

Presente, 1985

Shane permanece de pie delante de Aiden, los dos amigos se miran fijamente a los ojos, sin pestañear. Como si se tratara de uno de los juegos con los que se divertían antaño, si pestañeas pierdes. Un relámpago ilumina el cielo seguido de un sonoro trueno que anuncia con fuerza la tormenta que está por llegar. Tras unos momentos de tensión Shane se encoge de hombros, pestañea y sonrío. Aiden ha ganado la partida.

—No sé porque te lo he preguntado. Perdóname —le abraza.

—Solo hacías tu trabajo —Aiden le devuelve el abrazo.

—Pero no has respondido —titubea.

Aiden se pasa la mano por el pelo y suspira.

—¿De verdad hace falta? ¿Después de todo lo que hemos vivido?

—Es verdad —niega con la cabeza— olvídale.

—Shane, cielo. Te estaba buscando —una voz femenina les interrumpe.

Aiden da media vuelta y ve a Eryn que se acerca grácilmente hacia ellos con un vestido negro de encaje. Sonríe al pasar por su lado y le da un beso en los labios a su marido. Shane la mira con ojos de cordero degollado. A Aiden le hace gracia, hace meses que se casaron y sigue reaccionando igual que cuando la vio por primera vez. Rubia con ojos castaños, delgada y bajita. Incluso con esos zapatos de tacón su amigo le saca tres palmos. Shane permanece embobado a su lado, la abraza por la cintura y deja que las manos de Eryn le acaricien su pelo castaño.

—Tienes que cortarte el pelo —sonríe con voz cantarina—. Un inspector de policía no puede llevarlo tan largo. ¿Verdad, Aiden? —Bromea.

—Claro, nadie va a tomarle enserio con esa melena.

Los tres se ríen, Shane tiene la manía de cortarse el pelo prácticamente al cero cada semana, por lo que no le crece más de medio centímetro.

—Reíros todo lo que queráis, es mi ritual de la buena suerte.

—Di que sí, cariño —Eryn le acaricia la mejilla—. Estás muy guapo con este corte y este

traje.

—Es mi traje para los funerales —suspira Shane—. Últimamente vamos a demasiados.

—Aun así estás muy guapo —se encoge de hombros—. En fin, voy a presentar mis respetos. Así te dejo un rato a solas con tu amigo.

Les guiña el ojo y se vuelve para subir los escalones y entrar de nuevo en el edificio. Shane sigue mirándola embobado y Aiden no puede evitar echarse unas risas.

—Tío, reacciona. Esa mujer hace contigo lo que quiere —le da un codazo.

—Lo sé. Tengo mucha suerte de tenerla.

Aiden asiente. Sabe que Eryn es la luz que guía a Shane entre la oscuridad, se conocieron hace años y surgió la chispa nada más verse, como en una mala comedia romántica. Él besa el suelo por donde pisa y ella, por suerte, se lo devuelve con dulzura y sensatez. Shane estaría perdido sin Eryn.

—Y tú también tienes suerte de tenerla —añade Shane.

—¿Cómo?

—Gracias a ella te has reído a mi costa en un sitio que jamás creí que nadie te arrancaría una sonrisa. Ha relajado el ambiente.

—Sí, estaba tenso. Lo reconozco. ¿Qué reacción esperabas con tu preguntita? —Le da un codazo.

—Me he pasado, lo sé. Pero tenía que estar seguro antes de pedírtelo.

—¿El qué? —Aiden arquea una ceja.

—Me han asignado el caso y necesito ayuda —Shane se rasca la cabeza mientras habla—. Has colaborado otras veces con la policía...

—No puedes pedirme esto —Aiden da un paso hacia atrás—. Harías que volviera a revivir toda esa mierda.

—No puedo hacerlo solo —suplica.

—Perdí a mi hermano por su culpa. Hace tiempo que intento eliminar todo el mal que nos hicieron, sería volver atrás. Además, ¿en qué puedo ayudarte?

Shane se estruja las manos con nerviosismo y mira con súplica a su amigo de la infancia.

—Tú mejor que nadie sabes lo que pasaba en ese orfanato. Ya han matado a dos Hermanas de la Caridad, ahora al Hermano Ardal. ¿Quién será el siguiente?

— ¿Por qué hablas en plural? —A Aiden no se le ha pasado por alto el detalle.

— La última autopsia nos ha revelado que cada asesinato lo cometió una persona distinta. Buscamos a tres asesinos.

Aiden se queda estupefacto. Da media vuelta y se adentra de nuevo en el velatorio. Shane le sigue y le sujeta el brazo, se acerca a él y le susurra.

— Necesito que me ayudes a identificarlos. Tú mejor que nadie sabes lo que se siente.

— Claro, porque yo también soy un asesino, ¿verdad? — intenta liberar su brazo pero Shane le sujeta con fuerza.

— Ya sabes a lo que me refiero. Además, podemos descubrirlo todo. Lo que hacían allí con nosotros. Les podemos hacer pagar por ello. Míralo como una oportunidad.

Aiden hace un gesto brusco y logra soltarse, se coloca frente a él y niega con la cabeza.

— Una oportunidad para que me encierren en una celda. Búscate a otro, Shane.

Su amigo no sabe que responder, así que le deja marchar. Se sirve un poco de café y va en busca de Eryn. Ya encontrará la forma de hacerle cambiar de opinión.

Aiden se apresura en desaparecer por la puerta, antes de hacerlo mira disimuladamente a Brendan y hace un gesto con la cabeza. Éste asiente y Aiden sale a la calle donde ya ha empezado a llover. Abre el paraguas y se desvanece en medio de la ciudad.

Pasados veinte minutos Brendan se ausenta del velatorio con una vaga excusa sobre el trabajo, cuanto más elaboradas son las excusas menos creíbles son. Ese es su lema. Empieza a andar por las calles de Dublín bajo su paraguas hasta divisar a Aiden en una esquina apoyado en una farola. De ella emana una luz que tintinea, apagándose e iluminando de nuevo cada dos o tres segundos. Brendan se planta a su lado, rebusca en su americana y saca un cigarro, lo enciende y tira el humo a Aiden con la misma mirada endemoniada y los mismos rizos descontrolados que cuando eran niños. No ha cambiado nada. Aiden ni se inmuta.

— No es el mejor sitio para una reunión clandestina —rebufa—. Ve al grano, tengo prisa.

— Shane lleva la investigación de los asesinatos.

— Todo eso ya lo sé, dime algo que me sorprenda.

Aiden pone los ojos en blanco, pero es justo en el instante en que la luz intermitente de la farola se apaga así que Brendan no lo ve.

— Sospecha que son tres asesinos.

— Es bueno saberlo —da una calada al cigarro—. ¿Y qué pinto yo en todo esto?

— Dímelo tu —le exige.

— La muerte es el mejor regalo que podían tener esos miserables. Y no, yo no los maté. Aunque no fuera por falta de ganas, como las tuyas.

Dicho esto, Brendan da la última calada al cigarro, lo deja caer al suelo y lo apaga con la suela del zapato. Da la espalda a Aiden y vuelve al velatorio.

Capítulo 4

Kean

Pasado, 1970

La Hermana Viviana aparece de la nada con fuego en los ojos. Se queda quieta con los brazos en jarras observando como los dos chicos siguen revolcándose en la tierra seca. Los gritos y ovaciones que momentos antes inundaban el patio desaparecen en cuestión de segundos. Nadie se atreve a alzar la voz delante de la Hermana Viviana. Pocos son los que se quedan, la gran mayoría se desvanece en un santiamén. Kean y Brendan son los últimos en percatarse de la atenta mirada que les acecha. Un leve pero firme carraspeo de la Hermana hace que levanten la cabeza al unísono en su dirección. Kean pega un salto hacia atrás y se separa de Brendan, este aprovecha el momento para levantarse rápidamente y quitarse el polvo de los pantalones. Bajo la atenta y silenciosa mirada de la Hermana forman una hilera de dos, uno al lado del otro: firmes, con la cabeza alta, los pies bien juntos y los brazos tan cerca del cuerpo como pueden. Brendan ha salido peor parado, los cabezazos de Kean le han dejado la cara llena de heridas por las que brota la sangre, un ojo morado y un chichón en la frente. Kean no ha salido ileso, si no se ha roto la nariz poco le ha faltado, se lleva la manga de la camisa a la cara y se frota con ella para quitarse la sangre. Tiene algún que otro rasguño en las rodillas y un moratón en las costillas, nada que el tiempo no pueda curar.

Después de lamerse las heridas se quedan quietos en esa posición esperando el sermón que les tiene preparado la Hermana Viviana, una mujer de mediana edad con arrugas en la frente y las facciones endurecidas por el paso de los años, las demás partes de su cuerpo son un misterio, están cubiertas por su hábito negro y una toca le oculta el pelo.

—¿Qué voy a hacer con vosotros? —Pregunta con dureza—. Siempre andáis a la gresca. ¡Esta es la Casa de Dios! Estamos aquí para darle las gracias por su misericordia y bondad, y vosotros no hacéis más que pelear. Es algo que no voy a tolerar. No podéis hacer lo que os venga en gana. Aquí hay unas normas y hay que respetarlas —mira a uno y otro repetidamente con firmeza—. Brendan, estás hecho un asco. Ve a la enfermería a que te curen las heridas.

Brendan asiente en silencio, da media vuelta y se dirige hacia la enfermería. Justo al pasar por el lado de Kean le susurra con maldad.

—Suerte con el castigo. ¿Cuántas horas serán esta vez?

Kean no responde, mira desafiante a la Hermana Viviana y espera su reprimenda.

—Vamos —le ordena— veo que necesitas que te recuerde las normas de esta casa.

La Hermana empieza a andar ceremonialmente hasta el interior del edificio. Kean sabe que no tiene más remedio que seguirla, así que ignora los ojos piadosos de los demás niños y se adentra

en el orfanato. Kean recuerda como le impactó la primera vez que entró en ese lugar. Un edificio de dos plantas construido a base de piedras talladas a mano y la estatua de Jesucristo recibíendole en la entrada. A su alrededor dos escalinatas con los peldaños revestidos de piedra gris subían hasta juntarse en el descansillo de la planta superior, desde la entrada se ofrecía una visión de los voladizos en los que se representaban las caras de todos los santos habidos y por haber. La planta superior se dividía en tres partes: en el ala derecha había una sala repleta de literas en las que dormían los niños, un cuarto de baño con seis duchas y un dormitorio en el que dormía la Hermana que hacía guardia esa noche. En el ala izquierda estaban las otras dos secciones de la planta superior, en una los baños y los dormitorios de las Hermanas, pequeñas alcobas con dos camastros cada una. La tercera división de la planta superior era una puerta prohibida para todos los niños. No sabían que había detrás de ella. Habían intentado entrar alguna vez, pero estaba cerrada con llave y les había acarreado alguna que otra reprimenda. Kean se moría de curiosidad por saber que había allí, pero de momento era todo un misterio.

En si el edificio parecía señorial, en el siglo XVI el edificio fue construido para un noble, con el tiempo pasó a manos de la congregación eclesiástica para adorar a Dios y ofrecer alojamiento a aquel que lo necesitara. Ahora no era más que fachada, el interior era frío, sin alma, sin nada que pudiera dar tranquilidad a unos niños huérfanos como ellos. Se podía notar el dolor en las paredes. Para las piedras el tiempo no había pasado, se mantenían firmes como el primer día, no como el interior del edificio que había ido desmoronándose lentamente como todos sus habitantes. En días de tormenta se escuchaba como el viento hacía gemir las ventanas que lloraban de pena por los pobres infelices a los que cobijaban.

Kean se adentra con la Hermana Viviana en el pasillo de la planta baja del edificio. Sigue su hábito negro mientras observa como la parte inferior de este roza el suelo y lo deja de un color emblanquecido. La Hermana Viviana da pasos muy lentos mientras saborea el momento. Ha aprendido que el mejor suplicio no es el castigo en sí, sino los momentos anteriores a él. Los niños se ponen cada vez más nerviosos y es más fácil moldearlos. Por eso da esos pequeños pasos. Kean lo sabe, no es el primer castigo que recibe y se limita a seguir sus pasos contando los minutos que le quedan de libertad. Se dirigen a la izquierda, dando la espalda al comedor con largas hileras llenas de mesas y bancos medio rotos junto a unos ventanales enormes que iluminan toda la habitación. Pasan delante de la lavandería, una habitación repleta de tablas de lavar de madera y cajuelas para que los niños laven la ropa ellos mismos. Una lavadora es un lujo que no pueden permitirse, así que cada niño tiene que lavarse su propia ropa. También pasan de largo la sala de oraciones, una pequeña capilla donde rezan las Hermanas, y llegan a la última puerta de ese interminable pasillo.

La Hermana Viviana esboza una ligera sonrisa y le invita a entrar. Kean coge aire y se adentra en la sala. Es una habitación como cualquier otra, blanca y libre de muebles, con una única mesa de madera y una silla que cojea. La Hermana arrastra la silla por el suelo de piedra haciéndola rechinar. Se sienta delante de Kean y le observa detenidamente en silencio. Recuerda perfectamente el día que llegó, un niño travieso que saltaba a la mínima y peleaba con todos. No ha cambiado nada, sigue siendo el mismo niño que hace unos años. Es más alto, pero igual de paliducho y esmirriado.

— ¿Qué voy a hacer contigo?

Kean no responde, sabe muy bien que es una pregunta retórica.

—Mientras veníamos hacia aquí he estado pensando en tu castigo, recuerdo muy bien el año de tu llegada, ¿sabes? Eras pequeño, pero estabas siempre metido en líos. Te hemos amedrentado varias veces, pero veo que no ha sido suficiente —cruza los brazos sobre el pecho y continua—. Tengo que hacer algo contigo Kean, no puedes seguir así. ¿Qué te parece un día entero como castigo?

Los ojos de Kean se abren al máximo y aguanta la respiración mientras su corazón empieza a latir con fuerza.

—Así me gusta, tal vez así dejes de molestar a tus compañeros. Venga, entra ahí.

Kean cierra los puños con fuerza y se dirige a una pequeña puerta que hay en el lateral izquierdo de la habitación, la Hermana Viviana se acerca a ella y la abre mientras observa la reacción del chico. Al abrir la puerta Kean se topa con una pared húmeda. Baja la mirada hacia el suelo y ve una pequeña abertura de la mitad de su tamaño. Suspira y se arrodilla para entrar en ese orificio. La Hermana Viviana le ayuda a entrar dándole un puntapié en su trasero. Una vez dentro comprueba que el habitáculo es tal y como lo recordaba, minúsculo, pero todavía cabe de rodillas. Si crece más no sabe cómo va a aguantar allí dentro.

La Hermana Viviana cierra la puerta y le deja en la completa oscuridad, con un aire repleto de humedad que se le clava en los pulmones y unas paredes que hacen que se asfixie.

Capítulo 5

Aiden

Presente, 1985

Ha pasado una semana y el teléfono de Aiden no ha dejado de sonar. Ante la insistencia de Shane lo ha dejado descolgado.

—A ver si se da por aludido —piensa en voz alta.

Y parece que ha funcionado, no ha intentado contactar por ninguna otra vía con él, así que Aiden ha vuelto a respirar con tranquilidad. Por fin puede centrarse en lo verdaderamente importante, su trabajo. Es trabajador social, a su padre adoptivo le pareció poca cosa al principio, pero Aiden le demostró que era una pieza esencial para que los engranajes de la sociedad funcionaran a toda máquina. A Aiden no le cabe en la cabeza que una pieza de esa maquinaria se estropee, si eso pasa alguien sale malherido y siempre son los más débiles los que sufren las consecuencias. Se ha especializado en casos de niños desamparados o maltratados. Bueno, especializado no, porque solo estudió lo básico. No tenía dinero para más y no quería pedir a su padre adoptivo más de lo que ya le había dado. Fue justo al tercer mes de haber empezado a trabajar. Era un novato. Y como tal, le asignaban los casos más fáciles y aburridos que pudieran haber. En uno de esos casos que harían bostezar a cualquiera Aiden vio algo que le hizo sospechar. Más bien una sensación, algo le dio mala espina en ese hombre que le pidió ayuda con una sonrisa de oreja a oreja para rellenar un formulario. Se guió por su instinto y le investigó, le siguió hasta su casa y le observó con detenimiento varios días. Resultó que tenía a su mujer encerrada en el sótano junto a varios niños desnutridos. Después de eso no volvió a rellenar formularios, se interesó por otros casos de personas desamparadas y se dio cuenta que lo que más le llenaba era ayudar a niños. Daba igual que caso fuera, podía ayudar a un niño a sobrellevar la muerte de sus padres mientras se adaptaba a una familia de acogida, como cuidar de un chico al que su tío había maltratado a espaldas de sus padres. Todos los casos eran igual de importantes para él. Esos logros le consiguieron un pequeño despacho dentro de la oficina, le colocaron en una habitación acristalada con una mesa donde trabajar y recibir a las visitas. Colocó un armario en el único lado de la habitación que no era de cristal y si alguna vez necesitaba dar más privacidad a las visitas bajaba una fina cortina gris que les separaba del exterior.

Ahora está inmerso en el expediente de una niña que ha dejado de hablar, su familia no tiene recursos para llevarla al psicólogo por lo que han acudido a servicios sociales para que les presten ayuda. Aiden está estrujándose los sesos para encontrar alguna ayuda económica que pueda adaptarse a las condiciones de esa familia cuando nota una presencia a su izquierda.

—Estoy ocupado —masculla sin levantar la vista de los papeles.

—Ya lo veo, pero necesitaré que me presté unos minutos de su tiempo, por favor.

A Aiden le suena esa voz, aunque no le es familiar. Alza la cabeza y gira levemente la silla de ruedas para encontrarse delante de Brie Quinn. No puede hacer más que sorprenderse. ¿Qué hace esa reportera del corazón en su trabajo?

— ¿No me invita a tomar asiento?

Aiden hace un gesto con el brazo para indicarle la silla que está frente a su mesa, Brie Quinn se contonea al pasar por delante. Lleva una blusa blanca ceñida al cuerpo junto a una falda de traje gris y unos zapatos de tacón que estilizan su perfecta figura. Se sienta delante de Aiden y le sonríe con los labios más rojos que haya visto nunca. Esconde su larga melena castaña en una coleta improvisada y saca una libreta de su bolso.

— Por fin conozco al gran Aiden Walsh.

— Veo que me conoce.

— Quien no conoce sus hazañas, soy una gran admiradora de su trabajo señor Walsh —Brie pestañea varias veces sin dejar de sonreír.

— Por desgracia no puedo decir lo mismo —Aiden se cruza de brazos.

Brie deja de pestañear y carraspea.

— ¿No le gusta la prensa del corazón señor Walsh?

— ¿Sacar trapos sucios de famosos para ponerlos en ridículo? Debería estar prohibido.

— Esa no es la opinión de la mayoría, verá...

— ¿A que ha venido? Yo no soy famoso ni conozco a nadie que lo sea. No tengo nada que pueda interesarle.

Brie vuelve a sonreír y se inclina hacia Aiden.

— Iré al grano. Sé que ayudará a detener al Remendador y quiero una exclusiva.

Aiden suspira, es el nombre que puso la prensa al asesino de los Hermanos de la Caridad y desde entonces cada vez que sale una noticia sobre el caso lo apodan con ese nombre.

— Siento decepcionarla —se inclina hacia atrás en su silla—. Le han vendido humo.

— No tiene por qué esconderse, el mismísimo inspector Shane Collins lo ha anunciado esta mañana en una rueda de prensa.

Aiden no puede creerlo, esto ha llegado demasiado lejos.

— Es suficiente, váyase —chasquea la lengua.

— Todavía no me ha dicho nada —insiste la periodista.

—Y no le diré nada, porque no hay nada que decir. Déjeme trabajar.

Es su última palabra, clara y contundente. La periodista no se mueve y Aiden opta por ignorarla, baja la cabeza y sigue trabajando. Brie le observa detenidamente y tras una hora Aiden empieza a ponerse nervioso.

—¿Quiere irse de una vez? —le espeta.

—No —ahora es ella quien se cruza de brazos.

—Muy bien, entonces el que se va soy yo. Cierre la puerta al salir.

Aiden se levanta y guarda en el armario bajo llave el expediente en el que está trabajando, tiene esa costumbre, por lo que si esa mujer quiere rebuscar entre sus papeles no encontrará nada. Ya se aburrirá. La deja allí y baja las tres plantas del edificio por la escalera. Cuando llega a la entrada localiza al portero que está limpiando los cristales de la entrada.

—¿Ha dejado entrar a Brie Quinn al edificio?

—Si, dijo que tenía cita con usted.

—Pues le ha mentado, la próxima vez no la deje entrar —Aiden nota que le tiembla la voz, intenta calmarse y sonrío al portero—. Por favor —añade.

El portero asiente con otra sonrisa y sigue limpiando el cristal de la entrada. Aiden sale de las oficinas, para un taxi y se dirige hacia comisaría.

Capítulo 6

Kean

Pasado, 1970

Es la Habitación del Pecado, allí es donde le han castigado. Una improvisada sala que construyeron dos años atrás. Detrás de esa puerta que Kean ha cruzado está el mismísimo infierno. Allí les envían las Hermanas cuando alguno se porta mal. Para los más pequeños hay castigos físicos como ponerse de rodillas con los brazos extendidos y libros en cada mano mientras una Hermana se dedica a atizarlos con una regla en la espalda. Hay castigos para todo, si no hacen bien la cama hay una reprimenda física y verbal. A los más suertudos solo les alzan la mano muy de vez en cuando, a otros les dan palizas. Las Hermanas no suelen pegarles más que con la regla y algún que otro azote, pero a veces, cuando vienen los Hermanos a rezar alguna que otra les cae. Kean prefiere mil veces una paliza de las gordas a esto y la Hermana Viviana lo sabe bien. Por eso le castiga de esta manera.

Kean permanece de rodillas dando la espalda a la puerta, si se inclina un poco hacia delante puede rozar la pared con la frente. No tiene margen de maniobra para moverse. Puede alzar levemente la cabeza, pero siente como su pelo se enreda en las grietas del falso techo. El corazón le late a toda prisa, ese olor a humedad no le deja respirar, se le clava en la garganta y no deja que el aire llegue a los pulmones. Empieza a hiperventilar mientras unas gotas de sudor se resbalan por su rostro. Alza el brazo y se frota la cara, posa la mano en la pared y reposa cuidadosamente la frente en ella. No puede ver nada, al cerrar la puerta la luz se ha esfumado. Está solo con su imaginación y ahora mismo la odia. Porque la imaginación de un niño es muy traicionera. Sin quererlo imagina que las paredes de la habitación se van estrechando cada vez más. Así que pone toda su fuerza en los brazos para evitar que eso se haga realidad, empujando tanto como puede la pared que tiene delante de él. Cada vez se siente más oprimido, aunque la pared no se mueve. Suspira aliviado. Desgraciadamente la paz le dura pocos segundos. La camiseta le molesta, nota como le oprime el pecho y le aprieta con fuerza. Aunque sabe que no tiene sentido porqué es dos veces más grande que su talla, pero aun así no puede respirar. Sigue hiperventilando, cierra los ojos con fuerza y los vuelve a abrir. La negrura sigue allí, aprisionándole en esas paredes como ha hecho tantas veces, como lo hará esta noche.

Capítulo 7

Aiden

Presente, 1985

Entra con decisión en la comisaría, sonrío con descaro a la chica morena del mostrador y pregunta por Shane.

—Está reunido —la chica de la entrada le devuelve la sonrisa—. ¿Tenía cita con él?

—En realidad —Aiden se apoya en el mostrador y la mira avergonzado—, tenía que estar en esa reunión, pero el tráfico me ha jugado una mala pasada. ¿Podría dejarme pasar? Creo que están en la sala de conferencias, entraré por atrás y no se darán cuenta de mi retraso —la chica le mira con indecisión, Aiden recurre a otra de sus sonrisas y la chica se sonroja—. ¿Haría eso por mí? Le estaré eternamente agradecido.

—No le veo en la lista...

—Que cabeza la del inspector Shane —sigue sonriendo—, me citó ayer a última hora, se le habrá pasado por alto incluirme en el registro. ¿Puede mirar las autorizaciones de este último año? Verá que he colaborado con la policía en varias ocasiones. No quisiera que molestáramos al inspector por un detalle tan insignificante. Le dejo mi identificación para que lo compruebe.

La chica coge la identificación, le mira de reojo varias veces mientras repasa el historial del último año. Aiden se mantiene con la misma pose de chico en apuros sonriente, al fin la chica le devuelve la identificación junto a un pase para entrar en las instalaciones.

—Muchísimas gracias —le dedica otra de sus sonrisas.

Coge sus pertenencias y se adentra en el edificio. No necesita ningún guía, ha estado allí varias veces en los últimos años. Por eso sabe perfectamente que todas las reuniones se convocan en la sala de conferencias, una sala alargada con ocho hileras de sillas separadas por un pasillo. Cuando entra en la sala todos los que hay en el interior observan con horror las imágenes que se proyectan en la pantalla. Toda la sala está a oscuras, la única luz emana de las imágenes del Hermano Ardal mutilado, Shane es quien va pasando las imágenes y detallando los avances que han hecho. Aiden se estremece, es una imagen muy macabra. Había jugado con su mente imaginando el estado del cadáver pero la realidad lo ha superado con creces. El muerto está tirado en medio de su propio dormitorio sin nada de ropa, los brazos y las piernas están colocados en la posición de la cruz. Donde antes estaban las manos ahora hay un charco de sangre. Un hilo de torzal negro recorre los párpados del muerto de un extremo al otro dibujando pequeñas cruces que hacen a su vez de carceleras, impidiendo que nadie pueda ver la mirada de horror del Hermano Ardal al encontrarse de repente con la muerte. El asesino utilizó el punto de cruz para acallar su voz. Las mismas cruces encierran sus gritos desde la comisura de los labios hasta el

centro de estos. Aiden desea con todas sus fuerzas que las mutilaciones se hayan cometido después de que su corazón dejara de latir.

La imagen cambia y Shane sigue hablando, ahora se ven unas manos viejas y arrugadas bañadas en un charco de sangre, justo a los pies de la cama.

— Cómo sabéis primero le ahogó con su propia almohada, después se dedicó a coser los párpados y los labios del cadáver. Cuando terminó le cercenó las manos y las arrojó lejos del cuerpo. El asesino quiere privar de sus sentidos a la víctima: le quita la vista, el tacto y el gusto. Esa es su firma.

Aiden suspira aliviado. Alguien de entre el público habla.

— ¿Han encontrado el arma?

— No, igual que en los otros casos. Se cuela por la noche y les ahoga con su propia almohada. No hemos encontrado rastro de agujas ni de hilo, tampoco del arma con el que les han cortado las manos. Ya tenemos el informe de la autopsia, ahora nuestro forense Oscar os explicará la información que ha extraído.

Un hombre de mediana edad, con más entradas que pelo y unas gafas de pasta que amplían sus ojos haciendo que parezcan la parte más grande de su cabeza, sube a la tarima y se coloca al lado de Shane. Empieza a balbucear con tecnicismos y detalles a los que Aiden no presta atención, no entiende nada de lo que dice Oscar así que se limita a observar la sala. Ya ha perdido el hilo de la explicación cuando un murmullo empieza a crecer.

— ¿Cómo que tres?

— No puede ser —niega otro.

— ¿Estamos locos? ¡La gente tendrá miedo de su sombra!

Shane se pone en el centro y da un par de palmadas, el murmullo cesa y todos se vuelven hacia él.

— Las pruebas lo confirman, el Remendador son tres personas distintas. En breve lo anunciaremos a los medios, hasta entonces no hace falta que les recuerde que es secreto de sumario. Les avisaré cuando tengamos más información. Recuerden, busquemos a tres personas — Shane enfatiza esas palabras — que entraron en los claustros sin forzar la entrada. Podrían ser conocidos o familiares. Trabajen en eso.

Los agentes se van de la sala comentando el caso unos con otros, Aiden espera a que Shane se quede solo y se acerca a la tarima.

— Quién te ha visto y quién te ve.

Shane alza la cabeza y mira sorprendido a su amigo.

—¿Cómo diablos has entrado?

—Tengo mis recursos —se encoge de hombros.

—Ya —suspira—, no vuelvas a encandilar a Rosalin. ¿Qué quieres?

—Dímelo tú. ¿Cómo no cogía el teléfono has decidido tenderme una emboscada?

Shane sonríe.

—Ha funcionado. Tenía que captar tu atención.

—Siempre has tenido mi atención —exclama con un bufido—. Pero no con esto, pídemelo lo que sea y te ayudaré, pero esto me sobrepasa.

Shane baja de la tarima y se acerca a Aiden, le coloca las manos sobre los hombros y sin perder la sonrisa le zarandea.

—Juntos contra el mundo, ¿recuerdas?

—No juegues con eso —Aiden da un paso atrás.

—No estoy jugando, te necesito. Más que nunca. Ya no somos unos críos, hemos pasado por mucho juntos y no puedo hacerlo sin ti.

—Es imposible —niega—. Voy a revivirlo todo. Si te ayudo, que no estoy diciendo que lo haga, volveré al pasado. Tendré que enfrentarme de nuevo a la muerte de mi hermano. He luchado para eliminar esas imágenes de mi cabeza y desde el entierro de ese miserable me han atormentado cada noche. Quiero borrarlo. ¿No lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —Shane le mira con tristeza—, por eso quiero que me ayudes. Es tu oportunidad para cerrar ese capítulo de tu vida. Encontramos a los culpables y los encerramos. El caso se archivará y con el tiempo todos lo habrán olvidado. Podrás seguir con tu vida —se encoge de hombros y añade—, bueno más que vida con tu trabajo, porque no te veo muy por la labor de formar una familia.

—No intentes quitarle hierro al asunto —pone los ojos en blanco—. Desde lo de mi hermano he vivido encerrado en una burbuja, no hay espacio para nadie más.

—Pues tenemos que romper esa burbuja —sentencia— el tiempo pasa y tu sigues lamentando el pasado. Esta investigación te irá bien, ya verás.

Aiden duda y Shane lo nota, por eso sigue insistiendo. Sabe que su amigo no se quedará parado ante las injusticias. Aiden no deja de darle vueltas, una cosa era imaginarse como murieron, pero al verlo se estremece, tienen que pararlo.

—Con una condición —suspira.

—Por supuesto —los ojos de Shane brillan de la emoción.

—Nadie puede relacionarme con lo que pasó, si algo me salpica desapareceré. ¿Entendido?

Chocan la mano y sonríen. Juntos contra el mundo, siempre ha sido así.

Capítulo 8

Kean

Pasado, 1970

¿Cuánto tiempo ha pasado? Kean no tiene claro como medir el tiempo en la Habitación del Pecado, lo que para él son horas tal vez sean solo minutos en el exterior. Allí dentro todo se magnifica, las emociones afloran sin poder reprimirlas y estalla en lágrimas de rabia. Un dolor que guarda para sus momentos a solas. Ha contemplado sus opciones miles de veces. Sería fácil escapar del orfanato, pero una vez fuera no sabría cómo sobrevivir. Lo intentó en el pasado. Fue después de su primera incursión en la Habitación del Pecado, se pasó en ella dos horas y decidió que no tenía que aguantar eso. No se lo deseaba a nadie. Le pasó la imagen de Aiden por la cabeza, enjaulado entre esas cuatro paredes llorando. Por eso quiso fugarse, para darle algo mejor a su hermanito. No iba a permitir que le maltratasen como a él.

Por la noche fue en silencio a su cama que estaba situada en la otra punta de la habitación. Era una sala alargada repleta de literas a izquierda y derecha de metal y con los muelles maltrechos. Asignaban las camas en función de la edad, en ese orfanato eran todos niños y el rango de edad iba de los cuatro años a los diecisiete. Kean había contado las camas más de una vez, eran casi cincuenta camas y cada huérfano tenía un único cajón para guardar sus pertenencias al lado de su litera. Salió con sigilo de su cama y fue hacia la de su hermano de puntillas.

— Aiden —susurró— despierta enano.

— Mmm... —gimió dándose la vuelta.

— Venga pequeñajo, sino te levantas me iré solo. Ya veo que no quieres vivir aventuras — siguió susurrando Kean mientras le acariciaba el rostro para despertarle.

— ¿Aventuras?

Los ojos verdes de Aiden se abrieron de golpe. Kean sonrió y le pidió que no hiciera ruido. Cogieron sus pertenencias: unos zapatos agujereados y una muda de ropa que habían conseguido de las donaciones de la Iglesia y salieron por la puerta. Kean iba delante y se paró justo en la puerta del dormitorio de la Hermana que estaba de guardia. Tenía una pequeña vela encendida, pero podía escuchar sus ronquidos. Los mandaban a la cama a las nueve de la noche y los supervisaban hasta media noche, después la Hermana que estuviera de guardia caía rendida en la cama. Eran cerca de las dos de la madrugada y Kean rezó para que estuviera en un sueño profundo. Pasaron sigilosamente por su puerta y bajaron los peldaños de las escaleras a oscuras, con lentitud, intentando pisar correctamente y no tropezarse. Por fin llegaron a la planta baja, Aiden seguía con felicidad a su hermano procurando seguir todas sus instrucciones al pie de la letra.

—Vale, enano. Ahora haremos una carrera. Cuando abra la puerta tienes que correr tan rápido como puedas hasta llegar a la verja. ¿Crees que podrás llegar antes que yo? —Le guiñó el ojo.

Aiden asintió y se puso en posición, flexionó sus piernecitas e inclinó levemente el cuerpo hacia delante. Kean esbozó una sonrisa y se esforzó en girar el picaporte, iba bastante duro. Cuando consiguió que girara e hiciera clic empezó a tirar con todas sus fuerzas hacia él para abrirla. En cuanto la luz de la luna se coló por la entrada Aiden empezó a correr con toda su energía. Saltó de alegría al llegar a la verja, se giró y vio a su hermano detrás de él.

— ¡He ganado, Kean! ¡He sido el más rápido!

— Es verdad pequeñajo —sonrió Kean que le había dejado ganar aposta— ya eres todo un hombrecito. Ahora vamos a escalar esta verja. Voy a auparte para que pases por encima, ¿de acuerdo?

Dobló la rodilla y juntó las dos manos sobre ella, Aiden colocó su pie encima y Kean lo levantó con todas sus fuerzas. Aiden llegó por los pelos a la parte de arriba de la verja, tuvo que andarse con cuidado para no pincharse, la verja terminaba en forma de flecha en punta y Aiden casi se clava un brazo en ellas. Se colocó de pie entre las barras horizontales que había en la parte superior y miró a su hermano con un miedo repentino.

— ¿Y ahora como bajo? —chilló.

— Ahora lo verás, tú no te muevas y agárrate bien fuerte.

Kean cogió carrerilla y saltó a la verja haciéndola vibrar con fuerza, Aiden se cogió fuerte de las barras de metal mientras su hermano sudaba la gota gorda para subir. Una vez arriba Kean se deslizó grácilmente hacia abajo.

— Tendrás que saltar, Aiden —le ordenó.

— ¿¿Qué?? —se quejó—. Está muy alto Kean, no puedo.

— Venga que yo te cojo —le animó— ya eres todo un hombrecito, ¿no? No te pasará nada, confía en mí.

Y eso hizo, confiar en su hermano como siempre hacía. Porque su hermano era el único que había estado siempre con él, le había cuidado desde pequeño y era el único que jamás iba a fallarle. Le admiraba y le tenía en un pedestal, ese pedestal en el que ponen los hermanos pequeños a los mayores. Creyendo que pueden protegerles de cualquier cosa. Así que saltó, se tiró de pie encima de Kean y este lo cogió al vuelo, cayendo al suelo y haciendo de amortiguador para que el pequeño no se hiciera daño.

— ¡Qué guay!

— Si, muy guay —respondió Kean mientras intentaba mitigar el daño que se había hecho al caer.

— ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

— Ahora vamos a casa.

Pero no volvieron a casa. Con la muerte de su madre dejaron de pagar el alquiler y cuando se fueron al orfanato otros ocuparon el piso. Encontraron una familia viviendo dentro y no pudieron hacer más que volver sobre sus pasos.

Pasaron las siguientes noches en la calle, malviviendo debajo de un puente en el centro de Dublín, compartiendo cartones con varios mendigos y calentándose en una hoguera que ellos mismos improvisaron. Volvieron a pedir limosna, con la diferencia de que ya no eran tan pequeños y chicos como ellos que suplicaban un bocado de pan había a montones, pocos les hicieron caso y lo poco que consiguieron se lo robaron mientras dormían. Llegó el invierno y el pequeño fuego que les calentaba no era suficiente, con el frío y la poca comida Aiden empezó a tener fiebre y no dejaba de llorar.

— ¿Por qué no volvemos, Kean? —gimoteaba.

— Ese sitio es un lugar horrible —le explicó— en ese sitio pegan a los niños ya lo has visto. No quiero que te hagan daño.

— Pero allí cuidan de nosotros, nos dan de comer y una cama. A mí no me han pegado nunca y si fuera a pasar, ¿me protegerías verdad?

— Eso no lo dudes, enano.

— Pues volvamos, por favor —suplicó entre lloros.

Kean necesitó un día más para hacerse a la idea, pero su hermano había empeorado y él no tenía medios para protegerle, así que muy a su pesar volvieron al orfanato. Volvieron un día lluvioso, empapados y tiritando. Las Hermanas les abrieron las puertas y les envolvieron en mantas, al día siguiente le castigaron por su aventura. Unas horas más en la Habitación del Pecado. Pero se prometió una cosa, que nunca nadie le haría daño a Aiden. Nunca jamás. Por eso siempre se enfrenta a todo el mundo para protegerle. Para que nadie le alce jamás la mano a ese pequeñajo, puede soportar esta tortura si su hermano es feliz.

Kean sigue pensando en el pequeñajo cuando la Hermana Viviana abre la puerta y la luz inunda el agujero.

Capítulo 9

Aiden

Presente, 1985

El primero de la lista es Connor. Shane le ha puesto al día sobre la investigación. Aiden ya está familiarizado con esos expedientes así que le echa un vistazo mientras van de camino. Ha participado en varias investigaciones, aunque nunca fueron sobre asesinatos sino sobre niños maltratados. Algunos casos los destacaba el mismo, veía una marca rara en el brazo de un chico o en el cuello de su madre y llamaba a Shane. Otras veces era la policía quien acudía a él para que diera su visión sobre una declaración. Conseguía detectar las mentiras de cualquier chico que, ya fuera por miedo o por un desastroso intento de proteger a su agresor, mentía. Él era el nexo de conexión entre las víctimas y la policía. Se le daba rematadamente bien porque él había vivido la misma angustia, esa sensación de asfixia y de desesperación. Se veía representado en todos esos críos.

—¿Has terminado?

Aiden deja de leer y mira por la ventanilla como se desvanecen los edificios, Shane frena el coche en un semáforo y todo a su alrededor se detiene.

—Tres asesinos, tres muertos, mismo modus operandi. ¿Has barajado la posibilidad de que trabajen juntos?

—Es una opción, si —asiente—. ¿Qué te dice tu intuición?

—Tu eres el policía —suspira—. Yo solo vengo a observar.

—Harás más que eso —Shane agrava la voz y aprieta las manos en el volante al mismo tiempo que pisa el acelerador—. Tienes que sacarlos de sus casillas. Ese es tu cometido. Es uno de ellos, lo sé.

—No sabes nada —bufa—. Si lo supieras no me habrías traído —Aiden se tapa la nariz con el brazo—. Qué asco.

Han bajado del coche y están junto a un contenedor de basura al que lleva dándole el sol toda la mañana. El olor a podredumbre se cuele en sus fosas nasales, se apartan de un salto y entran en un callejón conteniendo la respiración.

—¿Qué hacemos aquí?

—Buscamos a Connor, suele pasar el tiempo por esta zona —Shane hace un gesto con la cabeza para señalar unos cartones que hay en la pared junto a una especie de carro con basura

acumulada.

— ¿Duerme aquí? —Aiden frunce el ceño.

Shane empieza a andar hacia unos vagabundos, están en el fondo del callejón sentados sobre una montaña de basura maloliente. Aiden se obliga a respirar por la boca. Uno de los vagabundos deja de rebuscar en la basura y los mira con interés.

— Buscamos a Connor —anuncia Shane con voz firme—, suele dormir en esos cartones de allí —los señala con la cabeza—. ¿Lo habéis visto?

— Ese rubio llorica, sí. Puede ser —sonríe el vagabundo, Aiden se fija en que solo tiene la mitad de su dentadura y en lo amarillas que están.

— ¿Dónde está?

El vagabundo baja del montículo de basura de una zancada y se acerca a ellos, huele realmente mal.

— Pues verá, paso mucha hambre. ¿Sabe usted? Y eso hace que no piense con claridad —pega una carcajada.

— Ya veo —Shane sigue con el mismo tono de voz firme y tranquilo—. ¿Qué quiere a cambio?

— Bien, bien. Nos entendemos —el vagabundo se frota las manos.

— No tengo todo el día. ¿Cuál es el precio?

— Cien libras —masculla con avaricia.

Shane pone los ojos en blanco y hace un gesto de negación con la cabeza.

— Veinte y le doy un cigarrillo. ¿Lo toma o lo deja? Tenemos prisa.

El vagabundo asiente y coge el billete junto con el cigarro.

— ¿Fuego? —pregunta.

Aiden observa el intercambio en silencio, Shane saca un mechero de la gabardina y el vagabundo enciende el cigarro. Da una calada, dos, tres y esboza una sonrisa sin quitar los ojos del billete que tiene en la mano.

— Está cerca de aquí. Donde la lavandería.

Shane da media vuelta y sale del callejón. Aiden hace lo mismo. Cuando llegan a la calle principal adelanta a su amigo y le para.

— ¿Vas a explicarme que hace Connor con esa gente?

— Connor —suspira— vagabundea por esta zona. Ha tenido una mala racha y perdió su trabajo, no tiene dinero así que vive entre esos cartones.

—No —niega con incredulidad— le vi en el entierro hace apenas una semana.

—Le presté un traje. Os pedí a todos que vinierais al funeral. No me costó encontrarlo, había recibido alguna queja por ruidos en esta zona y Connor estaba entre los que armaban alboroto. Vine a buscarlo el día del entierro, le llevé a casa para que se duchara y una vez allí lo perdí de vista. Se esfumó nada más llegar por lo que no tuve ocasión de preguntarle nada.

—Podrías haberle preguntado en tu casa.

—Estaba Eryn —niega con la cabeza—. Quería analizarle antes de actuar, ha cambiado.

—Todos hemos cambiado. Vi a Brendan en el funeral, ¿también le investigas a él?

—No confío en ellos —se encoge de hombros—. El experimento me ha costado uno de mis trajes. Connor desapareció después de intercambiar unas palabras con Brendan.

Shane vuelve a andar y giran en la esquina, justo al lado de la lavandería encuentran a Connor pidiendo limosna de rodillas al lado de la puerta. Aiden le observa con detenimiento. Recuerda ese niño rubio de ojos nerviosos, ahora es adulto y sus ojos deprimidos hacen juego con su cadavérico rostro. Está muy pálido y cuando no está pidiendo limosna no para de frotarse los brazos. Se acercan a él y ve su ropa manchada y llena de agujeros.

—Connor...

—Aiden —Connor entorna los ojos—, ¿eres una alucinación o estás aquí? Te veo mucho últimamente —empieza a reír como un loco.

—Soy yo —responde con suavidad—. ¿Qué te ha pasado?

—Aiden, Aiden, Aiden... —sigue riendo—. Lo mismo que a ti. Pero yo no he tenido tanta suerte. ¿Sabes? Sigo soñando con ello todas las noches. ¿Tú también? —Se levanta y le zarandea con fuerza—. Dime que no estoy loco.

—¿Dónde estuviste la noche en que mataron a Ardal? —Shane los interrumpe y le obliga a dejar de zarandear a su amigo.

—El mundo se desmoronó para mí ese día —Connor ignora la pregunta de Shane y sigue hablando—. Todo se rompió, me sentí solo en un lugar lleno de dolor. Eso te cambia, tú lo sabes bien.

—¿Por eso te metes esa mierda? —Aiden no ha pasado por alto las marcas de pinchazos que tiene en el brazo.

—¡Lo superé! —Chilla alzando los brazos—. Y volvió por sorpresa en mis sueños. Cada noche. Me susurraba que no podía escapar. Colapsé —le mira con odio—. Esa mierda que tú

dices me ayuda a dormir sin verle. Es lo único que me mantiene en este mundo. Dime, ¿tú no te despiertas gritando en plena noche?

— Connor —Shane reclama su atención—. Tenemos que saberlo, ¿dónde estabas la noche en que mataron al Hermano Ardal?

— Es lo único que os interesa —se aparta de ellos y se sienta de nuevo sobre sus rodillas—. ¿Crees que no sé lo que pretendías en el funeral? Por lo menos pude sacarle partido al traje, me dieron un buen viaje por él.

— Nos da igual el traje —Aiden interviene—. Necesitamos saber dónde estuviste la noche en que lo mataron. Haz memoria, por favor.

— No sé en qué día vivo, pero seguro que estaba pinchándome entre mis cartones —se encoge de hombros—. Ahora alejaos de aquí, espantáis a la gente.

— Entonces no podemos descartarte —Shane ignora su petición—. Sin coartada sigues siendo sospechoso.

Connor empieza a reír como un condenado, empieza a rodar por el suelo y a patalear como un loco. Los otros dos aguardan a que termine intercambiando miradas de tristeza, al final viendo que no sacarán nada en claro dan media vuelta y se van.

— ¡Todos somos sospechosos! —La voz de Connor les alcanza en la distancia—. ¡No me digáis que a vosotros no os reconcome la culpa!

Capítulo 10

Kean

Pasado, 1970

La luz le deslumbra fugazmente. Siempre le pasa, tiene que dejar que sus ojos se acostumbren de nuevo a la claridad. Permanece unos segundos más en la misma posición, observando la pared rugosa y húmeda que está a pocos centímetros de su rostro. Aspira por última vez el aire putrefacto de ese habitáculo y posa las manos sobre el suelo. Está empapado. Un escalofrío recorre su cuerpo. Mueve levemente la cabeza para que desaparezca esa sensación de su interior y empieza a dar marcha atrás sobre sus rodillas. Ha estado veinticuatro horas en la misma posición, de rodillas, inclinando la frente sobre la pared delantera. Nunca ha estado tantas horas seguidas metido en ese agujero. Nunca había echado tanto de menos un baño, más incluso que una almohada. Ha aguantado tanto como ha podido pero la presión de su esfínter ha sido demasiada, así que no ha tenido más remedio que apañárselas para mear en ese espacio reducido. Para salir no ha tenido más remedio que apoyar las manos en el suelo encharcado con su propia orina, reza para que no le haya rozado sus pantalones cortos. Al no ser de su talla le llegan por debajo de las pantorrillas, tiene que apretarlos al máximo con una cuerda a modo de cinturón para que no se le caigan. Es su único pantalón decente y espera que el pis no haya calado en ellos.

Sale a gatas del agujero y lo primero que ven sus ojos es el hábito negro de la Hermana Viviana. Alza la cabeza hacia ella y sus miradas se cruzan, la de Kean es desafiante, la de la Hermana es de satisfacción. El chico sigue de rodillas, sabe muy bien que tiene que mantenerse así hasta que la Hermana le ordene levantarse. Si lo hace antes puede ganarse unas horas más en la Habitación del Pecado y habiendo saboreado de nuevo la luz del sol no le apetece meterse de nuevo en él.

— ¿Piensas quedarte todo el día de rodillas? —espeta la Hermana Viviana.

— No, Hermana.

Kean aprovecha esa pregunta como excusa para incorporarse, con las manos en el suelo flexiona los pies y se levanta lo más rápido que puede. Siente varios pinchazos en las rodillas que gimotean por estar tantas horas castigadas en la misma posición. La Hermana parece satisfecha, observa la cara de dolor de Kean mientras da pequeños pasos a su alrededor.

— Espero que el castigo haya sido suficiente —le mira con frialdad—. La hora de comer ya ha pasado, si te apresuras puede que encuentres alguna migaja en el comedor.

Kean asiente con la cabeza y empieza a andar hacia la puerta reprimiendo el dolor que le provoca flexionar las rodillas. Siente los ojos de la Hermana en su nuca.

— Tendrás que ir más rápido —añade con maldad—. Hace media hora empezaron a recogerlo

todo, les pedí que devolvieran todas las sobras a la cocina. A este paso no llegarás ni para la cena.

Kean no responde, cierra los puños con fuerza y la maldice en voz baja.

—¿Qué has dicho?

—Nada, Hermana —responde rápidamente—. Es mi estómago que ruge de hambre.

—Eso pensaba.

Kean abandona la sala y se dirige tan rápido como puede al comedor. Sigue maldiciendo a la Hermana Viviana, es de las peores personas que ha conocido en su corta vida. Habría podido dejarle salir una hora antes y así no tendría que correr para llevarse algo a la boca. Pero no, la Hermana Viviana disfruta con el sufrimiento de los chicos, así demuestra su poder. Y cuanto más sufrimiento causa más necesidad tiene de provocarlo de nuevo, por eso no ha sido suficiente castigar a Kean durante un día entero, sino que aún quiere dejarle sin comer unas horas más. Ha ordenado guardarlo todo en la cocina y esa es una zona prohibida para los huérfanos. Por eso sabe que, aunque corra tanto como pueda, cuando llegue no habrá nada que llevarse a la boca. Aun así, lo intenta. Sus piernas flojean por el cansancio y por el hambre, lucha por mantenerse en pie, sigue pasillo abajo hasta llegar al comedor.

Como era de esperar no hay nada, mesas de madera alargadas con bancos medio rotos y unos ventanales que iluminan toda la estancia. Encima de las mesas no hay nada. Ha ordenado que la limpiaran a fondo y los chicos, como no, han cumplido sus órdenes. Suspira con cansancio y se dirige hacia el exterior arrastrando los pies.

Todos los chicos están en el patio, por la mañana tienen clase con los Hermanos y ayudan en las tareas que les mandan las Hermanas, después de comer les conceden un rato para ellos. Su única distracción en ese patio lleno de tierra estéril y polvorienta, salvo unos pocos árboles en un rincón, es un pequeño campo de fútbol dibujado por los propios niños, con piedras en los bordes para marcar las líneas invisibles que forman el campo y un par de palos de madera clavados en dos de los extremos a modo de portería. La pelota con la que juegan lleva años en el orfanato, está llena de parches y algo deshinchada, pero es su única distracción, así que la cuidan tanto como pueden.

Kean no tiene fuerzas para jugar, se dirige a uno de los laterales del edificio y apoya la espalda en la fachada, va bajando lentamente hasta quedarse sentado en el suelo con las piernas estiradas. Es lo mejor para recomponerse del castigo, después de unas horas en la Habitación del Pecado necesita descansar las rodillas y con el cansancio que lleva necesitará varias horas en esa posición para sentirse bien. Suele venir aquí después de un castigo, es de las pocas zonas del exterior que cubren de sombra las copas de los árboles.

— ¡¡Kean!! —Aiden le ha divisado desde la otra punta del patio y corre dando saltitos hacia él.

— Enano —sonríe cuando Aiden se lanza encima de él y le abraza— ¿Me echabas de menos?
— Pregunta revolviéndole el pelo.

— ¡Lo siento! —Gimotea—. No quería que te castigaran por mi culpa, pero tenía miedo de Brendan y...

—No ha sido culpa tuya, enano —Kean no le deja seguir y le sonrío con amor—. Además, le he dado una buena tunda. ¿Has visto su ojo morado? No volverá a meterse contigo.

— Y tiene un buen chichón en la frente.

Una voz burlona aparece de la nada, Kean ladea su cabeza en dirección a ella. Shane se acerca con una sonrisa de oreja a oreja y se deja caer al lado de los hermanos.

— Debes tener un hambre que te mueres —Shane hurga en uno de los bolsillos de sus pantalones y saca una bolsa con restos de comida—. Lo único bueno de llevar ropa tres tallas más grande es que no les es fácil ver si escondemos algo en los bolsillos. Nos abulta tanto la ropa que no ven la diferencia. Esperemos que no se pongan gafas, sino no sé cómo te traeré comida —le guiña el ojo.

— Gracias, Shane —Kean coge la bolsa con rapidez y la esconde a un lado, mete la mano dentro y saca un cacho de pan que se lleva a la boca con ansias—. Esa mujer es lo peor, pues no va y me dice que no podré comer hasta la noche, que le joroben.

Shane hace menos de un año que ha llegado al orfanato y se hicieron amigos enseguida. Tiene la misma edad que Kean, es alto para su edad, pelo castaño muy corto y ojos color miel. Al contrario que Kean, Shane evita meterse en problemas, pero no puede dejar que su mejor amigo y protector pase hambre, así que se la ha jugado escondiendo restos de comida para él. Kean lo sabe y se lo agradece. Tiene debilidad por las causas perdidas y los chicos indefensos, a los pocos días de llegar un chico mayor se metió con Shane y Kean al ver que este no reaccionaba no pudo evitar meterse en medio y defenderle. Desde ese día son inseparables.

— ¿Sabes que Kean? —Salta Aiden emocionado—. Shane me ha dejado jugar al fútbol con él y adivina – exclama con los ojos brillantes de emoción— he metido un gol.

— ¿Enserio? —Kean sonrío.

— ¿Un gol? – Shane arquea la ceja divertido—. Dirás un golazo. ¡Ha sido el mejor gol de la historia!

— ¡¡Sí!!

Aiden empieza a reír y los otros se suman a sus carcajadas.

Capítulo 11

Aiden

Presente, 1985

No puede quitarse de la cabeza la imagen de Connor rodando por el suelo y pataleando como si de un niño se tratara. ¿Cuándo se torció todo? Aiden no deja de pensar en ello. Se ha tomado varias cervezas con Connor a lo largo de los años y nunca comentó nada al respecto. No había notado nada raro en él. Siempre había sido el más sensato, la voz de la razón que les guiaba por el buen camino, y de repente, estaba loco.

—No —niega en voz alta—. ¿Cuándo te perdí amigo?

— ¿A quién ha perdido, señor Walsh? —susurra una voz a sus espaldas.

Aiden da un respingo, esa voz acaramelada proviene de Brie Quinn. Da media vuelta y la mira con los ojos muy abiertos. Ella sigue igual de inmaculada que la última vez que la vio, pestañeando sin parar y con una sonrisa que acapararía todas las miradas. Aiden traga saliva, ha estado tan absorto en sus pensamientos que no ha escuchado como la periodista salía de su coche y le seguía hasta la entrada de casa.

— ¿Otra vez? Esto es acoso.

— Estoy haciendo mi trabajo —su voz se endurece, pero sin dejar de lado la sonrisa—, si me diera unos minutos para explicarle...

—No —responde con brusquedad—. Váyase.

Le da la espalda y rebusca en su bolsillo la llave de la cerradura. Brie Quinn no se achanta, da dos pasos y se apoya en el marco de la puerta. Mira de frente a Aiden que ha optado por ignorarla de nuevo y vuelve a la carga.

— Perdió a su hermano en ese orfanato. ¿Se siente cómodo investigando las muertes de aquellos que cuidaban de él?

No se lo puede creer. ¿Qué sabe esa mujer? Solo de pensarlo ya tiembla. Consigue abrir la cerradura con un leve temblor en las manos, entra en el interior de su casa y antes de cerrar de un portazo le dice con rabia que le deje en paz.

La puerta no le da en las narices a Brie Quinn de milagro. Ella sigue sonriente. Para cualquiera esto habría sido la peor entrevista del mundo, pero para ella es el comienzo de algo muy gordo. Se vuelve hacia la calle y se pavonea tanto como puede de camino al coche. Sabe que él la está observando por lo que una vez dentro, en vez de arrancar el vehículo, se dedica a

pintarse los labios con una lentitud que pondría de los nervios a cualquiera para después ladear la cabeza en dirección a la ventana donde Aiden la está observando y lanzarle un beso al aire.

Eso le deja descolocado, pero prosigue impassible ante la ventana. Al fin el motor del coche ruge con fuerza y se aleja hasta que solo quedan en el aire los restos del olor a neumático quemado por el acelerón que ha dado Brie Quinn al despedirse.

Su gato Ronnie maúlla para acaparar su atención, lleva un rato frotándose entre sus piernas para que le acaricie. Aiden le sonríe, se sienta en el sof a y al segundo lo tiene encima. Le rasca la espalda y ronronea de gusto. Aiden cierra los ojos unos instantes para aclarar las ideas, sigue sin poder quitarse de la cabeza a Connor. Tampoco han podido descartarle como sospechoso. El ruido vuelve a su cabeza sin previo aviso. Los gritos. El dolor. Se estremece.

—No lo aguantaste, amigo —suspira.

Necesita otro punto de vista para darle sentido a la historia. Coge a Ronnie por la panza y le deja a un lado, el gato se despereza y salta al suelo para irse a comer de su bol. Aiden sonríe para sus adentros, quien fuera gato. Se abriga y sale de nuevo a la calle.

La suerte quiso mantener unidos a Aiden y su padre adoptivo, fue justo el día en el que se armó de valor para decirle que necesitaba su propio espacio y quería independizarse cuando el cartero dejó en el buzón aquel folleto de viviendas unifamiliares justo a una manzana de su casa. Al vivir en un pueblo puede permitirse esa casa que en Dublín no le llegar a ni para la entrada. Está cerca de la ciudad y goza de esa tranquilidad que ofrecen los pueblos pequeños. Puede ir andando sin coincidir apenas con nadie, escuchar el cántico de los pájaros en lugar de las bocinas de los coches y lo más importante, tiene a Henry cerca.

—Pero mira quien se ha dignado a venir a ver a su padre —la voz de Henry se ilumina de alegría al escuchar las llaves de su hijo en la puerta, anda con pesadez hacia él y le abraza con fuerza.

—Hola Henry —Aiden sonríe y se apresura a abrazarlo, nunca se ha atrevido a llamarle padre aunque lo siente como tal.

— Cr a cuervos y te sacaran los ojos! —Exclama con una sonrisa de oreja a oreja, le rodea con el brazo y van hacia el comedor mientras Henry no deja de mirarle con sus ojos castaños—. Dime como voy a presumir de hijo si no tiene mi apellido —le da dos palmadas en la espalda—.  Quieres algo de beber?

Aiden quiso mantener el apellido de su madre y Henry lo aceptó sin siquiera pensarlo, era un buen hombre.

—No, gracias.

—No me seas aguafiestas. Tenemos mucho de qué hablar y nos merecemos un buen trago —le guiña el ojo y desaparece en la cocina, vuelve con un par de vasos con hielo, rebusca en el armario que tiene en el comedor y saca una botella de bourbon—. Toma —le acerca uno de los vasos y se sienta junto a él en el sof a. Se pasa la mano por el pelo, un gesto que se le ha pegado de

su hijo—. He escuchado tu nombre en las noticias.

Aiden pega un bufido para apartar un par de mechones de los ojos y pega un sorbo a su vaso. Una sensación de calor se instala en su garganta.

—Shane —se encoge de hombros.

—Siempre es por él. ¿Te das cuenta? No quisiste meterte a policía, pero estás siempre con ellos —alza el vaso hacia él y luego da un trago.

—Siempre ha sido para ayudar a chicos en apuros. Tú me lo enseñaste, ¿recuerdas? Cuando apostaste por mí y me adoptaste. Creo que nunca podré compensártelo —lo dice sin mirarlo, clava los ojos en el hielo que se derrite en su vaso. Le sigue costando mostrar sus sentimientos.

—Oh, lo has hecho. Y con creces. Eras la alegría de la casa —Henry apoya la mano en la rodilla de su hijo en señal de afecto.

—Yo no diría tanto, siempre estaba de morros —ahora es Aiden quien sonrío.

—Bueno, pasaste por una situación muy traumática. Eso marca a cualquiera.

—¿Cómo lo superé? ¿Lo recuerdas?

Henry mira a su hijo con tristeza y da otro trago antes de responder.

—Aprendiste a soportarlo. Un día bajaste a desayunar y sonreías. Era la primera vez que te veíamos sonreír por la mañana, tu madre y yo estábamos muy contentos. Siempre tenías pesadillas. Te despertabas en plena noche gritando entre sudores, hasta que un día dejaste de gritar y empezaste a sonreír. Aprendiste a llevar la pena de otra forma, te volcabas en ayudar a los demás y dejabas al margen tus emociones. Lo apartaste a un lado y la vida siguió. Me gusta pensar que nosotros tuvimos algo que ver, pero el mérito es tuyo. Eres muy valiente.

—¿La echas de menos?

—No pasa un día en que no piense en ella —suspira—, tu madre era muy especial.

—Yo también —Aiden se ha terminado el bourbon, deja el vaso en la mesita de cristal que hay justo a sus pies y se vuelve hacia su padre—. Verás Henry, hoy he visto a un chico con el que coincidí en el orfanato. Él, eh —titubea—, bueno no ha tenido la misma suerte que yo. No encontró a nadie que le sacara de allí y ahora vive en la calle. Sigue teniendo fantasmas en su cabeza. No dejo de darle vueltas y pienso que si tu no me hubieras adoptado ese podría ser yo.

Henry carraspea, deja el vaso en la mesita junto al de su hijo y le mira con firmeza a los ojos.

—No quiero que vuelvas a pensar en ello. Todos tenemos algo que nos hace únicos y que nos diferencia del resto. Tienes la habilidad de superar situaciones en las que los demás nos ahogaríamos y no veríamos la manera de escapar de ellas. Aunque nos echaran un chaleco salvavidas no sabríamos como utilizarlo. Nos dejaríamos arrastrar hacia el fondo y no

volveríamos a flote nunca. Tú eres distinto. Ves la crudeza de la vida y te aferras a ella para mejorar el mundo. No podría estar más orgulloso de ti.

Aiden sonrío a su padre.

—Al final conseguirás que me sonroje —bromea—. Gracias.

—No —niega con la cabeza—, gracias a ti por ser mi salvavidas.

Permanecen unos minutos en silencio y al final Henry se atreve a mostrar su preocupación.

—Espero que este caso no te quite el sueño.

—La verdad, no he pegado ojo en toda la noche. Pero tengo que hacerlo.

—No le debes nada a Shane, ¿lo sabes no?

—Es mi mejor amigo —Aiden sonrío y unos hoyuelos se marcan en sus mejillas—. Los tres nos hicimos una promesa cuando éramos pequeños. No puedo fallarle, ya le fallé a mi hermano.

—Ya, esa maldita frase te atará a él de por vida —murmura para que su hijo no le oiga.

—¿Decías?

—Nada, que te cuides mucho. Y duerme, por dios, mira que ojeras. Con esos ojos verdes tan bonitos que tienes y no los utilizas para camelarte a ninguna chica —le revuelve el pelo mientras se ríen—. A ver si me haces abuelo algún día.

Aiden da un respingo al escucharlo, Henry empieza a carcajearse y se frota las lágrimas de los ojos.

—Era broma. Tendrías que verte la cara.

Aiden no puede evitar unirse a sus risas mientras piensa en lo poco predispuesto que está ahora mismo para empezar una relación. Pero tal vez cuando todo esto acabe pueda rehacer su vida y abrirse por primera vez a alguien. Sería bonito, piensa. Lástima que sea una fantasía.

Capítulo 12

Kean

Pasado, 1970

Es casi la hora de cenar, el sol está a punto de desaparecer y no queda nada más que una triste farola en la entrada del orfanato que alumbra el patio. Los chicos empiezan a desfilar hacia su interior para ponerse en la cola del comedor. Las raciones son bastante justas así que siempre se quedan con hambre, por eso corren cada vez que llega la hora de repartir la comida. Los tres amigos no son distintos al resto, sus estómagos rugen como si una fiera quisiera salir de su interior. A veces juegan a ver que barriga hace más ruido, el que gana, tristemente, es el que más hambre pasa. Esa noche no juegan a ese juego, aunque Kean está seguro de que lo ganaría por goleada. Empieza a estar mareado, los cachos de pan que ha comido esa tarde no han sido suficientes para mitigar su apetito.

Cuando el sol ha empezado a esconderse han salido disparados hacia el interior del edificio y se han puesto en la larga hilera que hacen para entrar en el comedor. Una hilera recta y en silencio, o lo más silenciosa posible. A las Hermanas les gusta que reine la paz y no les dejan entrar al comedor sino les ven lo suficientemente callados. Kean se ha colocado justo detrás de Aiden y Shane detrás de los hermanos. Aiden siempre va delante, es una norma no escrita que Shane captó a la primera. Kean cuida de Aiden hasta en los más mínimos detalles, sea lo que sea, su hermanito es el primero en disfrutarlo. Aiden le regala siempre una sonrisa de oreja a oreja y a Kean le inunda la felicidad. Por eso sabe que no debe interponerse entre los hermanos, aunque le consideren uno más de la familia de tres que son, sabe que siempre será el nuevo. Pero no le importa, porque sabe que Kean valora la lealtad y él es su amigo más fiel. Le ayudó el primer día, cuando ese chico se metió con él y no supo reaccionar. Kean siempre está allí para los dos. Es el que más palizas y castigos recibe, aunque parece no importarle. Siempre tiene una cara amable y una sonrisa dibujada en el rostro. Con el tiempo Shane ha aprendido a diferenciar su falsa sonrisa de la verdadera, pero nunca se lo ha dicho. A Kean se le iluminan los ojos cuando es feliz, pero cuando fuerza su sonrisa para aparentar felicidad delante de los demás sus ojos se oscurecen. Cuesta darse cuenta, pero él lo conoce bien. Kean quiere que el pequeñajo sea feliz, por eso aparenta esa seguridad y tranquilidad ante todo, siempre está a buenas, aunque Shane sabe muy bien que a veces se muere por dentro. Como esta noche, está claro que lo ha pasado mal en el castigo.

— Vaya, vaya.

Un susurro a sus espaldas hace que se giren casi al unísono, Brendan está justo detrás de ellos mirándolos con fanfarronería y descaro. Su ojo sigue morado y el chichón de su frente parece un mini cuerno.

— Veo que ya te han soltado... —sigue susurrando con orgullo—. ¿Qué tal es estar un día

entero en el agujero?

— ¿Hablas conmigo? —responde Kean en otro susurro—. Ah, eres tú Brendan —se hace el sorprendido—. Con ese cuerno de mamut en la frente no te había reconocido.

—No te hagas el gracioso —escupe con rabia mientras Aiden intenta silenciar una carcajada.

—Venga chicos, dejadlo.

Una voz preocupada hace que Kean se dé cuenta de la presencia de Connor, un chico rubio y bajito que está justo detrás de Brendan en la hilera, mirándolos con ojos nerviosos. Mientras, Shane debate internamente si tiene que intervenir, por el momento sigue al lado de Kean sin decir palabra.

—Kean no entres al trapo y Brendan cállate ya o ninguno de nosotros va a comer —Connor es la voz de la conciencia, siempre intenta buscar la paz, aunque no siempre lo consigue.

—No he dicho nada raro —responde Brendan con retintín—. ¿A caso no es verdad que se ha pasado veinticuatro horas en esa mierda de habitación? Mira que pálido está. ¿Cómo no va a estarlo? Siempre le encierran en la Habitación del Pecado, así que pocas veces ve la luz del sol.

— ¡Vete a la mierda! —Kean le empuja con rabia, ha entrado al trapo sin darse cuenta.

Connor niega con la cabeza declarándole una causa perdida, Shane sigue dudando si meterse o seguir como una estatua, al fin y al cabo, el valiente es Kean no él.

— ¡Niños! —La Hermana Caitlín corre a separarlos. Igual que con las demás Hermanas, solo pueden ver su rostro pálido y fino, con una nariz puntiaguda. Un frágil mechón pelirrojo asoma por debajo de la toca—. ¿No veis que os quedaréis sin comer? ¿No has tenido suficiente Kean? —le riñe con preocupación.

La Hermana Viviana ha salido del comedor y va directa hacia ellos. La Hermana Caitlín pega un respingo al escuchar su voz en la nuca.

— ¿Qué pasa aquí?

— Nada, Hermana —responde la Hermana Caitlín—. Ya me encargo yo de ellos, vuelva al comedor.

— Está bien —sus ojos se clavan en los de Kean—, pero vigile bien a este niño. Es el diablo.

Kean espera a que la Hermana Viviana se vuelva para hacerle una mueca, Aiden se tapa la boca con las manos para no reírse.

— Haré como si no hubiera pasado nada. Kean disimula un poco o cualquier otra Hermana te castigará.

— Gracias, Hermana —Kean agacha la cabeza en señal de agradecimiento, esa mujer es de las pocas que de verdad se preocupan por ellos. Sino fuera por ellas... No quiere ni pensarlo.

— Voy a separaros —anuncia la Hermana Caitlín— Brendan y Connor quiero que os coloquéis tres huecos más atrás y no quiero oír ni una palabra. ¿Entendido?

Asienten mientras desfilan hacia su nueva posición, Kean vuelve la mirada hacia su hermano y ve como el pequeño no deja de mirar hacia atrás.

— ¿Qué haces, enano?

— Me gusta el collar de Brendan.

— ¿Qué collar? —Kean arquea la ceja.

— Uno que lleva con una cruz dorada, ayer le pregunté por él porque me gustaba y se lo pedí prestado. Tú y yo lo compartimos todo Kean —se encoge de hombros— no pensé que le molestaría tanto. Fue entonces cuando vino a por mí. Todo ha sido por mi culpa, lo siento —gimotea.

— Shht – le acaricia la cara—, es solo un collar. El problema lo tiene él, no está bien de la chaveta.

Aiden asiente mientras Kean y Shane intercambian miradas de inquietud. ¿Qué debe tener ese collar de especial? Se preguntan.

Capítulo 13

Aiden

Presente, 1985

Aiden está sentado en su sillón de siempre en el bar que cada sábado frecuentan. Es un sillón aterciopelado de un color rojo desgastado que combina con las cortinas del local. La luz emana tenuemente de las lámparas de araña que han sido dispuestas tácticamente en el centro de cada mesa. La madera oscura que cubre las paredes es la misma con la que se han fabricado las mesas y la barra de ese bar. A Aiden le resulta acogedor, no como a Eryn que no pasa un día en el interior de ese tugurio, como ella lo llama, para quejarse de lo lúgubre que es.

—No entiendo porque os gusta tanto este tugurio —insiste por tercera vez en la misma noche.

Shane y Aiden intercambian miradas de complicidad, empezaron a reunirse en ese bar cuando cumplieron la edad reglamentaria para beber. Tal vez no fuera el más bonito ni el más limpio, pero era su bar. Un lugar donde escapar de los problemas. Las lamentaciones y la tristeza quedaban fuera de esa mesa donde bebían cerveza fría. Era un lugar para reencontrarse. Cuando Shane conoció a Eryn empezó a invitarla a sus noches de los sábados y ya se había convertido en una tradición. Pese a la opinión de Eryn, a Aiden le encanta ese local. Se siente cómodo en él. Tal vez porque le recuerda que hay sitios mucho peores en el mundo y que, después de todo, ellos no han acabado tan mal. El caso es que beberse una jarra de cerveza fría debajo del pequeño destello que desprende la lámpara de araña entre toda esa oscuridad le sabe a gloria.

—¿Cuándo dejaras de quejarte? —Bromea Aiden.

—Cuando traigas a una chica a estas noches —le replica Eryn burlona.

—Uh... —Shane se parte—. Ahí te ha pillado amigo.

Aiden sonríe y da un trago a su cerveza.

—No todos tenemos la suerte de encontrar a nuestra media naranja en la adolescencia.

—¿Cómo si fueras un abuelo! —Chillan los dos a la vez, se miran y se ríen de su propia gracia.

Aiden también ríe, pero la sonrisa se desdibuja de sus labios cuando una silueta de mujer cruza apresuradamente el local y se desvanece al traspasar la puerta.

—¿Tío? —Shane hace gestos con la mano delante de su cara para llamar su atención.

—Perdonadme un segundo —responde sin mirar a sus amigos.

Sale con rapidez a la calle y deja a Shane y Eryn en la oscuridad del local preguntándose qué mosca le habrá picado. Mira a ambos lados de la calle y ve a una chica alejándose del bar. La sigue y alza la voz para llamar su atención.

— ¡Eh!

La chica se detiene al escucharlo, con una sonrisa se vuelve hacia Aiden. Son los mismos labios rojos que ha visto fugazmente en el interior del bar. Espera a que Aiden se acerque y con un gesto rápido se peina toda la melena detrás del hombro derecho.

— Señor Walsh... —Brie Quinn pestañea—. ¿No será usted quien me sigue? Esto ya es acoso —susurra con retintín.

— Eso digo yo —Aiden se planta delante de ella y cruza los brazos—. No es propio de usted frecuentar un tugurio como este —utiliza las palabras de Eryn aunque se promete que nunca le admitirá haber dicho esto—. ¿Sigue espiándome?

— Yo no espío —ahora es ella la que responde con sequedad—. Investigo, ese es mi trabajo. Y no —le golpea con el dedo índice en el pecho—, no estaba aquí por usted. Había quedado con alguien. Encontrarnos ha sido pura casualidad.

— Entonces espero no verla de nuevo por aquí.

— No creo que pueda cumplir sus deseos señor Walsh. Este es un país libre.

— Es mi bar —recalca Aiden—. No puede venir a amargarme la noche cuando le venga en gana.

— Creo que no es el propietario del local, no puede impedirme la entrada —suspira y añade en tono conciliador—. Para que se quede tranquilo le diré que no sabía que estaba allí. Pero ya que ha salido a buscarme, ¿le puedo hacer un par de preguntas?

Aiden se lleva las manos a la cabeza, esa mujer le saca de sus casillas. Opta por zanjar la situación.

— Para que usted también se quede tranquila le diré que sí, estoy colaborando con la policía en el caso del Remendador y no, no puedo contarle nada. Como sabe la investigación está abierta. Así que deje de perseguirme, no soy tan interesante.

Da media vuelta y vuelve al interior del bar. Brie Quinn permanece en la misma posición hasta que ve a Aiden adentrarse en el local, después saca una libreta y hace un par de anotaciones. Sonríe y desaparece de ese lugar.

Capítulo 14

Kean

Pasado, 1970

La tripa de Kean ruge con fuerza en señal de agradecimiento cuando engulle la primera cucharada del puré. Está bastante soso pero cualquier cosa es buena cuando se tiene el suficiente apetito. Observa divertido como su hermanito hace payasadas delante de él, aunque sus ojos se desvían momentáneamente para localizar a Brendan. Tiene curiosidad por ese collar. Aiden lo ha mencionado antes, pero ni Shane ni él lo han visto nunca. Lo localiza en la esquina de una mesa, junto a Connor. Es un buen chico, piensa Kean. Aunque jamás entenderá porque sigue siempre a Brendan. No ha hablado mucho con Connor, pero es fácil tratar con él y tiene buen corazón. Son muy distintos, uno buscando siempre pelea y el otro calmando los ánimos y evitando que se meta en problemas. Un poco como Shane y él, aunque desecha rápidamente la idea. No se parecen a ellos. Es cierto que Kean suele meterse en peleas, en más de las que recuerda, pero siempre es por un buen motivo. No soporta que los de su alrededor sufran, por eso sale en su defensa sin pensarlo. Piensa en las dos únicas personas por las que se desviviría siempre y los mira con cariño. Aiden es pequeño y todavía no puede defenderse solo, pero Shane sí que puede. Aunque siempre deja que Kean se entrometa, es miedoso y no osa contradecir a nadie. Pero eso a Kean no le importa, es su amigo y los amigos están para protegerse, para complementar las carencias del otro y tener a alguien en quien confiar. Shane es su único amigo, se lleva bien con muchos chicos del orfanato, pero jamás ha confiado en ellos. Suele protegerse bajo un escudo que repele al exterior y no deja que los demás accedan a él. Porque si lo hacen pueden ver sus debilidades y eso significa que pueden atacarle. Una lección que aprendió en sus meses en la calle. Por eso sabe que es algo que no puede permitirse. Porque si él falla, ¿quién impedirá que vayan a por Aiden? El único que logró atravesar esa coraza fue Shane, lo vio tan indefenso y perdido que lo acogió como si se tratara de otro hermano pequeño y Shane se dejó querer.

— ¿En qué piensas?

Shane le saca de su ensoñación, se ha quedado embobado mirando a su hermano y ha perdido el hilo de lo que pensaba. Repite la mueca que acaba de hacer Aiden para que éste se ría y se vuelve hacia Shane.

— El collar —responde haciendo un gesto con la cabeza hacia la izquierda—, ¿tú lo habías visto antes?

Shane dirige sus ojos hacia donde le ha indicado su amigo y los entorna para ver con más precisión. Brendan está junto a Connor y otros chicos, comiendo y riendo. Es el centro de atención de esa mesa, Shane no puede evitar sentir un pinchazo en su interior. Es envidia. No por Brendan, no le cae bien. Sino por el grupito que forman en esa mesa. Son seis chicos de su misma edad, sin ningún lazo familiar y poco en común. Sin embargo, son muy buenos amigos. Algo que él no tiene.

Tiene a Kean y es algo por lo que siempre estará agradecido, pero no tiene a nadie más. Intenta no pensar en ello, pero de vez en cuando esa envidia aflora desde el interior de su corazón y tiene que luchar con todas sus fuerzas para enterrarla de nuevo y borrar ese sentimiento. Kean es el mejor amigo que puede tener, lo protege cuando lo necesita y se lo cuenta todo, incluso su clave secreta. El día que los hermanos le confiaron esas palabras sintió que pertenecía de verdad a una familia y a eso se aferra ahora. A su familia de tres entre todos esos huérfanos.

—Tío, ahora el que está en la luna eres tú —se burla Kean.

— ¡Qué va! —miente—. Estaba concentrado intentando ver ese misterioso collar.

Esto último lo dice mirando a Aiden, el pequeño se ríe y Shane le guiña el ojo. La envidia desaparece por completo, no necesita a nadie más.

— ¡Lo he visto! —Kean pega un respingo—. Lo lleva escondido dentro de la camiseta, pero se ve un hilo dorado que recorre su cuello por detrás. Seguro que es eso.

— ¡Sí! —chilla Aiden—. Cuando jugaba al fútbol se le salió de la camiseta, tiene una cruz dorada muy bonita.

Los tres se quedan mirando a Brendan y este se da cuenta, por algún motivo se sonroja y baja la cabeza sin replicarles. Sus amigos parecen no darse cuenta y siguen charlando animadamente, Connor termina de engullir la última cucharada de puré y se levanta a saludar entusiasmado al Hermano Liam. Es un hombre de unos cuarenta y tantos con el pelo canoso, barba de tres días y una barriga cada vez más grande. Es raro verlo por la noche, los Hermanos no viven en el mismo edificio que las Hermanas de la Caridad. Aunque pasan las mañanas en el orfanato dando clases a los chicos y rezando, excepcionalmente se quedan una o dos veces al mes por la noche para servir a Dios. Se pasan toda la noche en la capilla rezando y por la mañana vuelven a sus labores.

El Hermano Liam saluda con amabilidad a Connor y le revuelve el pelo mientras este le cede el sitio en la mesa. Sonríe a todos los niños y empieza a comer con calma, será una noche larga para él. A todos les cae bien, es uno de los pocos que no tiene miedo a ensuciarse la sotana, juega de vez en cuando al fútbol con ellos y les trata bien. No es como la mayoría de los Hermanos, no les ha alzado nunca la mano, ni la voz.

Han terminado de cenar y Aiden tiene sueño así que friegan rápidamente sus platos y los dejan en la pila de la cubertería limpia antes de irse a la cama.

— Buenas noches, Hermano Liam —le saludan cuando pasan por su lado.

— Que descanséis chicos —responde con amabilidad— nos vemos mañana en clase.

Los tres salen del comedor y desfilan pasillo abajo hasta las escaleras de la entrada, se quedan quietos a los pies de la escalinata y miran a ambos lados, sonrían contentos. No hay ninguna Hermana para regañarles.

— Tres... Dos... Uno... ¡Ya! —chilla Aiden.

Pegan un brinco y empiezan a subir riendo por los codos, esta vez es Shane quien gana. Reprimen las risas al escuchar a la Hermana Eliza rezar en la planta de los dormitorios y se van a la cama entre murmullos de felicidad.

En el comedor Brendan sigue con la cabeza agachada removiendo la cuchara en el plato mientras todos ríen animadamente con el Hermano.

— ¿No tienes hambre, Brendan? —le pregunta el Hermano Liam con simpatía.

Brendan no responde, sigue removiendo pausadamente el puré en su plato. No encuentra las fuerzas para mirarle a los ojos.

Capítulo 15

Aiden

Presente, 1985

Hoy es el día en que anunciaran a los medios las novedades sobre el asesinato del Hermano Ardal. Shane lo ha pospuesto tanto como ha podido pero la prensa reclama alguna noticia y su Jefe le ha puesto entre la espada y la pared.

— Dijiste que resolverías el caso —le ha dicho Arthur Wells acomodado en su sillón de piel negra nada más Shane ha entrado en el despacho—. Pediste que te lo asignaran. Que tenías las pistas suficientes para resolver el crimen. ¿Y qué me encuentro? —Ha alzado las manos con fiereza y las ha vuelto a colocar sobre su enorme barriga, Shane ha observado la inmensidad de canas que le han salido al Jefe en los últimos meses, está claro que el caso también le ha afectado—. Dos años después del primer asesinato y ningún avance. Ahora han muerto dos personas más. ¿Qué has hecho al respecto? Pedir ayuda a ese trabajador social. ¿Qué pinta él en esto?

— Señor, tengo motivos para creer que los asesinos forman parte del círculo en el que nos movíamos en el pasado. Sabe que soy huérfano, todas las muertes han sido de Hermanas de la congregación que nos cuidaban, el Hermano Ardal también formaba parte de esa congregación aunque no vivía en el mismo edificio. Esas personas nos maltrataban, por eso tengo claro que tienen que ser ellos.

— Entonces tu amigo es sospechoso —Arthur Wells ha arqueado la ceja.

— No —ha negado con rapidez—. No mataría ni una mosca, pero conoce mejor que yo a esas personas. Su intuición nos puede ser muy valiosa en estos momentos.

— Entonces podría prescindir de ti y contratarle a él —ha advertido con sequedad—. Ese trabajador social tiene madera de policía. Te ha ayudado en muchos casos, al final pensaré que el mérito es suyo y no tuyo.

Shane se ha tensado y ha mirado con fiereza a su Jefe.

— Yo he hecho todo el trabajo. Siempre. Él únicamente da su opinión, como trabajador social ha visto decenas de casos de menores desamparados y ha tratado con ellos de una forma muy íntima. Algo que nosotros como policías no hacemos. Por eso nos es de utilidad su experiencia.

— Esto podría hacerlo cualquier psicólogo —ha bufado—. Creo que dependes demasiado de ese tipo. Estoy pensando seriamente si fue buena idea ascenderte a inspector de policía —se ha levantado del sillón y se ha girado hacia la ventana dando la espalda a Shane, a diferencia del inspector el Jefe de la comisaría tiene un despacho iluminado por la luz del sol, no se pasa las horas bajo ese foco fosforescente que da dolor de cabeza a cualquiera—. El pueblo reclama

resultados, tu carrera como inspector dependerá de este caso. Ahora ve a hablar con la prensa, ya es hora de que sepan los avances de la investigación. Intenta no hacer el ridículo, piensa que representas a esta comisaría.

Por eso Shane ha convocado esa rueda de prensa en la sala de conferencias. La ha anunciado con una hora de antelación, con la ridícula idea que así asistirían menos medios y no tendría que decir ante toda la ciudad que aún no habían conseguido ningún progreso. Cuando ha entrado en la sala se ha dado cuenta de la estupidez que ha cometido, está llena a rebosar. Todas las sillas están ocupadas por periodistas, varias cámaras apuntan hacia la tarima mientras tres focos iluminan el atril que han dispuesto en el centro del escenario.

Antes de venir se ha cortado el pelo deseando que su ritual de la buena suerte cumpliera su función, se ha vestido con su mejor traje y una vez en la sala de conferencias ha subido a la tarima.

Uno de los focos le ilumina con fiereza el rostro, desprendiendo rayos de calor que terminan concentrándose en su frente y le hacen sudar de una forma bochornosa. La sala está en completo silencio y todos los ojos están puestos en él. Shane traga saliva. Ha llegado el momento, inclinado sobre el micrófono se aclara la garganta y suelta con una tranquilidad pasmosa la declaración que ha preparado esta mañana y que se ha aprendido al dedillo.

— Antes de empezar quiero agradecerles que hayan podido asistir con tanta brevedad — internamente los maldice, aunque por fuera esboza una leve sonrisa—. Como saben en esta comisaría una de nuestras prioridades es la transparencia y queremos recalcar que seguirá siendo así, siempre que eso no ponga en riesgo cualquier prueba claro está. Por eso me siento en el deber de anunciarles que, en vista del último asesinato del Remendador y de todas las pistas que hemos analizado a lo largo de estos dos años hemos descubierto que el Remendador está compuesto por tres personas —alguien ahoga un chillido, un chico se lleva las manos a la cabeza, otro alza la voz para preguntar y el murmullo empieza a crecer—. Y por encima de todo —Shane sigue hablando, pero ese rumor que está creciendo en la sala le desconcentra— queremos transmitirles, eh... — empieza a ponerse nervioso y balbucea— que trabajamos diariamente en su seguridad, es nuestra máxima prioridad.

Un sinfín de flashes llenan la sala a la vez que decenas de preguntas se atropellan unas a otras, todos quieren respuesta a sus dudas y Shane se queda bloqueado en el centro del escenario. Aiden lo observa todo desde primera fila, puede ver claramente las gotas de sudor que recorren la cara de Shane, como aprieta los labios con frustración y que su respiración se vuelve cada vez más agitada. Se lo comerán vivo, piensa. Por eso reacciona dando un paso al frente, se sorprende a si mismo encima de la tarima y junto a su amigo que le mira con ojos como platos. Se acerca al micro y anuncia que la rueda de prensa ha terminado. Aprieta el hombro a su amigo y le acompaña hasta la salida, Shane se deja llevar. Un periodista les cierra el paso y enfoca su dictáfono hacia ellos.

— ¿Es usted ese colaborador externo?

— No se admiten preguntas — responde Aiden con firmeza.

Le sortean por la derecha y salen por la puerta. Por unos instantes el murmullo cesa, pero luego vuelve a subir de tono, los periodistas se amontonan en la puerta para seguir al inspector y a

Aiden. Se apresuran en desaparecer del pasillo, giran en la esquina y bajan al despacho de Shane que está en el sótano.

— ¿Por qué lo has hecho? —Shane ha vuelto en sí y está rabioso.

— ¿Salvarte de esos buitres? Te has quedado bloqueado en medio de toda esa gente. ¿Qué pensabas que pasaría?

— Lo tenía controlado —bufa.

— Ya lo he visto, por eso casi me resbalo con el charco de sudor que has dejado en el suelo —le espeta.

— ¡No te he pedido ayuda!

— Me pediste ayuda el día que llamaste de madrugada a mi casa, no has parado hasta conseguir que aceptara colaborar en el caso. No me culpes ahora por querer ayudarte —ahora es Aiden quien está enfadado.

— No es lo mismo. Me estoy jugando el cuello, mi carrera depende de resolver este maldito caso.

Da una patada a la mesa y se deja caer en la silla. Aiden le mira con una mezcla de compasión y cansancio. Se sienta a su lado y le habla con seriedad.

— Entonces dejémonos de tonterías y dime la verdad sobre este caso.

Shane se cubre la cabeza con las manos y evita la mirada de su amigo.

— No me lo has dicho todo. Me das la información con cuentagotas. ¿Crees que no me he dado cuenta de que el informe estaba a medias? Cojea por todas partes —suspira y se pasa la mano por el pelo—. Necesito saberlo todo, sino no podré ayudarte.

Shane alza la cabeza y posa los ojos en una caja que hay encima de la mesa.

— Aquí está todo —bufa—, puedes mirarlo tanto como quieras, pero no te va a gustar lo que encontrarás —Aiden se acerca a la caja y empieza a sacar bloques enteros de papeles—. Puedo resumirlo y así te ahorras horas de lectura. Llegaron dos cartas mecanografiadas: una al convento de las Hermanas de la Caridad y otra al de los Hermanos; en ella pedían que se arrepintieran de sus pecados y que hicieran público todo lo que pasaba en el orfanato. Nadie hizo nada y a los pocos meses asesinaron a la Hermana Celia. Pasaron los años y han vuelto a matar, a la Hermana Eliza y ahora al Hermano Ardal.

— Me pregunto qué hicieron las Hermanas Celia y Eliza para merecer la muerte. Eran buenas con nosotros.

— No lo serían con el asesino —Shane se encoge de hombros—. Los mataron en sus camas, como sabes en el orfanato las habitaciones eran limitadas por lo que cada dos Hermanas

compartían habitación.

— ¿Las mataron con otra persona al lado?

— Las durmieron con una mezcla de cloroformo y otra sustancia que aún no hemos identificado. Por la mañana se despertaron y encontraron a su compañera muerta. Fueron ellas quienes dieron la voz de alarma —Shane duda si seguir hablando.

— ¿Qué es lo que no quieres decirme Shane?

— La Hermana Viviana compartía habitación con la segunda víctima.

Aiden abre los ojos y se levanta de la silla.

— Creía que solo estaba aquí por el entierro...

— Volvió hace tiempo, cuando el orfanato se convirtió de nuevo en un convento. Por eso no quería contártelo, no sabía cómo reaccionarías.

Aiden empieza a dar vueltas por el despacho.

— Puedo soportarlo —dice al fin.

— Me alegro —suspira Shane—, porque tendremos que hacerle una visita. Quiero volver a entrevistar a las personas que encontraron el escenario del crimen. La mujer que encontró el cadáver de la Hermana Celia murió por causas naturales, solo podemos hablar con la Hermana Viviana y con el Hermano que compartía habitación con Ardal. ¿Estás listo?

— Qué remedio —suspira Aiden.

Capítulo 16

Kean

Pasado, 1970

Una falsa calma inunda el orfanato, después de limpiar hasta el recoveco más inhóspito los chicos se acicalan con sus mejores galas. Se ponen la ropa que más se asemeja a su talla, esforzándose sin conseguirlo, en esconder los agujeros de las mangas de las camisetas con un dobladillo y quitan con desespero el barro de sus zapatos desgastados por sus muchos dueños. Uno a uno se observan en el espejo del baño y suspiran ante su reflejo. Todos los chicos están emocionados y animados, excepto Kean. A él le aterran esos días, ve como las Hermanas se esfuerzan por mantener una sonrisa en la cara y como los huérfanos intentan no ensuciarse con el desayuno mientras a él le recorre un escalofrío por todo el cuerpo. Odia estos días, hoy es día de visita.

— Mañana habrá una visita muy especial —anunció la noche anterior la novicia Madailéin, una mujer joven con los pómulos muy marcados y ojos azul cielo—. No creo que haga falta recordaros lo importante que son estas visitas, portaros bien.

De vez en cuando vienen hombres trajeados acompañados de sus mujeres, se pasean por el orfanato y si les cae en gracia algún niño se acercan a hablar con él. Las Hermanas se encargan de guiarles en sus visitas. Un día Kean vio como una de esas parejas le daba un fajo enorme de billetes a una de las Hermanas. Ese día Kean entendió que parte de su manutención consistía en agradar a esos señores, por eso las Hermanas se esforzaban tanto en cada visita.

Han visto pasar a muchas personas como aquellas por el orfanato, pero hay algunas parejas que repiten. Si vuelven a venir suele cundir una ola de nerviosismo entre los chicos. Eso significa que cabe la posibilidad que uno de ellos se vaya de aquí para siempre.

— ¡Tíos! —Connor corre hacia Kean y Shane que todavía están desayunando—. Son los mismos, los acabo de ver entrar.

— ¿Enserio? —Shane se levanta rápidamente y se dirige hacia uno de los ventanales para observar el exterior—. Es la pareja de Londres —anuncia con entusiasmo— y van con otra pareja, los acompaña la Hermana Viviana.

— Si los acompaña esa mujer olvídate de que se fijen en nosotros.

— ¡Anda Kean! ¡No seas así! —Gime Shane.

— Es lo que hay —Kean se encoje de hombros—. No te hagas ilusiones.

Kean sigue con su desayuno, los parpados le pesan y tiene unas buenas ojeras. Esta noche no

ha pegado ojo. Calcula que ha dormido una hora y media, a lo sumo. Se ha pasado toda la noche dando vueltas en la cama con un nudo en el estómago. No le gustan nada estos días, le dan auténtico pavor. Las parejas suelen fijarse en los más pequeños y a los de su edad no suelen dedicarles más de cinco segundos, sabe que él no está ni estará nunca entre los elegidos, pero ¿y Aiden? Es una ricura de niño y suele enamorar a todas las parejas que vienen al orfanato. Es cuestión de tiempo que alguna de ellas se lo lleve para siempre, lo arranque de su lado y lo deje solo en este lugar tan sombrío.

—No me hago ilusiones —se enfurruña Shane—. Eres tú el que solo ve la parte negativa, eres un pesimista.

—Soy realista —suspira—, nada más.

—Sé lo que estás pensando...

Shane ha dejado de mirar por el ventanal y se dirige hasta Kean, se planta delante de él y le apunta con el dedo índice arqueando la ceja derecha.

—... ¡y te ordeno que dejes de pensarlo! —añade Shane después de esa pequeña pausa.

—¡Que dramático eres! —exclama Connor.

Shane ni se inmuta, sigue en la misma posición esperando la reacción de su mejor amigo. Kean se mantiene serio por unos segundos, pero no puede evitar soltar una carcajada. Shane le conoce bien y ha dado en el clavo, los días de visita Kean suele estar preocupado, así que intenta distraerle.

—Hoy las Hermanas estarán ocupadas con esas parejas —sonríe Shane mirando alternativamente a Connor y Kean—. Eso significa...

Los otros dos le miran con curiosidad sin decir nada.

—¡Oh, venga! ¿Tengo que ponérselo en bandeja?

—Viniendo de ti puede ser cualquier cosa —responde Connor siguiéndole el juego.

—Os daré una pista —aguarda unos segundos y sigue en un susurro, para hacerse el misterioso—. ¿Cuál es el recorrido de las visitas?

—Comedor, lavandería, sala de oraciones... —enumera de memoria Connor.

—¡La planta de arriba! —le corta Kean que ya entiende por dónde va su amigo—. Es un buen momento para descubrir que hay detrás de la Puerta Prohibida —prosigue en un susurro para que nadie los escuche.

Shane asiente con ímpetu y les hace una señal con la cabeza para que le sigan. Los otros dos no lo dudan, imitan a su amigo y salen del comedor, suben las escaleras y con un brillo de emoción en los ojos se dirigen hacia la puerta cerrada.

La observan hechizados, con el corazón latiéndoles con fuerza y un cosquilleo recorriendo todo su cuerpo. Delante de ellos se alza una puerta fabricada en madera de pino, tiene dos cuarterones tallados a mano en los que se intuye a Jesucristo en la cruz y al Arcángel Gabriel. Una cerradura en el margen izquierdo les separa de su objetivo. Lo miran con curiosidad, no es la primera vez que intentan entrar, pero tienen esa sensación de que esta vez lo lograrán.

— He cogido esto —Shane les muestra con orgullo el cuchillo que ha hurtado hábilmente del comedor sin que las Hermanas lo vieran.

— ¿Servirá? —Connor se rasca la cabeza con curiosidad.

— Ahora lo veremos.

Kean coge el utensilio y lo introduce con cuidado en la cerradura. Empieza a moverlo sin ningún sentido, intenta girarlo hacia la derecha mientras con la otra mano coge con fuerza el pomo y tira de él. Repite la misma acción girando hacia la izquierda con el mismo resultado. Sus amigos están tan concentrados como él, con los ojos clavados en la puerta.

— Trae —exige Connor—, déjame a mí.

Kean resopla con indignación y le pasa el cuchillo.

— No podrás, esto no sirve para abrirla.

Ya han probado con todo lo que se les ha ocurrido. Hierros con los que han intentado hacer palanca, le han dado patadas, han metido todo tipo de cosas en la cerradura para forzarla. No han conseguido nada, ese cuchillo es su última opción. Con el paso de los años las ansias por descubrir lo que hay en el interior han aumentado y empiezan a impacientarse. Empiezan a quitarse unos a otros el cuchillo, sin desistir en el intento de abrirla. Es tal el empeño que ponen en abrir la puerta que no se dan cuenta de que han empezado a vociferar y ese ruido no le pasa desapercibido a la Hermana Alana.

— ¡Niños!

Una voz grave y dura les hace estremecer. Shane y Connor intentan cubrir a Kean que vuelve a tener el cuchillo en la mano, trata de esconderlo antes de darse la vuelta, pero el brillo de la hoja no le pasa desapercibido a la Hermana que va decidida hacia ellos.

— Dame eso —ordena.

Kean la observa en silencio, no puede apartar la mirada de la verruga que tiene en la mejilla. Esa mujer le da mucha grima y es casi tan mala como la Hermana Viviana. No puede hacer más que agachar la cabeza en señal de arrepentimiento y devolverle el cuchillo. Sus amigos imitan la misma posición mientras intercambian miradas de terror.

— ¿Os parece bonito robar a quien os da de comer? —Su voz retumba por todo el pasillo.

— ¡Vamos a devolverlo... —susurra Shane con la voz entrecortada.

— ¿No te parece suficiente robar? ¿Ahora pretendes mentirme a la cara?

La Hermana Alana alza la mano con un movimiento rápido y le pega una bofetada a Shane. Este no puede evitar ruborizarse mientras empieza a temblar de rabia con lágrimas en los ojos.

— Os creéis muy listos, ¿verdad? —sigue sermoneándoles—. Pensasteis que como teníamos visita nadie se atrevería a castigaros. Pues bien, os habéis equivocado. Quiero que os quedéis en el dormitorio todo el día y cuando termine la visita hablaremos de vuestro castigo.

Con una sonrisa malévolamente los acompaña al dormitorio y cierra la puerta con llave para que no puedan salir. Ese es uno de los castigos que suelen imponer, los encierran sin comer ni beber y sin poder hablar con sus compañeros. Cuando algún chico sube al dormitorio y encuentra la puerta cerrada sabe lo que significa. Ese día la planta superior está prohibida, por extensión suelen castigar a los que merodean por allí así que procuran no acercarse. Ese es solo el inicio del castigo, lo peor viene luego cuando por fin deciden que represalia les van a aplicar. Y eso es lo que más temen ahora los tres amigos, las consecuencias de su pequeña aventura.

Shane no para de dar vueltas por la habitación con los puños cerrados y todo el cuerpo en tensión, Connor está hecho un ovillo en su cama y Kean observa con serenidad por la ventana. Desde su perspectiva puede ver el patio trasero, no se ve la entrada por donde saltaron la verja hace ya tantos años. Ahí hay un muro más alto todavía, hecho de piedras y fango, agrietado por distintas zonas y descolorido por el paso del tiempo. Un chico despistado merodea por la parte trasera del patio hasta pararse delante del inmenso muro que le separa del exterior. Se recuesta en él y cierra los ojos, o eso le parece a Kean. Entrecierra los ojos para visualizar bien la cara de ese chico, pero no lo consigue. Al poco rato se distrae y deja de fijarse en él, ahora ha visto a un niño desgarrado dando saltitos, lleva una camiseta holgada y unos pantalones dos veces más grandes que su talla. A Kean no le hace falta esforzarse, ese andar tan despreocupado y esas pintas de renacuajo solo pueden ser de su hermano. Aiden parece leerle la mente y alza la cabeza en dirección a Kean. Sonríe ampliamente y le saluda moviendo la mano con alegría. Kean le imita y no puede evitar sonreír. El chico apoyado en el muro ha abierto los ojos y mira a los hermanos con curiosidad. Abre la boca para decir algo y eso distrae a Aiden que le da repentinamente la espalda a Kean y se dirige hasta el chico solitario. Kean sigue en la ventana mirando detenidamente sin saber que dicen.

— ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Más que una pregunta es una acusación, Connor le mira con nerviosismo desde su cama. Shane ha dejado de dar vueltas y los escucha con atención.

— ¿Cambiaría algo? —Kean responde con otra pregunta y eso a Connor le mosquea.

— ¡Parece que no te importe! Nos hemos metido en un lío de cojones y tú ni te inmutas, estás ahí como un pasmarote mirando por la ventana —le recrimina con rabia mientras sale de su cama y va hacia él.

— Repito. No cambiaré nada. Relájate, será un castigo más. Lo hecho, hecho está.

Shane no puede parar de temblar, la indiferencia de su amigo es algo que siempre le ha

asombrado y sabe que mantiene esa actitud para no darle importancia. Porque si se la diera, le echaría la culpa a él. Él fue el cabecilla de esa aventura. Fue a él a quien se le ocurrió la brillante idea de averiguar que había tras la Puerta Prohibida. Fue él. Por lo tanto, es culpa suya.

—Tíos... —logra pronunciar entre tintineos mientras se acerca—. Lo siento. La idea ha sido mía.

— Nos hemos apuntado porqué hemos querido —Kean se encoje de hombros sin darle importancia—. No nos has obligado, así que no te martirices.

— ¡Claro, cómo tú ya estás acostumbrado!

Eso ha sido un golpe bajo y a Kean le cuesta encajarlo, Shane agacha la cabeza mientras Connor traga saliva esperando la reacción de su compañero. Sabe que se ha pasado. Kean reprime las ganas de saltarle encima y opta por zanjar el tema.

—No hables de lo que no sabes —espeta— si me meto en líos es para proteger a mi hermano.

—Perdo...

Connor no puede terminar la palabra porqué la puerta se abre de repente con un golpe seco. Los tres amigos pegan un salto de sorpresa y miran con temor hacia la entrada de la habitación. En ella ha aparecido la Hermana Viviana y tres Hermanos idénticos entre si, con el mismo corte de pelo liso y castaño en forma de casco y su habitual vestimenta. Como si lo hubieran ensayado, los tres chicos dan un paso hacia atrás alejándose de la puerta. Pero no les sirve de nada. La sonrisa de satisfacción de la Hermana Viviana les saca de dudas, ahora empieza el castigo.

— Habréis tenido tiempo de reflexionar —su voz templada les eriza la piel—. La Hermana Alana ha acudido a mi porque ya no sabe qué hacer con vosotros —Kean suspira para sus adentros, la Hermana Alana siempre sigue a esa mujer. Hace lo que sea para agradarla, por eso no ha osado castigarles sin el consentimiento de la Hermana Viviana, y con esa mujer al mando el castigo será mucho peor—. Aquí hay unas normas y tenéis que cumplirlas. ¿Lo entendéis?

Los tres asienten con un movimiento de cabeza. Como si ese gesto se tratara de una señal, los Hermanos se aproximan hacia ellos. El que más cerca está de la puerta es Connor, el Hermano Ardal lo coge con fuerza del brazo y lo saca a rastras de la habitación. La Hermana Viviana cierra la puerta al tiempo que los Hermanos Bran y Cillian cogen a los dos chicos por el pecho de la camiseta, los alzan del suelo y con un movimiento rápido los tiran hacia un lado de la habitación. Los chicos sin apenas tiempo para reaccionar después de la caída ven como los Hermanos vuelven a por ellos. Los agarran con fuerza de los pies y los arrastran hacia dos ventanas que la Hermana Viviana se ha apresurado a abrir.

En un abrir y cerrar de ojos se encuentran cabeza abajo colgando de la ventana, lo único que les impide caer en picado son los Hermanos que los sujetan con maldad por las piernas. Kean nota como el corazón le bombea con fuerza, ve el mundo al revés y nota como le aumenta el flujo de la sangre en la cabeza. Quiere gritar que eso no está bien, pero se contiene. Solo empeoraría las cosas. Ladea levemente la cabeza y ve a Shane en la misma posición que él, colgado cabeza abajo con los brazos meciéndose por encima de su cabeza al ritmo del movimiento en el que los

Hermanos les zarandean. Se empiezan a marear. Un pequeño grupo de huérfanos los observa desde el patio con caras de estupefacción, Kean atisba a ver a su hermano entre ese grupo, pero no tiene claro si es él. Desde esa perspectiva y el continuo vaivén nota como la visión se le emborrona. Shane no puede más y empieza a lloriquear pidiendo que paren, la respuesta del Hermano que le sostiene es soltarle una de las piernas y dejarle caer unos centímetros. Un micro infarto ataca directo al corazón de Shane que no puede reprimir un grito de auxilio. Kean no está mucho mejor que su amigo, intercambian miradas de pánico mientras se les revuelve todo.

—Suficiente.

La voz de la Hermana Viviana es la señal para subirles. Kean es el primero en tocar de pies en el suelo, se tambalea y termina sentado encima de sus piernas temblorosas. A Shane le tienen unos segundos más, después tiran de él con fuerza y le arrojan al lado de Kean. La Hermana se pasea orgullosa delante de ellos.

—Espero que aprendáis la lección.

Da media vuelta y desaparece por la puerta, pero los Hermanos se quedan. Y eso solo significa una cosa. Una buena paliza. Un puñetazo llega de la nada directo a la mejilla de Kean, después una patada en el estómago de Shane y así durante dos interminables minutos en los que no pueden hacer nada más que cerrar los ojos y rezar para que termine rápido.

Capítulo 17

Aiden

Presente, 1985

Los mismos barrotes que saltó de niño en varias ocasiones les reciben al entrar en el convento. Una Hermana de la Caridad les recibe con una sonrisa mientras abre la valla que da al jardín. Aiden no ha vuelto a poner los pies en ese sitio desde que consiguió escapar, por eso cruzar esa verja es un golpe duro a su inconsciente. El dolor sigue latente en su interior y adentrarse de nuevo en aquel edificio es revivir de nuevo la misma pesadilla. La Hermana de la Caridad que les ha recibido les indica amablemente que la Hermana Viviana les está esperando detrás de la última puerta que hay a la izquierda del pasillo de la planta baja. Se ofrece a acompañarlos, pero Aiden lo rechaza.

—No se preocupe Hermana, nos conocemos cada habitación al dedillo. Puede volver a sus labores, no queremos molestar más de lo estrictamente necesario —le sonrío.

La Hermana asiente y se vuelve hacia la escalinata, esperan a que suba la escalera para dirigirse hacia la Habitación del Pecado.

—Que mala leche tiene la Hermana Viviana —susurra Aiden.

—Si no puedes aguantarlo... —Shane duda si ha sido buena idea traer a su amigo.

—Esa mujer no va a ganar, tranquilo.

Y dicho esto da dos golpes a la puerta de la Habitación Prohibida y entra sin esperar respuesta del interior.

—Tan insolente como siempre —la Hermana Viviana está sentada detrás de una mesa en el centro de la sala.

Aiden la mira con detenimiento, en el funeral con las prisas y el odio no se fijó lo suficiente, pero ahora se da cuenta de lo mayor que está. Con la luz del sol iluminándola a través de la ventana puede ver como las arrugas se marcan en su rostro dibujando decenas de finas líneas que señalan su vejez, también se fija en como tiemblan sus manos al alzarse para recibirles. Hace un gesto para que se sienten en las dos sillas que hay dispuestas al otro lado de la mesa.

Los dos amigos se sientan y Shane toma el mando de la conversación.

— Gracias por atendernos Hermana. Cuando asesinaron a la Hermana Eliza le tomó declaración mi colega Gary, pero en vista de los últimos acontecimientos nos gustaría volver a hablar con usted.

La Hermana Viviana sigue mirando a Aiden con el mismo fuego en los ojos con el que los miraba cuando eran unos críos.

— ¿Qué hace él aquí? No es policía.

— ¿Le incomoda mi presencia, Hermana? —Aiden esboza una ligera sonrisa.

— ¿Y a ti? ¿Cómo te sientes estando de nuevo en esta sala? —replica.

Shane carraspea e intenta reconducir la situación.

— Estamos aquí por el asesinato, así que por favor comportémonos. Todos —mira a Aiden y luego a la Hermana Viviana—. Tenemos constancia de que recibieron una carta donde pedían que confesaran sus crímenes o habría consecuencias. Dígame, ¿sabe que podrían tener los asesinos en contra de las Hermanas Celia y Eliza?

— No —niega afligida—, todos en esta comunidad somos personas ejemplares. Nadie se salta las normas y seguimos los deseos del señor. No sé quién podría quererles hacer daño.

— ¿Ha pensado que tal vez el asesino se equivocara de víctima?

La Hermana Viviana entorna los ojos y mira detenidamente a los dos muchachos.

— Cuidado —les advierte—. Estáis pisando arenas movedizas.

— Tenemos que sopesar todas las posibilidades —Shane permanece impasible—. ¿Podría darse el caso que no quisieran matar a la Hermana Eliza? ¿Qué con la oscuridad de la noche se confundieran?

— No veo el motivo —la Hermana coloca las manos encima de la mesa y entrelaza los dedos—. Ninguna de nosotras ha hecho nada para merecer esa horripilante muerte. Tampoco el Hermano Ardal. Somos siervos del señor, le servimos aquí en la Tierra y alabamos su palabra. ¿Qué hay de malo en eso? —Esto último lo dice mirando a Aiden.

Aiden mira de reojo el lugar donde solía estar la Habitación del Pecado.

— Encerrar a niños inocentes en sitios inhóspitos, por ejemplo —bufa.

— Solo cumplía mi deber —la Hermana Viviana le mira con rabia—. Si os castigaba era para reformaros y que os hicierais hombres de bien.

— Era el reinado del terror. Nos castigaba sin ton ni son, disfrutaba con esos castigos. Tal vez alguien del pasado quiera matarla.

— ¿Cómo hiciste tú, Aiden? —La Hermana Viviana se levanta con una velocidad que sorprende a los dos amigos dada su edad, da un golpe a la mesa y respira con agitación—. Ya mataste en el pasado. ¿No te quedaste satisfecho? Después de tantos años vienes aquí y me amenazas. ¡Vete de mi casa!

Aiden le sostiene la mirada sin pestañear.

— Amigo —murmura Shane—, será mejor que esperes fuera. Ya sigo yo con la declaración

Aiden sonríe al inspector, mira por última vez a la Hermana y antes de salir de la habitación piensa que ojalá la siguiente sea ella. Esa mujer saca lo peor de él. Una vez fuera empieza a deambular por el pasillo, salvo esa habitación el resto no ha cambiado nada. Los mismos adornos que le recibieron al entrar en el orfanato le han recibido hoy, se acerca al otro extremo del pasillo y observa los mismos bancos de madera maltrechos en los que se sentaban de pequeños para comer. No ha cambiado nada. Aiden se pregunta si seguirá arriba la Puerta Prohibida.

— ¿Aiden?

Una voz le saca de sus pensamientos. Da media vuelta y se encuentra a Flynn vestido con una toga.

— Pero mírate —Aiden no puede evitar reírse—. Eres uno de ellos.

— Quien lo hubiera dicho —Flynn se contagia de la risa de su amigo—. ¿Qué haces aquí?

— Colaboro con la policía en los asesinatos de los Remendadores. Shane está hablando con la Hermana Viviana.

— ¿Y tú no estás con él? —Arquea la ceja.

— Esa mujer me ha echado de la sala.

— Ya —vuelve a reírse—, esa mujer te odia. No le des más vueltas. Espero que lo cojáis pronto. No me gusta la idea de que estén merodeando por ahí cuando me he metido a cura. Si puedo ayudar en algo...

— La verdad es que sí. ¿Has escuchado o visto algo? Cualquier cosa nos será de gran ayuda.

Flynn se encoge afligido.

— No creas, las muertes se han tratado con mucho secretismo y no han querido darle bombo al tema. Pero sé con quién puedes hablar, el Hermano Frank compartía habitación con Ardal la noche en que ocurrió. Acabamos de terminar la oratoria de hoy, ven. Te acompaño.

Aiden asiente y sigue a Flynn por la planta baja, cuando vuelven a pasar por delante de la escalinata no puede evitar preguntarle por la Puerta Prohibida.

— Se cerró cuando lo de tu hermano —responde con tristeza—. He pensado en ello muchas veces y he querido asegurarme de que estaba cerrada. Te lo aseguro, ahí arriba no hay nada —acto seguido levanta la mano izquierda y pone la derecha sobre el corazón—. Palabra de Hermano de la Caridad.

— Ya... —Aiden se aflige al pensar en su hermano—. ¿Eres feliz aquí?

— Lo intento, quiero pensar que hago el bien. Compenso lo malo que había en este lugar haciendo buenas obras.

— Vivías bajo el mismo techo que el Hermano Ardal. ¿Cómo lo soportabas?

Flynn se rasca la cabeza y se encoge de hombros.

— Le evitaba tanto como podía, igual que hago con los demás. Cuando se cerró el orfanato todos volvieron y me encontré de repente en un convento con esos malditos hombres. Pensé que podría tener un respiro al acudir a alguna de las ceremonias que organizan las Hermanas en el lugar donde crecimos, pero me encontré con que la Hermana Viviana había vuelto también — suspira—. Intento no pensar en el pasado y darle algo bueno a la sociedad. La Iglesia necesita sangre joven, puedes animarte si quieres.

— Ni que me fuera la vida en ello —bromea—. Este no es mi sitio, lo sabes.

Flynn asiente y siguen andando hacia la sala de oraciones, una vez allí Flynn hace un gesto con la mano para que el Hermano Frank se acerque. Aiden se fija en él, es viejo y le pesan las piernas al andar. Va vestido con la misma toga que Flynn.

— Hermano Frank, le presento a Aiden —se dan la mano—. Es un viejo amigo, está investigando la desgraciada muerte del Hermano Ardal y se preguntaba si podría responderle algunas preguntas.

Le mira con ojos cansados y asiente.

— Ya le dije todo a otro policía, pero será un placer ayudarle. Aunque no hay mucho que contar.

El Hermano Frank se dirige al exterior con las manos en la espalda mientras arrastra lentamente sus pasos, los dos le siguen.

— ¿Qué recuerda de esa noche, Hermano?

— No mucho la verdad —han llegado al patio delantero y bajan los peldaños de la entrada—. Intercambiamos algunas palabras antes de irnos a dormir, no era muy hablador, ¿sabe usted? Así que después de rezar me acosté en mi cama. Me pareció escuchar cómo se abría la puerta a medianoche, pero me dormí al instante. Dijeron que me habían echado algo para que durmiera. Fue horrible —se estremece—. Me desperté con dolor de cabeza, los rayos de sol ya entraban por la ventana así que me desperecé y me levanté. Tenemos misa a las seis de la mañana y no quería llegar tarde. Al poner los pies en el suelo noté algo húmedo bajo mis pies, bajé la mirada y vi toda esa sangre... —se cubre la cabeza con las manos—. Yacía muerto en medio de la habitación con esas horripilantes cruces que le cosían los ojos y los labios. No podía chillar, me quede mudo. Salí corriendo a pedir ayuda. —Han llegado a la verja que da al exterior, se detiene y lo mira con intensidad—. No sé si le ha servido de algo, espero que encuentren al culpable. Confío en ustedes —sonríe.

— Lo encontraremos —le promete Aiden—, muchas gracias por revivirlo de nuevo. Seguro

que no ha sido fácil.

El Hermano Frank asiente con tristeza.

—Espero verte pronto amigo —Flynn se despide de Aiden y se aleja junto al Hermano Frank hacia su convento.

Justo en ese momento aparece Shane.

— ¿Ese era Flynn? —Arquea la ceja.

—Ajá —asiente—, me ha presentado al Hermano Frank, él fue quien encontró a Ardal.

— ¿Alguna pista?

—Nada. ¿Qué hay de esa horrible mujer?

— Tampoco, una absoluta pérdida de tiempo.

Aiden da un codazo a su amigo.

—No te desanimes, aún tenemos que hablar con Brendan.

Shane fuerza una sonrisa. Las cosas van de mal en peor. Empieza a arrepentirse de haber pedido este caso. Todo se complica por momentos y no logra encontrar ninguna pista que señale al sospechoso. Creía que llevar a Aiden pondría de los nervios a la Hermana Viviana y que lograría sacarle una confesión o por lo menos que mostraría su miedo, pero lo que ha conseguido ha sido lo contrario. Se ha cerrado en banda y ha amenazado con contar lo de Aiden, después de tanto tiempo esa mujer sigue odiándole con todas sus fuerzas por lo que ocurrió. Ha salvado la situación diciendo que ella también saldría malparada, pero es una mujer mayor y ya le queda poco que perder. Mira a su amigo afligido y teme que por querer enmendar los errores que cometió en el pasado esté sentenciando la vida de Aiden.

Capítulo 18

Kean

Pasado, 1970

Después de la paliza pasan el resto del día en cama, únicamente se levantan para ir a cenar. Al moverse notan como todo su cuerpo se remueve, pinchazos en el estómago y calambres en las piernas. A Shane le han partido el labio, Kean tiene tan hinchado el ojo derecho que no lo puede abrir. Les duele a rabiar. Bajan por la escalinata a paso de abuelo, sintiendo un dolor punzante en cada movimiento.

Apenas han pronunciado palabra después de la paliza, se han limitado a arrastrarse a sus respectivas literas, han cerrado los ojos y han intentado borrar los últimos minutos de su vida. Aunque no lo han conseguido y sus compañeros tampoco lo han hecho. Al cruzar la puerta del comedor todos los ojos se posan sobre ellos, escuchan un grito ahogado que proviene del fondo de la sala seguido de un incómodo silencio. Intentan hacer caso omiso a esas miradas y se disponen a coger un plato y algo de comer. Pero no dejan de sentirse observados, perciben el terror y la pena en los ojos de sus compañeros. Kean maldice para sus adentros, ellos no han visto nada. Puede que verlos colgados cabeza abajo junto a las heridas de su rostro les haya hecho sentir lastima por ellos, pero no han reparado en lo peor. Las heridas más profundas son aquellas que no se ven, las que llevan debajo de la piel. Dentro de su alma. Les han maltratado sin piedad, les han golpeado y martirizado. Bajo la ropa están los moratones más feos, de esos que te hacen apartar la mirada al verlos. Han creído que su mundo se terminaba. Shane ha estado llorando durante media tarde y Kean no ha tenido ni el valor ni la fuerza de consolarle.

— ¿Qué miráis? —Gruñe Kean.

Los ojos dejan de observarlos, bajan la mirada avergonzados y vuelven a remover sus platos sin valor para alzar la vista de nuevo. Unos chicos se esfuerzan en entablar conversación entre ellos y así poco a poco, vuelve a generarse el murmullo previo a su llegada. Shane observa la sala y ve a Aiden sentado junto a Connor. Le hace una señal a Kean con la cabeza y se dirigen hacia allí.

— ¡Kean! —El pequeño Aiden tiene los ojos llenos de lágrimas—. ¿Te han hecho mucho daño?

— ¿Esto? —Kean se esfuerza por esbozar una sonrisa, al hacerlo mil agujas se clavan en sus mejillas y aguanta el dolor con fuerza—. No es nada chaval. Ya sabes que somos invencibles, ¿verdad?

Kean le da un codazo a Shane que se ha sentado a su lado.

— Ya sabes que tu hermano es el más fuerte del mundo —logra decir Shane—. Esto no es nada

para él.

Aiden parece satisfecho con la respuesta y vuelve a comer con ganas. Kean se fija en Connor que está sentado al lado del pequeño. Desde lejos y con solo un ojo no ha visto la mala pinta que tiene. Su cara está llena de moratones y lleva un brazo vendando.

— Connor... —susurra— ¿Qué te han hecho?

Connor alza la cara hacia sus amigos y ven el pánico en sus ojos, tras unos segundos aguantándoles la mirada en silencio vuelve a bajar la cabeza y empieza a remover la cuchara en su plato. Los dos amigos intercambian miradas de inquietud y Shane decide insistir.

— Venga tío, nosotros también nos hemos llevado una paliza. Habla con nosotros.

— No hay nada de qué hablar —responde en un susurro—. Fue muy mala idea.

— Vuelvo a pedirte perdón. Nosotros también estamos jodidos —le responde en otro susurro para que Aiden no los escuche.

El pequeño sigue en su mundo, comiendo con ganas y observando las otras mesas con interés. Su hermano le ha dicho que está bien así que ya no tiene de que preocuparse, se ha limpiado las lágrimas de los ojos y ha decidido encontrar a su nuevo amigo entre todas esas mesas. Quiere presentárselo a Kean.

— Dejadme en paz —espetea Connor con rabia.

Los chicos le miran sorprendidos mientras recoge su plato y se levanta con la mirada clavada en el suelo sorteando las demás mesas, limpia su plato y desaparece por la puerta. Antes de que se volatilizara Kean ha visto algo en Connor, no es solo su estado de ánimo el que ha cambiado, Connor tenía un moratón muy peculiar en el cuello y, lo que más le ha llamado la atención a Kean ha sido que algo brillante le sobresalía del cuello de la camiseta, un collar dorado.

Capítulo 19

Aiden

Presente, 1985

En lugar de ir a hablar con Brendan y sacarle una confesión va a su oficina en el centro de Dublín. No pueden presentarse así como así en su despacho, aún no pueden decir que sea sospechoso. No sin pruebas, por lo que han tenido que pedir cita para reunirse con él y su secretaria no les ha dado hora hasta mañana, el muy imbécil le habrá pedido a esa pobre chica que lo posponga tanto como pueda. Eso solo puede significar una cosa, oculta algo. No se quita de la cabeza la llamada de Brendan y la reunión clandestina después del entierro. El teléfono sonó hace más de tres años y la voz de Brendan salía del auricular, Aiden se sorprendió al escuchar su voz después de tanto tiempo.

—Estoy reuniendo a los chicos —le dijo con una voz grave que a Aiden le costó reconocer al principio—. Necesitamos dar carpetazo a lo que nos sucedió.

—Hace mucho que pasó todo aquello —respondió Aiden mientras intentaba eliminar uno de esos horribles recuerdos que aparecía en su cabeza sin previo aviso.

—¿A ti no te comen los demonios? —Siguió hablando con la misma voz grave, pero percibió inquietud en las palabras que salieron del auricular—. Te prometo que no te arrepentirás. ¿Recuerdas el descampado que había a unas manzanas del orfanato? Ven mañana por la noche y si te arrepientes eres libre de irte.

Dudó si ir, pero la intriga era más fuerte que su voluntad. Así que terminó asistiendo y siempre se ha arrepentido de esa decisión.

El teléfono de la oficina está sonando, alza la cabeza y ve como una compañera se apresura en cogerlo. Intercambia un par de palabras con su interlocutor, asiente al aire y después de colgar se acerca a Aiden con una sonrisa.

—Tienes visita —Emma juega con un mechón cobrizo de su pelo mientras se inclina sutilmente hacia la mesa de Aiden—. Era el portero, avisa de que Brie Quinn está subiendo. Dice que le ha sido imposible pararla, ha aprovechado que estaba atendiendo una llamada para colarse. ¿Quieres que me invente alguna excusa para deshacerme de ella? —Ahora roza la mano de Aiden pero él la retira al momento.

—Demasiado tarde —masculla con cara de pocos amigos y hace un gesto con la cabeza para que se dé la vuelta.

Brie Quinn les está observando desde el marco de la puerta, entra en el despacho de Aiden y con un movimiento de cadera hace que Emma se aparte a un lado y se sienta en la misma silla que

la otra vez. Emma deja de jugar con su pelo y mira sulfurada a esa periodista, al ver que Aiden no se inmuta da media vuelta y vuelve a su mesa.

— Veo que tiene muchas pretendientas —una risita se escabulle de esos labios rojos, Aiden arquea una ceja y no responde—. No me dirá que no se ha dado cuenta. Esa mujer estaba tratando de llamar su atención y creo que no es la única, puedo notar los ojos de todas las chicas clavados en mi nuca. ¿Me equivoco?

Aiden alza levemente la cabeza y observa, Brie Quinn tiene razón, pero no piensa darle el gusto.

— Quien calla otorga —susurra.

— El portero ha llamado preocupado, nos ha advertido que se ha colado en el edificio. No es muy profesional por su parte —masculla con cara de pocos amigos.

Las finas facciones del rostro de Brie se endurecen mientras aprieta el borde de la silla con las manos.

— No me iré hasta obtener respuestas. Que me prohíba la entrada al edificio demuestra que oculta algo.

— Es reportera del corazón —Aiden sigue tajante—, ¿desde cuándo tiene competencia sobre asesinatos?

Brie Quinn está a punto de responder, pero una vocecita chillona le obliga a darse la vuelta.

— ¡Aideen!

Un niño pequeño corre hacia ellos, Aiden se levanta y se dirige hacia el renacuajo para cogerlo en volandas. Brie se da cuenta de que todas las mujeres de la oficina están mirando la escena con ensoñación, mira de nuevo a Aiden y ve su cara llena de felicidad. Sus ojos verdes brillan al rodear a ese niño con sus brazos y escucha la risa tan contagiosa que tiene al revolverle el pelo al pequeño. Parece otra persona.

— Sentimos molestar —una mujer joven se acerca a los dos chicos algo apurada—, estábamos por el barrio y Eddy ha insistido en venir a verte. No deja de hablar de ti.

— Te hemos traído el desayuno — Eddy coge de la mano a Aiden y lo acerca a ella, rebusca en la bolsa de la compra que lleva su madre colgada del brazo y saca tres bollos—. Son mis favoritos —dice con orgullo.

Aiden vuelve a coger a Eddy en brazos, entra en su despacho y lo sienta encima de la mesa mientras da la espalda a Brie Quinn que se ha quedado de pie junto a la pared.

— Qué casualidad, también son mis preferidos —sonríe al chico—. ¿Te importa? —Se gira hacia Brie y le hace un gesto para que salga.

La periodista asiente y sale del despacho. Se queda en una esquina de la oficina observando como esa madre y el pequeño Eddy comen esos bollos con un Aiden irreconocible que no deja de sonreír.

— Enhorabuena —Emma se ha acercado a Brie—, ya has conocido al verdadero Aiden.

— Parece otro... —Brie está estupefacta.

— Es solo fachada —Emma sigue mirando a Aiden con ensoñación y vuelve a jugar inconscientemente con un mechón de su pelo—. Ese Aiden tosco y rudo con el que has tratado no es más que una careta. Me di cuenta cuando empezó a trabajar con esos niños. Se preocupa muchísimo por ellos, creo que nunca he visto a nadie tan entregado a su trabajo como él. Por eso siempre está mascullando, le molesta que le desconcentren cuando está en medio de algún expediente. Pero cuando consigue resolverlo... Mírale —Brie no ha dejado de mirarle, Aiden no deja de sonreír y bromear con Eddy—. Ese pobre niño sufría malos tratos, su madre pidió ayuda para alejarse de su marido. Ya sabes lo complicados que son estos casos y más cuando es una familia con recursos limitados —Brie asiente, recuerda una noticia de un caso similar donde el hombre terminó con la vida de su mujer e hija antes de conseguir la orden de alejamiento—. La policía actúa lo más rápido que puede para separar a esas familias de sus agresores y mientras Aiden se encarga de la transición, los acompaña durante todo el proceso. Ese niño no levantaba la vista del suelo, tenía miedo de su propia sombra y no dejaba de llorar. Aiden se mantuvo a su lado incluso después de hacer efectiva la orden de alejamiento, siguió visitando a esa familia hasta que Eddy empezó a sonreír. Ahora el niño no puede vivir sin él. Mira que feliz está.

En ese instante Aiden sale de su despacho acompañando a Eddy y a su madre a la salida sin perder esa sonrisa que ilumina todo a su alrededor. Emma sigue mirándole ensimismada mientras Brie aprovecha para meterse de nuevo en su despacho. En lugar de sentarse en la misma silla que la otra vez opta por sentarse en el sitio de Aiden y espera pacientemente a que vuelva. Cuando Aiden entra en su despacho aún tiene la misma sonrisa de felicidad que se esfuma al instante de ver a Brie Quinn sentada en su silla. Se había olvidado de ella.

— Creía que ya se habría ido. ¿No ha captado la indirecta? —Espeta—. ¿Y qué hace en mi silla? Largo.

— Parecía otro con ese chico —Brie sigue sonriente—, jamás le habría imaginado con esa sonrisa. Conmigo es totalmente distinto.

— Ya ve —bufa—, no lo sabe todo sobre mí.

— Ayúdeme a conocerle —Brie se reclina sobre la silla—. Así el artículo será más realista. Todos conocerán al gran Aiden Walsh.

Aiden no aguanta más la palabrería de esa mujer, se acerca a ella y la coge del brazo. La estira suavemente para levantarla.

— ¿Qué hace? —exclama sorprendida.

— Como no se va por su propio pie voy a asegurarme de que se vaya —tira de nuevo de su

brazo y la arrastra hasta la salida.

— ¡Eso es abuso! —Chilla la periodista mientras se ve arrastrada hacia la puerta, todos alzan la vista para ver el espectáculo.

—No sea exagerada, no le estoy haciendo daño. Los demás —se dirige a sus compañeros—, podéis seguir con lo vuestro. Aquí no hay nada que ver.

Llegan al rellano del tercer piso y Aiden se dispone a bajar las escaleras con Brie tirando de él hacia el lado contrario.

— ¡Está bien! —Se resigna la periodista—. Ya me voy, pero por el ascensor o acaso no ve el cartel de suelo mojado. No quiero partirme la crisma.

Aiden pone los ojos en blanco y se dirige hacia el ascensor sin soltar el brazo de Brie Quinn.

—No hace falta que me acompañe.

— Oh, sí que hace falta. —Aiden sonríe y descoloca por completo a la periodista—. Me aseguraré de que no vuelva a entrar en el edificio.

Las puertas del ascensor se abren y entra junto a Brie en ese espacio tan reducido. Pulsa el botón de la planta baja sin quitar los ojos de esa mujer, las puertas se cierran y el ascensor empieza a bajar.

Escuchan un crujido y el ascensor cae en picado durante una milésima de segundo. Pegan un bote y Brie Quinn chilla agarrada a Aiden. La luz del ascensor se apaga y se quedan a oscuras.

— Joder —maldice Aiden.

— No pasa nada —Brie intenta recomponerse—, pronto nos sacarán de aquí. Se habrá ido la luz.

Pero a Aiden no le tranquilizan esas palabras, él no tiene ese tiempo. Empieza a respirar agitadamente mientras va ahogándose lentamente entre esas cuatro paredes de metal.

Capítulo 20

Kean

Pasado, 1970

Kean se despierta con un dolor constante en el pecho, sigue sin poder abrir el ojo derecho y las fuerzas empiezan a fallarle. Se dirige al baño para ducharse, después de hacer cola tras siete u ocho niños entra en el lavabo y abre el grifo, el agua está más fría que caliente. Se estremece, no hay suficiente agua caliente para todos y si tardas mucho, tienes que ducharte con agua fría. Aun así se queda quieto, dejando que el agua resbale por su cuerpo magullado. Intenta aguantar tanto como puede, si puede soportar el agua helada puede con todo, se dice a si mismo. Y, aunque parezca una tontería, eso le da fuerzas. Sale con energía renovada y va al encuentro de su hermano y Shane, que le esperan para desayunar en el comedor.

Connor ha vuelto a la mesa de Brendan y compañía, aunque notan algo raro en su forma de actuar. Brendan mira a Connor de un modo distinto, casi como paternal. Igual que Kean a Aiden. Es una situación extraña.

— ¡Flynn! —chilla Aiden con su vocecita, eso hace que los chicos dejen de prestar atención a Connor y vuelvan la cabeza hacia el pequeño y su nuevo compañero—. Siéntate con nosotros.

Un chico alto con el pelo castaño y los ojos azul cielo se acerca a ellos con media sonrisa, es mayor que ellos. No les suena de haberlo visto por el orfanato. El chico se sienta al lado de Aiden y mira de frente a Kean y Shane.

— ¿Os importa que coma con vosotros? Soy Flynn.

— Claro que no les importa —exclama Aiden indignado—, Flynn es amigo mío— anuncia con orgullo.

— Él es Shane y yo soy Kean —responde mientras observa con detenimiento al nuevo— y él, como ya sabrás es Aiden.

— Un buen chico —asiente Flynn clavando los ojos en los de Kean—, ayer jugamos un rato al escondite mientras vosotros estabais... —hace una pausa para buscar la palabra adecuada— indispuestos.

— Pues que bien —Kean se cruza de brazos y arquea la ceja.

— No te había visto nunca —Shane intenta cortar la conversación, conoce a Kean y si sigue por ese camino no va a acabar bien—. ¿Eres nuevo?

— Hace unos años que estoy por aquí, pero no suelo relacionarme mucho con los demás. Hay

pocos chicos de mi edad en el orfanato —se encoge de hombros.

— Si, a tu edad suelen desaparecer rápido —Kean calcula que tendrá unos diecisiete años—. ¿Tú no quieres irte?

— No tengo a donde ir, como vosotros.

— Podríamos irnos todos juntos —sugiere Aiden con emoción.

— No lo creo enano, además seguro que tu amigo Flynn ya tendrá algún plan, ¿no?

— No te sigo —ahora es Flynn quien se pone a la defensiva.

— Pronto serás mayor de edad, aquí no durarás mucho. No les gusta tenernos más tiempo del necesario.

— Cuando ocurra ya veremos que hago. ¿Quieres darme algún consejo? Tú ya te fuiste una vez y volviste. ¿No te fue muy bien?

Kean salta de la silla, rodea la mesa y se acerca a Flynn. El nuevo se levanta, le pasa palmo y medio a Kean. Los dos se miran con rabia frente a frente.

— Aléjate de mi hermano.

— Venga chicos... —gime Shane.

— ¿O sino qué? —responde Flynn—. ¿Me estás amenazando?

— Tu sabrás.

— Nooooo —Aiden pega un bote de la silla y se coloca entre los dos—. Tenéis que llevaros bien, Kean no quiero que te pelees —lloriquea.

— Está bien —suspira Kean, que no puede negarle nada al pequeño, apartándose de Flynn.

— Ya he terminado de desayunar —anuncia Flynn con despreocupación— nos vemos por aquí.

El nuevo se larga bajo la atenta mirada de Kean que vuelve a su sitio con rabia contenida.

— ¿A que ha venido eso? —inquire Shane.

— Ese tipo trama algo, ¿por qué se interesa por Aiden?

— No seas tan protector, quizás solo busque un amigo.

— Es mi amigo —Aiden alza la voz metiéndose de lleno en la conversación— ayer estuvo conmigo y me hizo reír cuando estaba preocupado por ti, Kean. Quiero que te lleves bien con él. ¿Lo harás por mí?

—No te lo prometo, pero lo intentaré.

— ¡Bieeen! —Sonríe Aiden satisfecho.

—Y ahora, termina de comer que tenemos clase con el Hermano Liam.

Una vez han desayunado se dirigen a la habitación contigua al comedor, en ella hay varios pupitres y sillas, una pequeña tarima y una pizarra en la que el Hermano Liam ya está garabateando. Los Hermanos acuden diariamente para dar clases de conocimientos básicos a los huérfanos, para que puedan labrarse un futuro y tengan un mínimo de conocimientos al salir de este lugar. Hoy toca matemáticas. Como no tienen papeles y lápices para todos, las clases se hacen en voz alta y en la pizarra. A Aiden le encantan y participa activamente en la clase, Kean lo observa con cariño desde un rincón y ve como Flynn hace lo mismo desde la otra punta. Le mosquea un poco ese chico, pero intenta dejarlo estar.

Al finalizar la clase se dispone a salir junto a sus compañeros, al levantarse nota como le cruje cada hueso de su cuerpo, los moratones se están poniendo de un color verde asqueroso y le duele a rabiar. Shane está igual o más dolorido que él, pero cada vez que le mira esboza una sonrisa, esa es la primera paliza que le dan, pero no parece afectado en el sentido emocional, está más que contento, por primera vez se siente valiente.

—Kean aguarda, quiero hablar un momento contigo.

El Hermano Liam va hacia él con una sonrisa, el chico asiente y hace un gesto a Shane y Aiden para que se vayan. El Hermano espera a que todos los demás niños se vayan y cierra la puerta. Se sienta en su silla y hace un gesto para que Kean se acerque.

—Ven, deja que te vea —Kean le obedece y se deja examinar—. Vaya, vaya. Este chichón en el ojo va a durarte días. Tendrás que ponerte algo frío para bajar la inflamación. ¿Te duele? —Pregunta apretando suavemente con el dedo en uno de los moratones del estómago.

—Si usted los toca si, sino no tanto.

—Ya veo, eres un chico valiente —sonríe mientras se rasca la barba llena de canas—. Así que queríais vivir aventuras, ¿verdad?

Kean no responde.

—¿Has aprendido la lección?

—Si, Hermano Liam. No volverá a ocurrir —responde rápidamente Kean pensando que esas son las palabras que quiere oír.

—Pobre niño —susurra con dulzura—, las Hermanas no entienden esta curiosidad vuestra, pero basta para que te prohíban algo para que tengas más ganas de hacerlo. Yo lo entiendo a la perfección, por eso mismo quiero enseñarte una cosa.

—¿El qué? —A Kean le pica la curiosidad.

—Pero será nuestro secreto —le guiña el ojo—. Ven conmigo, te enseñaré algo.

El Hermano sale de la habitación y Kean va tras él con curiosidad. ¿Qué va a mostrarle? Le sigue por el pasillo de la planta baja y sube junto a él la escalinata, peldaño a peldaño. Al llegar a la planta superior el Hermano empieza a andar en dirección a la Puerta Prohibida. A Kean le empieza a latir el corazón con fuerza. Mira con ojos expectantes al Hermano que se ha parado justo delante de la puerta.

—Sabes, yo fui un niño como tú y aprendí que la curiosidad solo se puede combatir con la verdad. Por eso quiero mostrarte lo que hay al otro lado de la puerta. ¿Estás preparado? —Kean asiente— Será nuestro secreto. Recuérdalo.

El Hermano le muestra una llave de color gris, fina y delgada, pero de grandes dimensiones. La coloca grácilmente en el hueco de la cerradura y, antes de girarla, se lleva un dedo a los labios y una sonrisa llena todo su rostro. Kean está emocionado, está a punto de entrar en esa habitación. Podrá explicarles a los chicos lo que hay en el interior, aunque sea un secreto, él lo comparte todo con Aiden y Shane. Está deseando explicárselo.

—¿Quieres abrirla tu? —le anima jocoso el Hermano Liam.

Kean no cabe en sí de alegría, coloca la mano en la punta de la llave y empieza a girarla con el corazón a punto de salirse del pecho.

—Hermano Liam, ¿qué está haciendo? —la voz de la Hermana Caitlín aparece de la nada haciendo añicos sus ilusiones.

—Quería enseñarle el interior de la estancia, creo que el castigo que se les impuso fue demasiado y quería compensarlo —argumenta con tranquilidad.

—Yo también creo que no fue equitativo, pero eso no significa que pueda saltarse las reglas —sus ojos se clavan con furia en los del Hermano Liam—. Además, estaba buscando al chico. Necesito que me ayude.

—Todo suyo, Hermana Caitlín.

La Hermana coge a Kean del brazo y lo lleva casi a rastras fuera del edificio. Una vez fuera lo mira fijamente con ojos serios.

—No quiero que te acerques a esa puerta, ¿entendido?

—Pero... —protesta el chico.

—Nada de peros, es peligroso. Suerte que ese niño me ha avisado sino tal vez no hubiera llegado a tiempo.

—¿A tiempo de qué? ¿Quién le ha hablado de mí?

Las preguntas se amontonan en la cabeza de Kean, pero la Hermana niega con la cabeza a la

vez que cruza los brazos.

— Cuídate las heridas, el chichón del ojo es espantoso.

Esa es su manera de zanjar el tema, la Hermana Caitlín se adentra de nuevo en el edificio mientras se santigua con la mano derecha. Kean observa como desaparece en el interior junto a todas las respuestas que busca. No entiende nada, ha recibido la paliza de su vida por intentar entrar en esa habitación, luego el Hermano Liam quiere descubrirle lo que hay dentro, incluso le ha mostrado la llave que abre esa misteriosa puerta y cuando está a punto de lograrlo la Hermana Caitlín se lo impide. ¿Pero por qué? ¿Qué hay ahí dentro que no pueda ver? ¿Quién le ha dicho que estaba a punto de entrar? Entonces lo recuerda, al doblar la esquina al lado de la escalinata estaba Flynn. ¿Ha sido él? Kean necesita saberlo así que recorre el patio en su busca, lo encuentra en la parte de atrás, justo como lo vio la primera vez. Recostado contra el muro con la única diferencia de que no está solo, Aiden lo acompaña y ríe junto a él. Eso aún le da más rabia a Kean, que va hacia ellos con los puños cerrados.

— ¡Kean! — sonríe el pequeño—, ven mira lo que tiene Flynn.

— ¿De dónde has sacado esa pelota? —Kean arruga la frente al ver una diminuta pelota marrón con la que Flynn juega pasándola de una mano a la otra.

— Estaba por ahí.

— Mientes, la única que tenemos está hecha una mierda y esta parece bastante nueva. ¿A quién se la has robado?

— Yo no soy un ladrón —inquire Flynn con cara de mosqueo— y no tengo porque darte explicaciones.

— ¿Seguro? Porque me parece que hablas de mi a mis espaldas.

— ¿Tienes pruebas?

— ¿Negarás que le has dicho a la Hermana Caitlín lo que hacíamos? Porque me ha dicho que has sido tú.

— Dudo mucho que te haya dicho mi nombre. Deberías estarme agradecido.

— ¿Agradecido? ¿Por controlarme y joderme el día? ¿O por entretener a mi hermano con una pelota robada? Creo que no tengo nada que agradecerte.

— Hay cosas que vienen y no puedes hacer nada por evitarlas, yo no pude. No cometas mis errores.

— ¡Pero de que hablas!

— Déjalo, es mejor así.

Flynn se zafa del brazo de Kean que lo tiene sujeto y se va con la pelota en la mano. Kean esta

sulfurado y no se da cuenta de que Aiden ha empezado a llorar hasta que le da un golpe en la pantorrilla.

— ¡Ay! ¿Qué haces enano?

— Es mi amigo – se queja— ¿Por qué no puedes llevarte bien con él? Yo soy amigo de Shane.

— Es distinto renacuajo.

— No lo es. Yo también puedo decir cosas malas de Shane y no lo hago. Porque quiero que tengas amigos y tú tienes que hacer lo mismo. Tienes que aceptar a mis amigos, te gusten o no.

— Vaya – Kean se rasca la cabeza— puede que tengas razón, a veces pareces mayor de lo que eres. ¿Y qué hay de malo en Shane?

— Tonterías —se encoge— a veces cuando estamos juntos me mira raro, pero creo que es porque le gustaría ser nuestro hermano.

— Es como si lo fuera.

— Pero no lo es y él lo sabe —Aiden se encoje de hombros—. Creo que eso le hace infeliz.

Kean mira sorprendido a su hermano y de repente se da cuenta de que ya no es tan pequeño. Eso significa que él también ha crecido, el tiempo pasa en el orfanato y en pocos años tendrá que abandonarlo. Un temblor le recorre el cuerpo, eso significa dejar a Aiden atrás hasta que cumpla la mayoría de edad o un poco antes si consigue dinero para mantenerle. Una cosa está clara, tendrá que separarse de su hermanito un tiempo y eso le aterra.

Capítulo 21

Aiden

Presente, 1985

La bombilla de emergencia se ha encendido y emite una fina capa de luz que les permite ver la silueta del otro entre esa oscuridad. La respiración de Aiden es cada vez más agitada, nota como el pecho le oprime los pulmones y no le entra suficiente aire. Siente que está a punto de ahogarse. Da la espalda a Brie Quinn y apoya la frente en la pared de metal del ascensor, está frío y le reconforta levemente.

Suspira.

La sensación de ahogo vuelve con más intensidad y no puede soportarla. Empieza a sudar. Las paredes se estrechan y cree que no aguantará otro minuto en ese lugar. Entonces una mano se apoya suavemente en su hombro y le devuelve a la realidad.

—¿Claustrofobia? —Pregunta Brie en un susurro.

Aiden asiente y se gira hacia ella. Sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad y ya no ve solo la silueta de la periodista, ahora puede ver sus labios torcidos en señal de preocupación. Aunque su visión no dura mucho, empieza a marearse y a desdibujar la realidad. Vuelve a respirar con agitación y empieza a perder el control sobre su cuerpo. Las piernas le flojean y cae al suelo de rodillas, empieza a temblar y a ahogarse de nuevo. Le parece escuchar la voz de una mujer chillando en la distancia, pero él está lejos para oírla con claridad.

Una mano le abofetea, nota un picor en la mejilla y se lleva la mano a la cara. El rostro de Brie vuelve a perfilarse a pocos centímetros del suyo. La periodista coge la mano que Aiden se ha llevado a la mejilla y la coloca justo sobre su pecho.

—Aiden, siga mi voz —susurra Brie—. Cierre los ojos y escuche mi respiración. ¿La oye?

Aiden asiente con la cabeza.

— Bien, ahora intente respirar pausadamente. Siga el movimiento de mi pecho. Inspire — Aiden inspira—. Expire —Aiden saca el aire—. Muy bien —le anima—. Repítalo varias veces conmigo.

Aiden se esfuerza en imitar la respiración de la periodista hasta que terminan sincronizándose. La sensación de ahogo va desapareciendo paulatinamente y aparta la mano del pecho de Brie.

— Gracias —balbucea.

—No es nada. ¿Está mejor?

—Creo que llegados a este punto podemos tutearnos —resopla.

—Tienes razón —esboza una ligera sonrisa—. Siento lo que ha ocurrido.

—¿Qué parte? —Aiden también sonríe.

—Todo —admite.

Siguen de rodillas y Brie se deja caer al suelo para recostarse sobre la pared. Aiden la imita en el lado contrario del ascensor. La mira fijamente mientras ella intenta explicarse.

— Sólo quería sacar un buen artículo y cambiar mi reputación —balbucea—. Mira a donde nos ha llevado mi insistencia, nos hemos quedado encerrados en el ascensor y casi te da un ataque.

— Bueno —Aiden se encoge de hombros—, me has devuelto a la realidad. Nunca había conseguido estar tanto tiempo encerrado sin respirar agitadamente. Además, creía que estabas orgullosa de tus reportajes. Tu nombre sale siempre en primera plana.

Brie apoya los brazos sobre sus rodillas y esconde la cabeza entre ellas.

— Soy buena no voy a negarlo —suspira—. Pero solo saco los trapos sucios de los famosos. Tú mismo lo dijiste. ¿A qué nivel me deja eso? Siempre he querido hacer periodismo de investigación, pero mis jefes solo ven una cara bonita. No piensan que pueda hacer nada más que entrevistas a mujeres despechadas. Quiero labrarme un buen nombre y no lo consigo. Me han encasillado —vuelve a levantar la cabeza y mira con intensidad a Aiden—. Por eso este caso es tan importante para mí. No son asesinatos sin más, hay un pasado detrás. ¿Me equivoco?

Aiden sigue mirándola fijamente sin responder, se concentra en sus dedos entrelazados así evita esos ojos que le ponen de los nervios de una forma que no comprende.

— Empecé a investigar a los Remendadores cuando mataron por segunda vez —Brie sigue con su explicación gesticulando con sus manos, Aiden se concentra en seguir esos dedos—. No entendía porque escogían a esas monjas y me di cuenta de que todas ellas tenían un pasado común. Que lo que ahora es un convento antes era un orfanato y que en ese sitio pasaron cosas terribles.

—Cómo lo de mi hermano —se sorprende diciendo en un susurro.

—Exacto —Brie asiente— o como los castigos que os imponían. Es terrible —cierra los ojos con tristeza—. No me extraña que alguien quiera acabar con ellas... Aunque no lo apruebo, por supuesto —se apresura en decir—. Pero creo que la historia merece ser contada, tal vez si se hace público los asesinos dejarán de matar. Les habremos hecho justicia a esos niños desvelando la verdad, tu hermano tendrá la justicia que se merece.

—No tienes pruebas... —Ahora es Aiden quien agacha la cabeza.

—Tengo testigos, tanto Hermanas del convento como alguno de los chicos con los que

conviviste esos años. Llevo tiempo trabajando en ello. Piénsalo, ¿qué puedes perder? —los ojos de Brie brillan de la emoción creyendo haber captado el interés de Aiden.

El sigue ensimismado en los dedos de la periodista, la respiración agitada vuelve a la vez que una sombra del pasado se instala en su cabeza. Vuelven los temblores y el ruido.

—Eh —Brie se acerca a él y le zarandea—, sigue aquí conmigo. Mírame —y Aiden sigue sus instrucciones, clava sus ojos verdes en esos ojos de pestañas interminables y parece que la agitación empieza a desvanecerse—. No me obligues a abofetearme de nuevo.

— En el fondo te habrá encantado —logra decir, se da cuenta de lo cerca que está de la periodista y se inclina hacia atrás—. Después de lo mal que te he tratado merecía esa bofetada.

Brie también se aparta, vuelve a su rincón y observa a Aiden con interés.

—¿Me concederás esa entrevista? —Insiste con una sonrisa.

Un destello les ilumina fugazmente sin dar tiempo a Aiden de responder. La luz vuelve a la vez que el mecanismo del ascensor se pone en marcha. Se levantan justo cuando el ascensor llega a la planta baja, las puertas se abren y Aiden puede respirar de nuevo fuera de esa jaula de metal.

— ¿Están bien? —El portero les recibe con preocupación, cuando ve a Brie Quinn junto a Aiden teme una reprimenda—. He reactivado la luz lo más rápido que he podido. Espero que un espacio tan pequeño no les haya agobiado.

— Para nada —sonríe Brie al portero—, tenía a un gran conversador conmigo. Me ha entretenido hasta que la luz ha vuelto.

—Usted...

El portero da la espalda a Brie que sigue en el ascensor y mira a Aiden que intenta permanecer lo más lejos posible de esa cosa.

—Llamé para avisarle. Aproveché para entrar cuando estaba atendiendo otra llamada. Espero que no le haya causado muchas molestias —se disculpa.

— No se preocupe. Puede que estuviera equivocado con la señorita Quinn —le da una palmada en la espalda al portero para tranquilizarlo, luego se gira hacia Brie—. Ya veo que no podré librarme de ti, pero antes de venir llama. ¿Serás capaz de hacerlo?

Brie asiente emocionada y sale del ascensor.

—¿Entonces me concederás esa entrevista?

—Me lo pensaré.

Dicho esto, Aiden da media vuelta y sale del edificio. El aire fresco le vendrá bien para aclarar las ideas antes de hablar con Brendan. Va a resolverlo esta noche, no piensa esperar a mañana.

Capítulo 22

Kean

Pasado, 1970

Este sábado será distinto, se dice a sí mismo Shane. Los sábados las puertas del orfanato se abren para los niños mayores de doce años, entre las cuatro y las ocho de la tarde pueden ir a donde les apetezca. Si llegan más tarde las puertas están cerradas y ya no pueden entrar hasta el sábado siguiente, es una forma de asegurarse que los chicos sean puntuales y funciona. Un día un chico se saltó el toque de queda y no lo vieron hasta al cabo de una semana, por la cara que traía la calle le había tratado mal. Así que todos los chicos se apresuran para llegar a la hora.

Todos se preparan para salir en cuanto llegan las cuatro, quieren aprovechar al máximo esas horas de libertad en las que están lejos de las atentas miradas de las Hermanas. Kean en cambio no sale nunca, desde que escaparon con su hermano y el pequeño enfermó. Se prometió que nunca le dejaría solo así que pasa las tardes del sábado junto a Aiden. Y Shane, como no, sigue todos los movimientos de su mejor amigo. Pero ese sábado Shane se ha propuesto sacar a Kean del orfanato, quiere pasar un día con su amigo sin que el pequeño esté en medio. Probar cosas nuevas, hacer el bruto sin tener que preocuparse por la seguridad de Aiden y unirse a los demás. Ese es el plan de Shane, hacer que Kean haga más amigos.

—No tengo ganas —replica Kean al momento.

—No me lo creo —Shane arquea la ceja—, con lo aburrido que es estar siempre entre estas cuatro paredes. ¿No te apetece ver que hay fuera?

—Ya vi todo lo que hay que ver, además seremos los reyes del patio. Tendremos la pelota para nosotros solos —esto último lo dice guiñándole un ojo a Aiden.

— ¡Podré meter otro gol! —Salta el pequeño levantando las manos con efusividad.

— Tonterías —contraataca Shane que no se da por vencido—, lo haces para no dejar solo a Aiden —Kean hace como que no le escucha, pero Shane sigue en sus trece y se dirige al pequeño—. Aiden, ¿no te gustaría jugar hoy con los niños de tu edad? Así tu hermano podrá salir con sus amigos. ¿A qué ya eres mayor y no le necesitas para todo?

Aiden mira alternativamente a su hermano y a Shane y luego sonrío.

— Soy mayor —responde a la vez que da golpecitos a Kean— y tú tienes que salir con tus amigos.

—No sé si es buena idea, enano —duda.

— Si que lo es —asiente con firmeza el pequeño.

— ¿Estás seguro?

— ¡Claro! —exclama entre sonrisas.

— Está bien, enano. Pórtate bien.

— Tu hermano siempre se porta bien —sonríe Shane que se ha salido con la suya.

— Yo siempre me porto bien —repite el pequeño.

Han pasado de las cuatro de la tarde y Kean se hace el remolón junto al pequeño, haciendo muecas y contándole cualquier tontería para que ría a carcajada limpia. Shane dobla la esquina y los ve en el patio trasero, lleva más de media hora buscándole. Se dirige hacia él con los puños apretados y controlando su respiración. No quiere enfadarse, si lo hace Kean no saldrá y eso es lo que quiere, a toda costa.

— ¡Tío! Han abierto las puertas —anuncia.

Kean levanta la cabeza y observa a Shane, ve como sonríe y le invita a ir con él, pero también ve la tensión en su cuerpo y los puños cerrados que le dicen que su amigo está al borde de un ataque de nervios. Necesita salir durante unas horas y Kean lo nota, y a él también le vendrá bien. Aunque le fastidia dejar solo a Aiden, su hermano, su única familia. Pero serán solo unas horas, no pasará nada, ¿verdad?

— Oh, se me ha ido el santo al cielo —miente—. Vámonos —se gira hacia su hermano y le da un beso en la frente—. No te metas en líos.

Aiden saca la lengua con una media sonrisa y se va corriendo. Kean suspira y se gira hacia Shane que ya ha empezado a andar en dirección a la salida.

Una vez fuera Shane cambia radicalmente, relaja su postura y empieza a parlotear como si no hubiera un mañana. Kean le observa en silencio, escuchando cada una de sus palabras, nunca había juntado tantas frases seguidas. En parte es por estar fuera de esas cuatro paredes que oprimen a cualquiera, en parte es por tener a su mejor y único amigo para él solo.

— ¿Recuerdas la cara que puso la Hermana Viviana?

Han empezado a contar batallitas y esta última ha hecho que Kean llore de la risa.

— Para no acordarse —se limpia las lágrimas con el dedo índice— creo que ha sido nuestra mayor locura. Colarnos en la cocina en plena noche.

— Vaya susto le dimos a las Hermanas —Shane se ríe tanto que tropieza y casi se cae al suelo.

— Con la sabana encima se pensaron que éramos un fantasma que venía a atormentarlas.

— Si... —el tono de voz de Shane ha cambiado y le mira con ojos acusatorios—. ¿Por qué no

te chivaste? —Pregunta de repente—. Es decir, no me hubiera enfadado. Te cargaste todas las culpas y te castigaron.

—Con que castiguen a uno es suficiente, ¿no crees? —responde Kean con tranquilidad.

—Ya, pero siempre te toca a ti. Me dijiste que juntos contra el mundo, ¿no era así? No es justo que siempre vayan a por ti.

—Juntos contra el mundo —susurra Kean mientras juega con una piedra que ha cogido del suelo—. De eso se trata, cubrirnos unos a otros y ayudarnos. ¿De qué sirve que nos castiguen a ambos? Te necesito fuera cuidando a Aiden, alguien tiene que hacerlo.

—Solo te interesa eso —se ofende—. Además, piensas que no podré aguantarlo. Lo sé. Pero mira la paliza que nos dieron y aquí estoy, si no me golpean nunca aprenderé a defenderme. No soy tan débil como te crees.

—Estás equivocado amigo —Kean le mira con tristeza—. No pienso que seas débil, pero no quiero que sufras. Igual que no quiero que sufra mi hermano. Porque me importáis y creo que con que maltraten a uno es más que suficiente. No te engañes, con los golpes que nos dan en el orfanato puede que te vuelvas inmune al dolor, pero no aprenderás a defenderte ni te harás más fuerte. No podemos devolver ningún golpe, ¿cómo aprenderás a defenderte?

—Enséñame, lo vi cuando te peleabas con Brendan, sabes encajar los golpes. Enséñame y la próxima vez no estarás solo.

—Si es lo que quieres —se encoge de hombros—. Por cierto, ¿a dónde vamos? Hace rato que andamos sin rumbo fijo.

Shane dibuja una sonrisa en sus labios y dobla la esquina.

—Eso es mentira, hemos llegado —sigue sonriendo mientras señala con el dedo hacia la derecha.

Kean sigue la dirección en la que apunta su dedo, al otro lado de la calle hay un descampado, con algunos hierbajos, tierra seca y dos árboles. Chicos corriendo y saltando encima los unos de los otros, riendo y chillando. Uno de ellos es Connor, Kean se fija en uno de los árboles, a sus pies están sentadas dos chicas que no encajan mucho en ese lugar y a su lado, cogiendo la mano de una de ellas y con ojos de enamorado está Brendan.

—No me jodas —niega Kean—, esto es una encerrona.

—Nada de eso, necesitas salir más. ¿Por qué crees que he insistido tanto en que vinieras? No me gusta verte siempre solo, tienes que hacer amigos y aquí puedes ser tú mismo, sin tener que preocuparte por Aiden. Son niños de nuestro orfanato, te lo pasarás bien. Ya verás.

—No sé, Shane. ¿De qué hablo con ellos? Estas cosas no se me dan bien.

—Hacemos un trato —dice—, yo te ayudo a hacer amigos y tú me ayudas a pelear.

Kean suspira, no tiene escapatoria. Así que accede.

Capítulo 23

Aiden

Presente, 1985

Brendan ha creado una empresa de seguridad que vende sus servicios a gente rica para que uno de sus guardaespaldas los siga día y noche. A Aiden le parece gracioso, el matón de Brendan es el que garantiza la seguridad. Es un chiste muy malo, pero es cierto. Debió ver una buena oportunidad de negocio en contratar a matones para cuidar de ricos y famosos. Porque eso es lo que son, Aiden ha visto alguna vez a los trabajadores de Brendan y no son más que tipos anchos de espalda con mucho músculo y poco cerebro. El perfecto matón a sueldo, Brendan los utiliza a su antojo y ellos le siguen a remolque. Aunque no todo es malo, a Aiden le sorprendió ver una noticia en la que Brendan donaba una cantidad indecente de dinero para ayudar a un orfanato que estaba a punto de cerrar. Siempre queda un destello de luz entre la oscuridad. Y Aiden desea con todas sus fuerzas que ese destello persista en su interior.

— El mismísimo Aiden Walsh en persona —le saluda al entrar—. ¿A qué debo el placer? Te esperaba mañana.

Aiden no responde, ha subido las cinco plantas a pie y le falta el aire. No piensa subirse jamás a un ascensor. Disimula su agitación paseando por el despacho de Brendan. Observa el inmenso cuadro que tiene a su derecha, se fija en el nombre del pintor.

— ¿Ahora te dedicas al mecenazgo?

Recuerda un artículo en el que nombraban a ese pintor, decían algo de que gracias a un inversor pudo permitirse exponer en la galería más importante de Dublín y gracias a ello se había hecho un buen nombre en la alta sociedad.

— Nunca me cierro ante nuevas oportunidades. En cambio, tú siempre rechazas mis ofertas — lo dice con media sonrisa.

Aiden mira a Brendan. Esos ojos endemoniados siguen ahí después de tantos años, pero dentro de ese demonio hay serenidad y poder. El poder que le ha dado esa empresa, sentado en ese despacho lleno de objetos caros y mirando la ciudad por encima de todos desde lo alto de su edificio.

— No me gustó lo que me ofreciste. Era libre de irme, eso me dijiste. ¿Acaso vas a faltar a tu palabra?

— Por eso has venido —entorna los ojos—. Temes que se lo diga a Shane. Siento decírtelo, pero estás en mis manos viejo amigo.

— No nos engañemos —Aiden pone los ojos en blanco—. Nunca hemos sido amigos. Las circunstancias hicieron que nos soportáramos. Nada más.

Brendan no se inmuta, pone los codos encima de su mesa de roble y entrelaza los dedos, apoya su barbilla en ellos y sonríe.

— Entonces estás a mi merced.

Aiden le fulmina con la mirada, se acerca a la mesa y clava los puños en ella.

— No juegues conmigo, sabes de lo que soy capaz.

— Todos lo sabemos —sonríe y añade con maldad—, asesino.

Aiden no puede evitarlo, salta por encima de la mesa y cae encima de Brendan. Los dos terminan en el suelo y Aiden empieza a golpearle. Dos guardaespaldas entran corriendo al despacho y separan a Aiden de Brendan. Cada uno lo sujeta por un brazo evitando que se mueva, le sostienen con fuerza mientras Brendan va hacia él y le da un puñetazo en el estómago, después le escupe en la cara y lo acompaña de una sonrisa maliciosa.

— Echadle de aquí.

Los guardaespaldas obedecen y arrastran a Aiden hasta la planta baja, le empujan fuera del edificio y termina de bruces en la acera. Se levanta y empieza a andar frotándose el brazo maldiciendo su vida.

Si Brendan habla sabe que está perdido.

Capítulo 24

Kean

Pasado, 1970

Connor se fija en ellos antes de que tengan tiempo de acercarse, les sonríe mientras intenta esconder ese horror que le persigue desde el día que intentaron abrir la Puerta Prohibida. Los chicos se acercan sin atisbar el miedo que está destrozando a su amigo.

—Tíos, llegáis tarde. Hemos empezado el partido sin vosotros.

—Nos hemos entretenido —se excusa Shane—, ¿cómo vais?

—Vamos 2 a 0. Ganamos nosotros —responde Jeff, un chico escuálido señalándose a él y tres chicos más—. Jugaréis en su equipo, tal vez así consigáis meter algún gol.

—Si Brendan estuviera por lo que hay que estar os habríamos machacado —contraataca Connor con aires de superioridad.

Brendan hace como quien oye llover y sigue con los ojos hipnotizados, mirando casi sin parpadear y sonriendo como un bobo a todo lo que dice la chica de piel pálida con tirabuzones rubios a su amiga.

—¿Habías quedado con ellos? —Pregunta Kean en un susurro.

—Ya te he dicho que te ayudaría a hacer amigos —responde en otro susurro y luego alza la voz dirigiéndose al resto—. Está bien, vamos a remontar el partido.

—¡Así me gusta! —Exclama Connor entusiasmado y les indica su nueva estrategia para robar el balón.

—¿De dónde habéis sacado la pelota?

—La novia de Brendan la ha traído —es la única respuesta que reciben, después ya no hay tiempo para hablar, empieza el partido.

Son veinte minutos intensos, en los que los chicos corren arriba y abajo por el descampado, tirándose unos encima de otros y haciendo entradas a ras de suelo para interceptar la pelota, segando las piernas de los contrincantes y recibiendo luego la misma medicina. Consiguen marcar tres goles, evitan dos y les cuelan otro en la portería. Están empatados, la cosa se pone interesante. Shane observa a su amigo y ve como Kean está disfrutando de lo lindo, está sudando la gota gorda, pero tiene una sonrisa que no le había visto jamás. Es solo un segundo de distracción, pero eso basta para que el balón le dé de lleno en el estómago. Un calambre le

recorre por todo el cuerpo, se dobla y cae de rodillas. Todos se acercan a él.

— ¿Estás bien? —Kean es el primero en llegar.

—No ha sido nada —responde a la vez que coge la mano que le tiende su amigo.

— ¡Bien jugado chicos! —dice Jeff—. El próximo día desempatamos, se está haciendo tarde.

Todos asienten, Kean se frota la frente sudada por el esfuerzo y ríe una de las bromas que hace Connor.

— ¡Kara! —Una voz grave atraviesa sus carcajadas, quedando en una especie de eco que se repite en sus cabezas.

Cuatro chicos andan con paso firme hacia ellos. Son mayores, tanto en edad como en corpulencia física. Sus antebrazos son tan grandes como la cabeza de Kean, pero eso no es lo que le preocupa. Se ha fijado en las barras de hierro que sujetan. Brendan se ha levantado de golpe y ha interpuesto su cuerpo como barrera entre esos tipos y las dos chicas.

—Me dijo que llegaría por la noche —chilla con ojos temblorosos la niña de los tirabuzones, buscando consuelo en los de Brendan.

— Vaya, vaya —el mismo chico de la voz grave empieza a examinarlos uno a uno hasta centrarse en Brendan—. Te dije que no te acercaras a mi hermana o te las verías conmigo.

Así que son hermanos, piensa Kean que no ha pasado por alto el contraste que hacen unos con otros. Ellas con vestidos de lino; esos tipos con camisas de cuello alto y pantalones caros; ellos con los despojos de ropa que han encontrado en la beneficencia y zuecos agujereados. El hermano de Kara debe pensar lo mismo, arruga la nariz como si le dieran asco.

— Y para colmo les has traído mi pelota —niega con la cabeza.

— Tu no la utilizabas —le desafía Brendan.

— Vete Kara —ordena su hermano— no te gustará lo que le haremos a tu novio.

Kara ahoga un chillido y coge fuerte la mano de Brendan, él la mira y le dice con los ojos que se vaya. Suelta su mano y se aleja cabizbaja con su amiga, sin volver la vista atrás. Kean tiene claro lo que viene a continuación, así que pone su cuerpo en tensión y cierra los puños mientras espera lo inevitable. Shane mira de reojo a su amigo e imita su posición, no creía que las lecciones sobre como pelear serían tan prácticas. Connor mira con ojos nerviosos a su alrededor. Todos permanecen en silencio hasta que el hermano de Kara habla.

— No te acerques a ella. Te lo advertí —sentencia mientras da golpecitos con la barra de hierro en su palma derecha.

— Tu no me das ordenes —le desafía Brendan.

— Eres un mierda, todos lo sois —dice unos de los amigos del hermano de Kara.

—Mira quien fue a hablar —Kean no puede evitarlo y se mete de lleno—, dejadnos en paz.

—¿O qué mocoso? —Amenaza otro.

Uno de ellos les escupe y empieza la pelea.

No dura mucho, aunque les superan en número ellos tienen barras de hierro. Un golpe en el punto justo hace que vayan cayendo uno a uno. Que sean más corpulentos que ellos tampoco ayuda. Están en clara desventaja. Es una auténtica batalla campal, terminan viendo estrellas por todos lados mientras el suelo se tiñe de rojo. A Brendan consiguen hacerle saltar un diente, Connor esquiva los primeros golpes, pero termina recibiendo un porrazo en la pierna, Shane intenta imitar a Kean pero cae a la primera. Los únicos que siguen en pie son Brendan, Kean y dos chicos más. Sus rivales están prácticamente intactos. Kean ha caído al suelo y lo ha aprovechado para coger tierra seca y tirarla a los ojos del hermano de Kara. Brendan le salta encima y otro huérfano le da un cabezazo en el estómago. Los amigos del hermano de Kara aprovechan la ocasión para dar un golpe con la barra de hierro a Kean en la nuca. Este reprime un chillido y cae de bruces al suelo mientras todo su alrededor se va oscureciendo.

Cuando por fin despierta se encuentra en una habitación blanca, se frota los ojos y nota un pinchazo que le atraviesa la sien directo a su cerebro. Empieza a recordar la pelea y mira a su alrededor. La habitación está llena de camas y sus amigos están en ellas. Shane tiene el brazo vendado y ve una muleta al lado de la cama de Connor. Todos gimen y se quejan. El único que tiene los ojos cerrados y duerme plácidamente es Brendan. Pronto se da cuenta de que están en la enfermería del orfanato. Una de las Hermanas se acerca y le toca la frente con suavidad.

—Por poco os matan a todos —niega con la cabeza—. Has llegado inconsciente. Ya puedes darle las gracias a Brendan.

—¿Cómo? —pregunta medio aturdido.

—Sois como el perro y el gato —chasquea la lengua—, pero dudo que podáis vivir el uno sin el otro. Él ha sido el que te ha traído aquí. Con nuestros cuidados y la ayuda de Dios hemos conseguido cerrarte la herida de la cabeza.

Kean se lleva la mano a la cabeza y siente por primera vez la presión de una venda que le envuelve media sien. De repente se acuerda de sus amigos.

—¿Los demás? —balbucea— ¿Cómo están?

—Vivos— suspira y empieza a enumerar— dos brazos rotos, un esguince, tres o cuatro dientes menos y muchos moratones. Creo que tendremos que plantearnos seriamente si dejaros salir más —da la espalda a Kean y habla en voz alta— los demás ya podéis iros a vuestras habitaciones. Brendan tú también, no te hagas el dormido, he visto como abrías el rabillo del ojo.

Se levanta un murmullo de quejidos y pies arrastrándose hasta que el sonido se desvanece. Kean se ha quedado solo con la Hermana que vuelve a estar frente a él.

—Y tú a descansar, esta noche la pasarás aquí. No se te ocurra moverte.

—No, Hermana.

Kean cierra los ojos y se sume en un profundo sueño, en el están todos su amigos, incluido Brendan. Juegan a la pelota con Aiden y no dejan de reír hasta que una barra de hierro cae con fuerza sobre la cabeza del pequeño. Kean se despierta asustado, con el corazón a cien por hora y el sudor recorriéndole todo el cuerpo.

—Era una pesadilla chico— le susurra una voz grave.

Entrecierra los ojos para ver mejor en la penumbra, una silueta borrosa va tomando forma delante de él. El Hermano Liam le sonrío, sentado en una silla a su lado lamiéndose los labios.

—¿Hermano Liam? ¿Qué hace aquí?

—Las Hermanas me han contado lo que ha pasado y quería ver como estabas. Dime, ¿te encuentras bien?

—Creo que si —balbucea medio dormido—, me duele un poco la cabeza, pero nada más.

—Eso está bien, muy pero que muy bien.

Se quedan unos instantes en silencio en el que el Hermano no deja de mirarlo con una intensidad que Kean no entiende. Hasta que por fin el Hermano se decide a hablar.

—El otro día estuvimos a punto de compartir un secreto, ¿te acuerdas?

Kean abre los ojos y asiente con rapidez.

—Pero nos interrumpieron... —se lamenta—. Tal vez ahora, que todos están durmiendo sería un buen momento. ¿No crees?

Kean se incorpora de un salto, un pinchazo se clava en su cabeza pero lo ignora, la emoción le puede. El Hermano sonrío mientras se levanta, se dirige hacia la puerta y con un movimiento de cabeza firme hace que Kean le siga. Empieza a andar tras él, dando tumbos de vez en cuando, mareado de la emoción y de los golpes que ha recibido. Necesita unos segundos para centrarse y poder andar recto, al Hermano Liam parece no importarle, espera con serenidad desde el umbral de la puerta con los ojos brillantes. Cuando por fin llega a su lado le indica con un gesto que no haga ruido y se disponen a subir la escalinata que los lleva a la planta superior. Se guían por la luz que emite la luna a través de las cristalerías, con los ojos bien abiertos, intentando no tropezarse con la alfombra entre toda esa penumbra. Por fin llegan a la Puerta Prohibida y el corazón de Kean late con tanta fuerza que teme despertar a todo el orfanato. El Hermano Liam le aprieta el hombro con suavidad y le pasa la llave a Kean.

—Recuerda —le susurra— será nuestro secreto.

Kean asiente y coge la llave con firmeza, observa la puerta con la que tanto ha soñado. Esta vez lo conseguirá, acaricia el pomo pensando en todo lo que puede haber en su interior y con la otra mano introduce la llave en la cerradura, la gira con suavidad y escucha un pequeño

chasquido, con el corazón a mil por hora y la cabeza todavía nublada por los golpes empuja la puerta y con paso firme se adentran los dos en la oscuridad de aquella habitación.

Capítulo 25

Aiden

Presente, 1985

— ¿Listo? —Pregunta Shane antes de entrar en el edificio.

Ha llegado la hora, piensa Aiden. Empieza a vislumbrar su declive mientras sube uno a uno los quinientos peldaños que les separan de Brendan, los mismos que subió ayer y que desearía no haber subido jamás. Si había alguna opción de que Brendan no contara lo de aquella noche se había esfumado en el instante en el que Aiden saltó por encima de esa mesa.

La misma mesa que les recibe al entrar en el despacho y tras la que Brendan está sentado con los pies encima. Hace un gesto con la mano para que se acerquen y Shane, que aún no había visto el despacho no puede evitar hacer un comentario.

— Fiiu, que bien te lo has montado —entonces repara en el ojo morado de Brendan—. ¿Qué te ha ocurrido?

Mierda, piensa Aiden. Ahí va. Cierra los puños y espera su sentencia.

— ¿Esto? —Sonríe Brendan algo apurado—. Gajes del oficio, nada importante.

Aiden abre los ojos desmesuradamente, le ha protegido. ¿Qué estará tramando? Shane, que no se ha dado cuenta del intercambio de miradas entre esos dos sigue alabando, sin poder evitarlo, esa habitación.

— Quién lo diría, al final te salió bien la jugada. Te quedaste con Kara y su hermano ha terminado trabajando para ti. Como son las cosas, ¿verdad?

— Tuve buen ojo —lo dice con sorna mientras señala el moratón de su ojo, Shane ríe su gracia sin enterarse de nada—. Bien, si no os importa tengo mucho trabajo. Así que lo que queráis preguntarme, ahora es el momento.

Vuelve a colocar los codos sobre la mesa, entrelaza los dedos y apoya la barbilla en sus manos. Aiden empieza a ponerse nervioso.

— Estamos investigando las muertes de los Remendadores, ya lo sabes —Shane lo pone en situación—. Iré al grano, necesitamos descartar sospechosos. ¿Dónde estabas las noches en que se cometieron los asesinatos?

— ¿Toda la noche? —Brendan arquea la ceja—. En la cama con mi mujer, donde iba a estar.

— ¿A las diez de la noche también estabas con ella? —Pregunta Aiden sabiendo que se mete en terreno pantanoso.

Brendan le mira y sonríe maliciosamente.

— A esa hora suelo estar trabajando, estaba en el despacho que tengo en casa con papeleo. Ya sabéis lo que es eso, nunca termina —suspira—. Kara puede corroborarlo y también mi guardaespaldas. Podéis preguntarles si queréis.

— A uno le pagas y te acuestas con la otra —responde Shane—. ¿No hay nadie más que pueda confirmar dónde estabas?

Brendan se reclina hacia atrás en su silla sin dejar de sonreír.

— No dejo entrar a cualquiera en mi casa, solo estaban ellos. Pero si queréis investigarme, adelante —los anima—. No encontraréis nada.

Un timbre empieza a sonar, Shane y Aiden buscan con los ojos de donde proviene el sonido. Brendan saca un montón de papeles tras el que un teléfono clama insistentemente atención.

— Adelante —le insta Shane—, no tenemos prisa.

Brendan responde mientras tira los papeles al otro lado de la mesa, el orden nunca ha sido lo suyo. Aiden observa como arquea la ceja y acerca el teléfono a Shane.

— Es de comisaría —anuncia—. Quieren hablar contigo.

Shane coge el auricular y se lo lleva a la oreja. Asiente en un par de ocasiones y cuelga con la cara descompuesta.

— Tenemos que irnos —le dice a su amigo.

— ¿Qué ocurre?

Shane mira intermitentemente a Brendan y Aiden, al final decide contarlos. Total, en unas horas estará en las noticias.

— Los Remendadores han vuelto a actuar. Hay otro muerto.

Aiden se apresura a salir con Shane del despacho, antes de salir Brendan se levanta y les sigue.

— ¿Quién es el muerto? —Se interesa.

— Pronto lo verás en la prensa, ¿tienes coartada para esta noche? —Shane se para en seco.

— Si, tenía una cena de negocios. Terminamos tarde. Puedo darte sus nombres.

— Luego te llamará Gary para comprobarlo. Aiden, vámonos.

Brendan se queda solo en la puerta de su despacho completamente descolocado.

Capítulo 26

Kean

Pasado, 1970

Por el momento es todo oscuridad, logra ver alguna forma entre tanta negrura, pero no alcanza a vislumbrar nada. El Hermano Liam entrecierra la puerta y empieza a andar entre la penumbra orientándose a la perfección entre esas tinieblas. Kean supone que habrá estado varias veces en esa habitación, sino no se explica cómo puede moverse tan bien entre tanto mueble. Él ha intentado dar un paso y ha chocado con la pata de lo que cree que es una mesa. Huele a sucio, polvo y humedad. Es el único sentido que puede usar para orientarse y no le gusta lo que siente, empieza a arrepentirse de haber entrado allí. Sus sentidos son esenciales para él, para defenderse y sin querer ha bajado la guardia por completo.

Una chispa ilumina fugazmente la sala, de la chispa empiezan a crecer pequeñas llamas que van aumentando hasta quedar unificadas en una flamante antorcha que alumbrá todo lo que hay a su alrededor. Por primera vez Kean ve con claridad lo que hay detrás de esa puerta, una estancia cuadrada con una ventana tapiada y pilas de muebles amontonados unos encima de otros. La mesa con la que se ha golpeado Kean está llena de polvo y con cinco sillas giradas encima de ella. También hay dos librerías enormes con cientos de libros en ellas, el Hermano Liam está entre esas dos librerías y una puerta en la que Kean todavía no ha reparado.

— ¿Era lo qué esperabas?

Kean no responde y sigue observando, un poco decepcionado. El Hermano sigue insistiendo.

— Tal vez la siguiente habitación te guste más...

Eso hace que los ojos de Kean vuelvan a brillar con intensidad y se acerca al Hermano, al borde de la puerta hay unas escaleras que bajan hacia un estrecho pasadizo. La pared es de piedra rocosa, Kean apoya la mano en ella mientras baja tras el Hermano, cegado por la emoción mientras el corazón del Hermano Liam ha empezado a latir con fuerza. Bajan varios metros, no sabría decir si están en la planta baja o en el subsuelo, no hay forma de saberlo, no hay ninguna ventana. Hay varios pasadizos hechos a base de roca y tierra justo al pie de las escaleras, escogen el pasadizo de la izquierda y empiezan a andar por él, siguiendo todo su recorrido. Las puertas se alzan a cada lado del pasadizo, al girar en una curva le siguen muchas más puertas.

— ¿Qué es este sitio, Hermano Liam? —Pregunta por fin.

— Este lugar, querido chico, es un lugar secreto para la mayoría de nosotros. Ahora mismo estamos bajo el orfanato, estos túneles se construyeron hace años, cuando todavía era propiedad de la nobleza. Aquí abajo hay varias habitaciones, acudían a ellas cuando necesitaban descansar del mundo exterior, aliviarse o simplemente coger un atajo.

— ¿Aliviarse? ¿A qué se refiere? —las preguntas de Kean se amontonan y no da tiempo al Hermano a responder— ¿Atajo? ¿A dónde llevan estos túneles?

— Ay, chico. Eso solo puedo decírtelo si te portas bien —guiña un ojo y se para delante de una puerta de madera un tanto desgastada—. Aquí termina nuestro trayecto, de todas las puertas que has visto, ésta es la más especial.

Abre la puerta y la ilumina con la antorcha, Kean asoma la cabeza y vuelve a decepcionarse. Un cuadro de no sabe que noble cuelga en una de las paredes, un armario a su derecha, una cama perfectamente hecha, una pequeña mesa y una silla. Eso es todo lo que hay en la habitación. El Hermano Liam se adelanta y entra, cuelga la antorcha en la pared y le invita a entrar. Kean le sigue con desgana, sigue mareado por los golpes, le hubiera gustado más seguir explorando los túneles que entrar en esa sala cochambrosa.

— Dime, ¿sabes guardar un secreto? —el Hermano Liam le muestra algo brillante—. Esto, querido chico, es algo que solo tienen los niños especiales. ¿Quieres ser uno de ellos? —Kean no responde, mira con intensidad el colgante de cruz dorada que se balancea en los dedos del Hermano—. Ven, siéntate —le ordena con suavidad dando una palmada en la cama, Kean se sienta en ella sin separar los ojos del colgante, el Hermano sonríe y se lame los labios mientras se sienta en la silla que hay al lado de la cama—. Voy a contarte para que se construyó esta habitación. Pero solo si me prometes guardar el secreto.

Kean asiente y traga saliva.

— Hace muchos años, el Conde de Castledermot mandó construir este edificio para pasar sus vacaciones en la ciudad de Dublín. Hizo una petición muy especial, quería un pasadizo secreto por el que poder huir en caso de guerra y en el que cobijarse sin que nadie le encontrara. Tardaron varios años en terminar el pasadizo, costó Dios y ayuda conectar la planta superior con el subsuelo sin que nadie se diese cuenta. Ahí es donde radica la perfección de la obra, nadie, excepto tres personas con una capacidad excepcional sabían de aquello. Fueron los tres elegidos para culminar esa obra maestra. Y ahora nosotros estamos en ella, viviendo su historia. Estamos bajo los cimientos del edificio, donde un día estuvo el Conde de Castledermot.

— ¿El Conde utilizó alguna vez los túneles? — pregunta con interés.

— Me gusta tu entusiasmo —sonríe mientras le tiende la mano— te lo has ganado.

Kean coge el colgante y lo observa con curiosidad, tiene un pequeño crucifijo que reluce a la luz de las llamas. Se lo cuelga del cuello y se dirige al Hermano.

— Connor y Brendan también tienen este colgante. ¿Han estado aquí?

— Se podría decir que sí —suspira—, pero ellos no mostraron el mismo entusiasmo que tú, por eso eres tan especial. Cuestionas todo lo que digo y eres muy curioso. Piensa en las personas encargadas de hacer estos túneles, eres uno de los elegidos —mientras habla posa su mano en la rodilla de Kean y la aprieta con suavidad, Kean sonríe pensando en todo aquello—. Me has preguntado sobre estos túneles —sigue el Hermano—, si fueron necesarios para el Conde de Castledermot. Por suerte no hubo ninguna guerra, vivió muchos años y murió cuando ya era un

anciano, rodeado de todos sus hijos. Pero sí que utilizó este espacio, podía entrar y salir sin ser visto, es algo que no quiso desperdiciar. Por estos túneles entraban las cortesanas en las que tenía un interés especial, pasaba las noches con ellas en esta misma cama y luego desaparecían sin que nadie del edificio las viera. Más tarde, con la muerte del Conde de Castledermot sus hijos descubrieron la entrada, los avisó una de las criadas de su padre que había visto como una noche entraba en los túneles. Los hijos, animados por el legado que les había dejado su difunto padre hicieron construir más habitaciones, una para cada uno de ellos y pasaron muchas noches en ellas junto a sus amantes. Después de muchos años el edificio acabó en manos de la Santa Iglesia y nuestros predecesores descubrieron la historia en uno de los diarios del hijo menor del Conde de Castledermot y como todo legado, tenemos que darle un buen uso, ¿no crees?

El Hermano Liam permanece en silencio, observando con detenimiento al chico. Kean sigue mareado por la contusión y entre eso y lo absorto que ha estado escuchando la historia, no se ha dado cuenta de que la mano del Hermano Liam ha ido subiendo hasta llegar a su entrepierna. Ahora que permanecen en silencio se da cuenta de que algo va mal, la mano del Hermano Liam empieza a moverse con movimientos rítmicos encima del pantalón del chico. Kean se ha quedado paralizado, eso no está bien, pero no puede moverse. No entiende que está pasando. El Hermano Liam le mira con intensidad y empieza a levantarse la sotana mientras se lame los labios, es en ese momento cuando Kean reacciona y se levanta de un salto.

— ¿A dónde vas, chico? —pregunta con voz seca.

— Te...te...tengo...—tartamudea buscando las palabras— que irme. Si la Hermana Caitlín no me encuentra en la enfermería me castigará.

Kean se dirige a la salida, pero el Hermano le cierra el paso.

— Eso no está bien, no puedes irte todavía —coge a Kean por el brazo y le acerca a él con un movimiento rápido.

— No...no... —le cuesta reaccionar y empieza a marearse todavía más, nota un bulto bajo la sotana que se restriega contra él. Tarda unos segundos más antes de volver a centrar la cabeza y da un empujón con todas sus fuerzas al Hermano— ¡No! ¡Apártese de mí!

Con el empujón se ha deshecho de las garras del Hermano y aprovecha el momento para salir corriendo por la puerta. Choca con la pared rocosa entre tanta oscuridad, no tiene nada que le ilumine, pero eso no lo detiene, sigue corriendo y tropezando hasta llegar a las escaleras.

— ¡Te arrepentirás de esto! —escucha de fondo la voz del Hermano Liam lanzándole mil improperios.

Empieza a subir, zarandeándose y resbalándose cada dos o tres escalones, la subida se le hace eterna, pero al final llega a la habitación, ve que la puerta sigue entreabierta así que corre hacia ella, tira del pomo y aparece de nuevo en la planta superior del orfanato.

Capítulo 27

Aiden

Presente, 1985

Colocan la sirena en el coche de Shane y se lanzan hacia el centro de la ciudad. Los demás vehículos se apartan al escuchar el pitido que emite la alarma de la policía. Se saltan varios semáforos a una velocidad extremadamente elevada para estar en medio de esas callejuelas. A Aiden le preocupa que un conductor despistado les embista, pero Shane maneja el volante con precisión y sin darse cuenta ya están delante del convento de los Hermanos de la Caridad.

Las luces se mezclan con las de los demás coches patrulla, apaga el ruido ensordecedor de la sirena y salen del vehículo. Flynn está dando vueltas en la entrada y corre hacia ellos en cuanto los ve llegar.

— Suerte que habéis venido —los mira con ojos nerviosos—. Es horrible, Dios mío. Es mucho peor que la muerte del Hermano Ardal.

Flynn los guía hacia las estancias de los Hermanos, tienen un gran parecido al de las Hermanas. Sólo hay una habitación que destaca entre las demás, un cordón policial les corta el paso y un sinfín de flashes salen de su interior. Shane alza el cordón policial y entran en la habitación. A Aiden se le descompone la cara, una arcada empieza a subirle por la garganta y se obliga a no vomitar. Shane se acerca al cadáver y se pone de cuclillas junto a él para examinarlo.

El Hermano Cillian yace desnudo en el suelo del dormitorio bañado en un charco de sangre, como de costumbre el Remendador ha arrojado las manos lejos del cuerpo y Aiden que no puede soportar más esa imagen gira la cabeza y las encuentra justo a los pies de una silla. Los ojos y los labios del muerto están cosidos con hilo negro imitando los anteriores asesinatos. Lo que diferencia este crimen, y por lo que a Aiden se le revuelve el estómago, es porque lo han degollado y han colocado la cabeza del revés encima del pecho del Hermano Cillian, el asesino ha utilizado los muñones, que antes eran sus manos, para sostener la cabeza en esa posición.

Aiden no puede aguantar más, sale de la habitación y vomita.

Capítulo 28

Kean

Pasado, 1970

Baja corriendo las escaleras sin saber a donde ir, donde esconderse, donde no va a encontrarle el Hermano Liam. Solo quiere desaparecer. La idea de volver a la enfermería la desecha automáticamente, es el primer sitio donde le buscará. Da vueltas por la planta baja hasta que se decide a salir al patio, se está ahogando y el aire fresco le calmará. Estira el pomo de la puerta con fuerza y se cuelga al exterior. Empieza a correr hasta el muro más alejado del orfanato, se sienta en el suelo y recuesta la cabeza entre las rodillas, apoyando la espalda en el cemento. Sigue mareado, las manos le tiemblan, las aprieta con fuerza pero no consigue que el temblor desaparezca. No entiende que ha pasado. Su cabeza ha colapsado, las imágenes no dejan de repetirse en su interior, por mucho que intente olvidarlas se reproducen en bucle durante toda la noche. Al final termina por dormirse entre temblores y el corazón en un puño.

La luz del sol lo despierta a primera hora de la mañana, hecho un ovillo arrimado a la pared, con los brazos apretando con fuerza su cuerpo, como si así pudiera defenderse de cualquier cosa. Se siente más vulnerable que nunca, por un segundo ha creído que todo había sido una pesadilla, pero al verse en el patio trasero del orfanato se ha dado cuenta de que la pesadilla ha sido real. Pensaba que los castigos de las Hermanas era lo peor con lo que tendría que lidiar, pero ahora ve que el horror va mucho más allá. Se lleva la mano al cuello y toca la cruz dorada, una serie de imágenes llegan con fuerza a su cabeza, zarandeando toda su mente, conectando todas las cosas raras que ha visto. Ve a Brendan enfadándose con Aiden al preguntarle por el colgante, a Connor deprimido y desganado después del castigo mosqueándose con ellos y corriendo con algo que relucía en su cuello. Lo entiende todo.

Todo encaja. Y, lo peor de todo, está atrapado aquí dentro.

Cuando intentó escapar con su hermano las cosas no fueron bien, no tienen nada ahí fuera. Empiezan a pasar mil ideas por la cabeza de Kean, se abruma de tal manera que vuelve a marearse y esta vez no es por la contusión.

— ¡Joder! —Grita como desahogo.

— ¿Qué haces levantado tan pronto?

Kean se levanta de un salto del susto, es una de las novicias.

— No podía dormir —se encoge de hombros con la cabeza gacha.

— Anda, corre dentro antes de que te vea alguna otra Hermana.

Kean asiente y empieza a andar hacia el orfanato. La cabeza sigue dándole vueltas, el dolor que siente es horrible. Adentro ya están los más madrugadores haciendo cola para el desayuno. Se coloca detrás de un chico bajito y sigue mirándose los pies sin saber que hacer.

— ¡Keaaaaan! —Chilla Aiden al saltarle encima.

— Buenos días, enano —responde con desgana mientras lo abraza.

— Estás raro —a Aiden no se le escapa una y se separa de su hermano frunciendo el entrecejo.

— Ayer estuvo en la enfermería, puede que todavía no se encuentre bien —argumenta Shane que ha aparecido tras Aiden.

— ¿Es eso, Kean? —pregunta el pequeño.

— Si —asiente con la misma desgana.

No parece muy conforme, pero Aiden sigue siendo Aiden, así que empieza a hablar por los codos y a hacerle muecas a su hermano. Aunque este no le haga caso, sigue con la mirada en el suelo y en silencio. A Shane le parece extraño este comportamiento, pero le acompaña en su silencio. Desayunan en silencio y permanecen así el resto del día. Al final Shane no puede más.

— Tío, ¿vas a decirme que te pasa?

— Nada.

— No digas que nada —rechista—. Llevas todo el día sin abrir la boca, mira que hablas poco, pero esto ya es pasarse.

Kean sigue en silencio.

— ¿Te has enfadado conmigo? —pregunta al fin—. No sabía que terminaríamos a ostias, y hasta ese momento te lo pasaste bien —tartamudea.

— No —suspira—, no estoy enfadado.

— ¡Maldita sea! ¿Entonces qué, Kean?

Cierra los ojos para evitar mirar a su amigo. No sabe que decirle. ¿Qué va a decirle? No sabe ni él lo que ha pasado. ¿Cómo puedes explicar algo que no entiendes? No puedes luchar contra algo invisible. Por primera vez en mucho tiempo tiene miedo, no sabe a qué, pero sí a quien. El Hermano Liam ha estado en sus pesadillas toda la noche y seguirá acechándole en sueños.

— Tengo que pedirte un favor —articula por fin.

— Lo que sea —responde Shane automáticamente—. Ya sabes, juntos contra el mundo.

— Si... —contra el mundo y contra el Hermano Liam, piensa—. Necesito que vigiles a Aiden. Cuando yo no esté a su lado, quiero que estés con él. No te separes de su sombra.

— Kean —suspira—, ya lo hablamos. Tu hermano tiene que empezar a hacer amigos de su edad. No podemos estar siempre encima suyo.

— Puede hacer amigos, pero teniéndonos a nosotros cerca. Prométemelo —insiste.

— Kean...

— Por favor, si no fuera importante no te lo pediría.

Nunca le ha visto suplicar, pero esta noche Kean ha hecho algo que jamás se había planteado, pedir ayuda. Confiar en alguien que no sea el mismo y si supiera lo que acarrearía esta súplica, jamás hubiera perdido todo su mundo.

— Te lo prometo —responde Shane.

Sellan el juramento con un apretón de manos mientras Aiden corretea por el patio.

— Hay algo más —añade Kean— no te acerques al Hermano Liam, ni dejes que Aiden lo haga.

— ¿Por qué? —se extraña— Es de los pocos que no nos golpean.

— Confía en mí. Es mejor estar alejado de él.

Capítulo 29

Aiden

Presente, 1985

— ¿Estás bien?

Flynn ha visto la escena desde el pasillo y corre a limpiar el vómito, Aiden se limpia los restos con la manga de la camisa.

— ¿Qué cojones haces? —Un policía sulfurado se acerca pegando voces y gesticulando a más no poder—. ¡Vas a contaminar la escena del crimen, largo de aquí!

— ¡Eh! —Shane ha salido de la habitación y se acerca a ellos—. Está conmigo, ¿quién diablos eres?

Ese hombre se gira hacia Shane con una sonrisa de suficiencia en la cara, lleva colgada del pecho la placa de policía.

— El que va a limpiar tu mierda, inspector —Shane clava los ojos en ese hombre bajito y pelirrojo que le mira con fiereza y se arrepiente al instante de haber preguntado—. Soy Jack Evans —anuncia—. Quiero ver en mi despacho un informe detallado de toda la investigación.

— Puedes buscarlo tú mismo —Shane intenta parecer firme—. Hay una caja llena de papeles sobre los tres casos en mi despacho. Eres libre de entrar y cogerla.

— ¿Despacho? —Jack Evans arquea la ceja acompañado de una carcajada—. ¿A eso le llamas despacho? Te dieron esa habitación en el sótano del edificio para esconderte. Eres patético.

Shane está a punto de replicar cuando uno de los agentes corre hacia ellos.

— Inspectores, tienen que ver esto.

Los dos asienten y siguen al agente. Flynn y Aiden que han observado la escena en silencio se miran de reojo y les imitan, se acercan al resquicio de la puerta sin traspasar el cordón policial. El agente sujeta algo reluciente con sus pinzas mientras Jack y Shane lo escuchan con detenimiento.

— No podéis estar aquí —les llama la atención una policía que se ha pasado media mañana tomando declaración a los Hermanos—. Dejadnos trabajar.

— Colaboro con el inspector Shane —replica Aiden al momento en que la policía cierra la

puerta de la habitación.

— Enhorabuena, pero no voy a dejar que contaminéis las pruebas. Puedes esperarle en la entrada.

Hace un gesto con la mano para que se vayan. Aiden insiste, pero esa mujer sigue en sus trece así que al final desiste y vuelve al coche patrulla. Flynn le acompaña, por el camino le va contando con pelos y señales todo lo que ha visto.

— Estaba durmiendo tan tranquilo cuando un grito de pánico me ha despertado. He pegado un bote y todos hemos ido corriendo hasta la habitación de Cillian. Ha sido horrible —se estremece, han llegado al coche y Aiden se apoya en el capó, Flynn le mira preocupado—. ¿Tenéis idea de quién es?

— Ni pajolera idea —rebufa—. Sospechamos de los chicos, aunque no hay pruebas.

— ¿Qué te hace pensar que son ellos?

— Son los que más han sufrido con estos miserables. Tiene su lógica.

— Entonces siguiendo esa teoría tú también eres uno de los sospechosos —sospesa Flynn— y yo también lo soy.

Aiden alza la cabeza y se pasa la mano por el pelo con nerviosismo.

— Nadie te está acusando Flynn, aunque si tuvieras una coartada para estas noches le facilitarías el trabajo a Shane.

— Estaba rezando, mi compañero de alcoba podrá corroborarlo. ¿Qué hay de ti? —Entorna los ojos.

— Yo no soy el problema —lo dice en voz alta para autoconvencerse, después intenta desviar la conversación—. Sigo sin acostumbrarme a verte con estas pintas, ¿qué pasó?

— Pues tiene gracia...

— Tenemos que irnos —Shane les interrumpe, está pálido y tiembla de rabia.

— ¿Qué pasa?

Shane niega con la cabeza y señala el coche.

— Aquí no —bufa—. Hablemos de vuelta a comisaría.

Flynn se da por aludido y se despide de sus amigos.

— Tengo fe en vosotros —les dice—, encontraréis a los Remendadores y nos salvaréis a todos.

Aiden observa a Shane en silencio, lleva cinco minutos conduciendo y todavía no ha abierto la boca. Puede notar la ira en los ojos de su amigo, ve como aprieta las manos en el volante y respira con agitación.

— ¿Quién era ese tipo? —Pregunta cuando ya no puede aguantar más esa tensión.

— El inspector Jack Evans se licenció conmigo. Hace años que no le veía, lo destinaron a Belfast, pero aun estando lejos no he dejado de escuchar su nombre. Es implacable, no ha dejado ningún caso por resolver —aprieta el volante con fuerza—. Me lo han puesto de niñera. El Jefe no confía en que pueda solucionarlo.

— Les demostraremos que están equivocados —intenta animarlo—. ¿Qué mirabais con tanto detenimiento antes?

— El asesino se ha saltado el modus operandi que caracteriza a los Remendadores. Le ha cortado la cabeza —aprieta aun con más fuerza el volante—, antes de coserle la boca le ha metido dentro un colgante con una cruz dorada. Como la que llevaban muchos chicos en el orfanato.

Aiden resopla.

— Entonces vamos por buen camino.

— Si, los conocemos. ¿Viste la reacción de Brendan con el nuevo asesinato? Tenía la cara desencajada. Habrá que investigarle más a fondo.

Aiden asiente, estaba claro que Brendan escondía algo. Se quedó descolocado con la nueva muerte, como si no tuviera que suceder. Eso solo podía significar que sabía algo de las anteriores.

Capítulo 30

Kean

Pasado, 1970

Pasan los días y Kean sigue igual de desganado. No juega, no ríe, apenas come. Se limita a seguir los pasos de los demás. Si todos se levantan, él se levanta, si van a desayunar, él va a desayunar, si todos hablan y ríen, el finge que los escucha. Su cabeza no ha dejado de dar vueltas desde ese maldito día. Por las noches apenas puede conciliar el sueño y se despierta con el mínimo ruido. Tiene miedo, teme por él y por sus amigos. Teme a ese monstruo que les acecha de día con una sonrisa y que se cuela por las noches en sus sueños. Una noche le pareció verlo en la habitación, parecía tan real. Caminaba entre las literas observando como los chicos dormían, cuando se acercó a la suya cerró los ojos y fingió estar durmiendo. Notó su aliento cerca de su cabeza, incluso sintió como su mano le rozaba el brazo. Kean no se inmutó, siguió con los ojos cerrados esperando a que dejara de tocarle. Pero el monstruo seguía allí y Kean no sabía cómo reaccionar, así que manteniendo los ojos cerrados se giró como si soñara y terminó dándole la espalda al monstruo deshaciéndose de sus garras. Al día siguiente se despertó entre temblores, con sudor frío por todo el cuerpo y el corazón desbocado. ¿Su mente le había jugado una mala pasada? ¿O había sido real? Kean prefería no saberlo.

Desde ese día ha evitado cualquier contacto con el Hermano Liam, va a sus clases, pero no participa. No se acerca a él en el comedor, intenta pasar desapercibido a toda costa. El Hermano Liam actúa como si nada, sus movimientos son los de siempre, su sonrisa es igual de maliciosa. Sigue con sus mismos hábitos. Parece como si nada hubiera ocurrido, Kean casi llega a creer que todo ha sido un sueño, pero el Hermano Liam está allí para recordárselo.

— ¿Dónde tienes el colgante? —le susurra al pasar por su lado en la escalinata.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Kean, le ha pillado por sorpresa y como acto instintivo se interpone entre Aiden y el Hermano. No responde, le mira con odio.

— Tengo que hablar contigo, muchacho —habla en voz alta y firme. Kean lo maldice internamente, no puede negarse. Si lo hace puede que lo castiguen, eso no le importa lo más mínimo, pero sí que le separen de su hermano. Ahora no, ahora tiene que protegerle más que nunca.

— Eh, enano. Ve con Shane —hace una mueca parecida a una sonrisa y le revuelve el pelo.

El pequeño asiente y baja a saltitos los escalones en dirección al patio. Kean comprueba como sale por la puerta y se vuelve hacia el Hermano.

— Usted dirá.

— Vayamos a un sitio más tranquilo, aquí no dejarán que hablemos tranquilamente. ¿No te parece?

— Preferiría no hacerlo —Kean se cruza de brazos.

— Vaya, vaya —sonríe de medio lado mientras le coge el brazo con fuerza—. Creo que ha habido un malentendido chico. Si yo te digo que hagas algo, lo haces —susurra—. ¿Queda claro?

— Suéltame —gime de dolor mientras intenta deshacerse de esa mano.

— No. No voy a soltarte —aprieta más fuerte acercándolo a él—. Como tampoco voy a dejar de visitarte por las noches, sé que no dormirás.

— ¡No! —tiembla de rabia y le empuja—. Voy a hablar con las Hermanas, les diré lo que ha hecho.

El Hermano Liam le suelta y empieza a reír.

— Tienes agallas, hay que reconocerlo. Piensa un poco chico. ¿Qué les dirás exactamente? ¿Qué quiero ser tu amigo? Porque eso es lo que somos y los amigos no se hacen daño —vuelve a susurrar—. Tenemos que tratarnos bien, sino puede que una noche me equivoque y despierte a tu hermano en vez de a ti.

Ante eso Kean no puede decir nada, se queda sin habla, estupefacto.

— Mucho mejor. Anda —sonríe— ve a jugar con tus amigos.

Se queda paralizado en medio de la escalinata mientras su cerebro procesa toda esa información. El Hermano Liam se ha ido con una sonrisa maliciosa y él, sin saber que decir, empieza a bajar las escaleras con temblores en las piernas. Con el corazón desbocado y un nudo en la garganta se dirige hacia sus amigos.

— ¿Juegas? —pregunta sonriente Aiden señalando el balón.

— Estoy cansado, pero no pienso perderme ni uno de tus movimientos —fuerza una sonrisa.

— ¿Estás bien? —Shane lo observa con preocupación.

— Si, id a jugar vosotros —asiente.

Shane sabe que no hay manera de hablar con Kean, si él no quiere abrirse no hay por que esforzarse. Nada hará que Kean se sincere si este no quiere, aunque sea lo que más necesita. Así que tras lanzar un suspiro al aire se dispone a jugar con la pelota junto a Aiden y varios chicos más. Kean se queda sentado a la sombra de un árbol con Flynn al lado. Últimamente se junta mucho con ellos y después de esa maldita noche Kean no tiene fuerzas para enfrentarse a nada, así que soporta su presencia, aunque no le caiga bien.

— Estás bien jodido.

No es una pregunta, sino una afirmación. Kean se vuelve hacia Flynn que lo mira con tristeza.

— Cuando te eligen no hay nada que hacer —se encoge de hombros—, por lo menos no has sido tan tonto como para llevar ese estúpido colgante.

— ¿CÓ... cómo...? —Kean balbucea.

— ¿Cómo lo sé? Yo estuve en tu misma situación.

Kean le mira, sin saber que decir.

— ¿Y qué hiciste? —Pregunta al fin.

— ¿Qué podía hacer? En la calle no hay nada para nosotros —responde con sequedad.

— ¡Keaaan, no estás mirando! —Aiden salta encima de él con una sonrisa de oreja a oreja—. Te has perdido la jugada. Shane ha resbalado con el balón, ha sido super gracioso.

Todos empiezan a reír y Kean y Flynn se unen a las carcajadas, aunque se miran de soslayo con una punzada de dolor en los ojos.

Esa noche Kean no duerme, ni la siguiente, ni la que le sigue, ni ninguna más. No sabe a qué tiene más miedo, a quedarse dormido y revivirlo en sus pesadillas o a despertarse y encontrarlo delante. Pasan las semanas y parece que el Hermano Liam se ha olvidado de él. Así que Kean empieza a relajarse, empieza a dormir dos o tres horas seguidas y las pesadillas disminuyen. Hasta que una noche el monstruo le despierta. Igual que en la enfermería, le sonrío y pone un dedo en sus labios en señal de silencio. Hace un gesto con la cabeza para que se levante y lo siga. Kean quiere chillar, pero no le sale la voz. Piensa en huir, pero se acuerda de Aiden. No quiere que le pase nada al pequeño, así que sin saber que hacer, se encuentra de nuevo delante de la Puerta Prohibida con los ojos puestos en el suelo y rezando para despertarse de esa pesadilla.

Capítulo 31

Aiden

Presente, 1985

Es medianoche cuando llega a casa, llevan toda la tarde encerrados en el despacho de Shane analizando las inexistentes pruebas. Shane está convencido en que uno de ellos es el cabecilla de esos crímenes y Aiden no puede estar más de acuerdo. Pondría la mano en el fuego y no se quemaría al asegurar que Brendan es el que lleva la batuta en esta oleada de muertes. Cualquiera se preguntaría como puede tenerlo tan claro y no hacer nada al respecto. La respuesta está en esa reunión que le propuso Brendan años atrás.

Después de sospesarlo mucho la intriga pudo con él y al anochecer se plantó delante de un pub donde antes había el descampado. Fuera había uno de los matones de Brendan bloqueando la puerta, cuando Aiden se acercó se interpuso en medio con cara de pocos amigos.

— ¿Nombre? —Le preguntó sin siquiera mirarle.

— Aiden Walsh.

El matón se hizo a un lado y le dejó entrar, en el interior del pub vio muchas caras conocidas. Estaban Jeff y Connor hablando en una esquina junto a un chico raquítico que recordaba del orfanato y al que los años no le habían cambiado. Varios chicos con los que compartió habitación estaban en el local, algunos de ellos se acercaron a saludarle. Se fijó en unos que no le quitaban la vista de encima así que dio media vuelta para mezclarse entre la gente y apartar esas miradas de él, pero cuando se dio cuenta todos los que estaban ahí le observaban. No entendía nada.

— ¡Aiden! —Brendan apareció de la nada y lo abrazó en medio de una sonrisa—. Sabía que vendrías, ven.

Sin dejarle hablar lo arrastró hasta el medio de la sala, hizo un gesto con la mano y alguien colocó un taburete delante de él. Se subió con un movimiento rápido y clamó la atención de todos los que había en el local.

— Quiero daros las gracias a todos por venir. A algunos me ha costado persuadiros, pero aquí estáis —miró de reojo a Aiden y prosiguió—, como debe ser. El pub está alquilado toda la noche, no hay camareros pero si bebida. Cuando hayamos terminado de hablar podréis serviros toda la que queráis. ¡Nos lo merecemos!

Todos acompañaron su grito al unísono, Aiden seguía sin entender nada. A su alrededor todos vitoreaban a Brendan.

— Estamos solos. Siempre lo hemos estado. Por eso fuimos una presa fácil —Brendan baja

la cabeza con pena luego coge aire y sigue hablando con más fuerza—. Pero eso ha terminado. Tenemos algo en común —se quedó en silencio mirando una a uno todos los chicos de la sala—. Decidme que no os despertáis por las noches entre sudores, que los fantasmas del pasado no os acechan en los sueños y que no tembláis de rabia por lo que nos hicieron. Eso, amigos míos, es lo que tenemos en común. Todos somos distintos, pero ellos sin saberlo nos unieron. ¿Creéis que se arrepienten? —Empezó a gesticular con las manos—. No son ellos los que se asustan de su sombra en la oscuridad, ni son ellos los que aguantan las lágrimas al recordar el dolor. Ellos son libres y viven como les place, ¿acaso no es una injusticia?

— ¡Merecen ser castigados! —Exclamó alguien.

— ¡Eso, que paguen por lo que hicieron! —Respondió otro.

— Vaya gilipollez —susurró alguien al lado de Aiden, dio media vuelta y se encontró a Flynn—. Yo me voy de esta secta, te aconsejo que hagas lo mismo.

No le dio tiempo a responder, se escabulló en medio de ese caos y Aiden atisbó a ver como la puerta se abría y se cerraba tras Flynn. Brendan alzó las manos para calmar el barullo que se había montado, poco a poco volvió el silencio y la expectación.

— Estamos de acuerdo en que merecemos justicia —todos asintieron—. La verdad es poderosa y la tenemos de nuestra parte. Muchos de vosotros ya conocéis a Aiden.

Lo señaló con el dedo, Aiden notó como todos los ojos se posaban sobre su cabeza. ¿Qué era todo aquello? ¿Dónde se había metido? Empezó a arrepentirse de no haber seguido a Flynn.

— Y sabéis lo que ocurrió con su hermano —prosiguió Brendan— esa es nuestra verdad. Nuestra baza para inculparles. Para ganar la batalla que libramos en nuestro interior desde hace años.

Todos volvieron a vitorearle, Brendan siguió hablando unos minutos más y luego se bajó del taburete. La gente empezó a beber y brindar por un futuro mejor mientras Aiden estaba paralizado en medio de la sala. Ignoró a un chico que venía a hablar con él y sacó a rastras a Brendan del local. Fuera hacía un frío infernal, estaban en pleno invierno y el mínimo aire les helaba los huesos. El matón de Brendan seguía en la puerta como una estatua esperando la señal de Brendan para intervenir.

— ¿Qué cojones ha sido eso de ahí dentro? —Chilló Aiden.

— Es nuestro momento —Brendan no perdió la sonrisa—. Tu eres nuestra mejor arma para demostrar lo que pasaba en ese orfanato. Si cuentas a la policía lo que...

— No —Aiden chasqueó la lengua—. Tendrías que haberme preguntado antes de anunciarlo delante de toda esa gente.

— Entonces no habrías venido —los ojos endemoniados de Brendan brillaron—. ¿Los has visto? Tú eres su salvación, podrán dejar a un lado lo que sucedió y empezar de nuevo.

— Tendrán que buscar otra manera de superarlo, como hemos hecho todos.

Dio media vuelta para irse, pero Brendan le siguió.

— ¡Tu empezaste esta guerra! ¿Qué pensabas que pasaría?

Esas palabras han seguido resonando en su cabeza hasta el día de hoy, le aterra pensar que sus actos puedan haber acarreado toda esa oleada de crímenes. Aunque no puede demostrarlo, jamás volvió a verlos reunidos y no han identificado a nadie como sospechoso. Pero tiene claro que Brendan oculta algo. Puede que al no querer confesar lo que sucedió con su hermano haya querido tomarse la justicia por su mano.

— ¡Joder!

No puede evitar chillar. Da dos pasos hacia atrás con las piernas temblorosas. No puede creer lo que está viendo. Su gato está clavado en el centro de la puerta en forma de estaca, le han sujetado con clavos las patas delanteras y traseras. La sangre todavía se desliza por el cuerpecito de Rommie hasta el suelo. Se apresura en sacarlo de ahí. Cuando se acerca a su mascota ve algo reluciente en su cuello. Un colgante con una cruz dorada.

Aiden explota de rabia.

Capítulo 32

Kean

Pasado, 1970

Kean no suele llorar, la última vez que derramó una lagrima fue cuando se enteraron de la muerte de su madre. Una punzada en el corazón hizo que se mareara y dejara de respirar por unos instantes, el dolor empezó a brotar por todo su cuerpo haciéndole sentir insignificante en un mundo lleno de horror del que quería proteger a su hermano. Kean no quiere llorar, pero es inevitable. En las últimas semanas ha pasado varias noches en los túneles del orfanato y el dolor es cada vez más grande. No es un dolor físico, es emocional. No puedes curar aquello que no ves. ¿Cómo sanas las heridas del corazón? ¿Cómo borras todo el dolor? ¿Cómo eliminas los recuerdos? Kean quiere chillar, quiere arrancarse los ojos si así borrara las imágenes, se repudia a si mismo y llora. Lloro de rabia, de dolor, de impotencia. Lloro al verse derrotado. La ira empieza a apoderarse de él. Y vuelven los temblores.

Pasan las semanas y Kean sigue igual de desanimado, Shane no entiende el comportamiento de su amigo, pero sigue a su lado como siempre, aunque ahora ya no están solos. Desde la pelea callejera se juntan con Brendan, Connor y compañía. Y Aiden, del que Kean no quiere separarse ni un segundo. Los días son grises y llenos de lluvia en los ojos de Kean. Aunque ninguno de ellos lo ve, nadie se da cuenta de lo que pasa en su interior.

Nada ha cambiado y todo es distinto, Kean ve la pena en los ojos de las Hermanas cuando lo miran. Excepto la Hermana Viviana que sigue mirándole con odio. Aunque parece más que eso, parece ver a través de su cuerpo y ver las heridas de su interior y lo culpa por ello. Sigue chillándole y castigándole, pese a que Kean se esfuerza por no hacer nada que la altere. Eso no quita que ella busque cualquier excusa para castigarle, una simple mirada o carcajada por parte de Kean hace que la Hermana Viviana se sulfure y le envíe a la Habitación del Pecado.

Hoy ha vuelto a ocurrir, Kean ha olvidado sus problemas por un segundo y se ha reído de una broma que le ha hecho el pequeño Aiden mientras las Hermanas daban las gracias por los alimentos. La Hermana Viviana no ha dejado escapar la oportunidad para enviarle al mismísimo infierno de nuevo.

—Esto es intolerable, muchacho —le regaña—. En el comedor hay que ser silenciosos y más cuando estamos bendiciendo la mesa. Es una falta de respeto a Dios y a todos tus compañeros. Recoge tu plato y sígueme —señala la salida del comedor con el dedo índice.

Kean se resigna, guarda el plato en la pila que hay en la repisa de al lado de la cocina y al volver a pasar cerca de la mesa le susurra a Shane.

—Recuerda, no te separes de Aiden.

Su amigo asiente en silencio, sigue sin entender esa petición pero lo hace sin rechistar. Como cada vez que lo han castigado, como casi cada semana en los últimos meses y empieza a cansarse un poco de tener al mocoso todo el día encima.

— ¿Le han castigado por mi culpa? —pregunta el pequeño.

— Algo así —responde Shane—. Aunque casi toda la culpa la tiene esa Hermana, se la tiene jurada a Kean.

El pequeño ladea la cabeza con la mirada puesta en la puerta del comedor, por donde se han ido hace apenas unos segundos su hermano y esa mujer.

— ¿Y si le digo que ha sido culpa mía? Así me castigaría a mí y le dejaría tranquilo de una vez.

— No creo que sea buena idea —suspira—. No ganarías nada, te llevaría a ti a la Habitación del Pecado y tu hermano jamás me lo perdonaría.

— ¿Tan malo es? —Aiden abre los ojos con sorpresa.

Shane no responde, en su lugar cambia de tema para distraer al pequeño.

— ¡Eh! —exclama—. ¿Te apetece que juguemos fuera con el balón?

— Primero contéstame —se cruza de brazos ofendido—. A ti te castigaron allí una vez. ¿Qué sentiste?

— Dicen que es un sitio muy pequeño donde cuesta respirar —se burla un niño de la mesa contigua—. Tu hermanito estará llorando de miedo ahora mismo.

— Cómo sigas con esas te voy a dar una paliza —interviene Flynn mientras se sienta al lado del pequeño.

Aiden se ha quedado mustio, preocupado por su hermano y se muerde el labio conteniendo las lágrimas.

— No te pongas así, Kean es fuerte. ¿Verdad? —Shane intenta animarle buscando el apoyo de Flynn.

— Claro que sí. No hay de qué preocuparse.

Aiden asiente y se frota las lágrimas que han empezado a resbalar por sus mejillas. En el otro lado de esa misma planta Kean entra de rodillas, una vez más, a esa minúscula y húmeda habitación. La Hermana Viviana cierra la puerta tras él y se encuentra de nuevo en la oscuridad más absoluta, con la respiración entrecortada y las imágenes del Hermano Liam acechándole a cada instante.

Capítulo 33

Aiden

Presente, 1985

Una vez ha comprobado que no hay nadie en su casa y después de enterrar el cuerpecito de su gato en el jardín trasero se arma de valor para hablar con la única persona que pueda arrojar algo de luz sobre este asunto.

Aún puede notar en sus manos el cuerpo caliente de Ronnie. ¿Quién es capaz de matar a un animal indefenso? Eso era una amenaza en toda regla, un toque de atención. Eso significa que va por buen camino, sino fuera así no se habrían molestado en lanzarle esa advertencia. Lo pagarán caro.

Cuando dobla la esquina ve un coche de policía y una ambulancia junto a la casa de su padre. Un déjá vu hace que se tambalee de nuevo, esas luces le recuerdan a la fatídica noche en que murió su hermano. No presagian nada bueno.

Corre tan rápido como puede, en la entrada un agente le cierra el paso.

— ¡Es mi padre!

Nota un pinchazo en el corazón, es la primera vez que lo dice en alto. El policía se aparta y le deja pasar. Observa que la cerradura de la entrada está forzada. Vuelve a correr por el pasillo de su casa igual que hacía cuando jugaba con Henry a esconderse. Aunque ahora ya no quiere esconderse, quiere encontrar a su padre y acabar esa partida interminable.

Lo encuentra tumbado en el sofá del comedor, un policía está sentado en el sillón tomándole declaración y una mujer que tiene pinta de ser la que llevaba la ambulancia sale de la cocina con un vaso de agua.

— ¿Papa? —Titubea.

Henry alza los ojos y le sonrío, se apoya con los brazos para levantarse y se acerca a su hijo.

— Hay que ver —le mira con ternura—, casi tengo que morir para que me llames papa, pero ha valido la pena —le abraza.

— ¿Qué ha pasado?

— Han entrado a robar, pero como buen policía retirado sigo durmiendo con la pistola en la mesilla de noche.

Henry no tuvo más remedio que retirarse cuando una bala le atravesó el pulmón, estaban asaltando un banco y su patrulla era la que estaba más cerca. Cuando entraron uno de los ladrones se puso nervioso y empezó a disparar a diestro y siniestro. Una de esas balas impactó en el pulmón de Henry, desde entonces no puede andar sin resoplar del esfuerzo.

— ¿Estás herido? —Aiden le mira preocupado.

— Estoy bien, no te preocupes por tu viejo. Escuché ruido y disparé al techo —señala con la cabeza una bala incrustada en el techo del salón— y se fueron corriendo.

Aiden vuelve a respirar con normalidad, espera apaciblemente a que los agentes terminen su trabajo y después de que el cerrajero cambie la cerradura se asegura que todas las ventanas estén cerradas, luego se recuesta junto a Henry en el sofá que le mira con los ojos nublados.

— He mentido a mis colegas – anuncia su padre con voz grave—, no venían a robar. Venían a matarme por lo que sucedió esa noche.

Capítulo 34

Kean

Pasado, 1970

Con la luz del sol es más fácil evadir los problemas, centras tu mirada en cualquier objeto de tu alrededor, sientes el olor a aire fresco, ves a otros niños correteando, escuchas su risa, sus emociones se sintonizan con las tuyas y ves el mundo un poco menos oscuro. La Habitación del Pecado está pensada para privarte de esa vía de escape, no hay nada en lo que concentrarte que no cause repugnancia o dolor. El olor es asqueroso, el silencio abrumador y las tinieblas son demasiado oscuras. Ahí dentro Kean revive cada momento doloroso de esos últimos meses, no tiene escapatoria, nada con lo que evadirse y se reconcome cada vez más en su desgraciada existencia.

Cuando las fuerzas empiezan a fallarle y empieza a sucumbir al llanto un fogonazo de luz le provoca una ceguera momentánea. La puerta que lo encierra se ha entreabierto y una voz lo anima a salir de ese infierno. No se lo piensa dos veces. Sale de la misma manera que ha entrado, de rodillas. Necesita unos segundos para ponerse en pie, se siente más débil que nunca. Tal vez se debe a que ha adelgazado, las recurrentes pesadillas y sus noches detrás de la Puerta Prohibida le han quitado el apetito.

Unos brazos de mujer le ayudan a levantarse, la Hermana Caitlín le mira con compasión y dolor.

—No te mereces esto —niega con la cabeza— ve a divertirte con tus amigos.

—La Hermana Viviana se enfadará si cuando vuelve no estoy aquí —un escalofrío recorre el cuerpo de Kean al pensar en un castigo aún más duro.

—Yo hablo con ella, no te preocupes. Después de todo, ya sufres bastante —suspira.

Kean asiente y se dirige hacia la salida, pero al escuchar aquellas palabras no puede quedarse callado.

—¿Cómo sabe que sufro?

La Hermana desvía la mirada y se queda en silencio frotándose las manos con nerviosismo.

—Sabe lo que pasa tras la Puerta Prohibida, ¿verdad? —no responde y Kean insiste de nuevo—. Por eso nos interrumpió ese día con el Hermano Liam, cuando intentábamos entrar. No sirvió de nada. Entré unos días más tarde.

—Intenté impedirlo —pronuncia al fin— pero no puedo hacer nada más. Solo rezar por ti y

por tu pobre alma.

—No creo que eso ayude mucho —responde enrabiado—. Si sabe lo que pasa, ¿Por qué no hace nada?

—No hay nada que una mujer como yo pueda hacer.

—¿No dice la Biblia que hay que ayudar al prójimo? —chilla con rabia.

—Hijo —la Hermana cambia el tono de voz y le mira con dureza—, la Biblia dice muchas cosas y créeme, acato cada uno de los Diez Mandamientos. Por ese motivo voy a darte un consejo, no confíes en nadie. No digas a nadie nada de esto. Será peor para ti.

— ¿Peor? —Kean no puede creerlo—. Se llenan la boca de buenas palabras, diciendo que Dios está entre todos y nos protege, pero luego cuando sufrimos nos abandonan. Nos desechan y nos dejan a nuestra suerte. A mí ya me han dado por perdido, ¿no? —se lamenta entre sollozos.

—De verdad que lo siento —responde en un lamento, se santigua y se dirige a la salida, sin volver la mirada a Kean.

Kean se queda allí, estupefacto, sin creer lo que acaba de pasar. Por fin ha soltado aquello que le daba tanto miedo decir y no ha servido de nada. Ha puesto en riesgo a su hermano, creyendo que así lograría alguna escapatoria, pero no ha sido así. Todo en vano. Cuando no sea el Hermano Liam quien venga a despertarlo serán sus pesadillas. No cree que pueda recomponerse de algo así. Su mundo se hizo añicos el día que cruzó esa puerta. Algo que le acompañará el resto de su vida, no pedirá permiso para entrar en sus sueños, él no lo hizo para meterle mano. Llegó de golpe, sin avisar y destrozó todo lo bueno que había en él. Kean sabe que su vida ya nunca será igual, ha aceptado su destino, pero teme por Aiden. Si el Hermano Liam se entera de que ha hablado con alguien sobre él... Un escalofrío recorre el cuerpo de Kean. Puede que vaya a por Aiden.

— ¡Eh! —La voz de Flynn le saca de sus pensamientos—. Estás distraído, te he llamado varias veces.

Kean sigue andando, se encoge de hombros como única respuesta, lleva un buen rato deambulando por el patio ensimismado en toda esa mierda. Flynn insiste de nuevo, le coge del brazo y le gira hacia él.

— ¿No estabas castigado?

— Tú lo has dicho, estaba —murmura.

— Kean, te han castigado cientos de veces y nunca has salido así de la Habitación del Pecado. ¿Vas a contarme que ha pasado?

— La Hermana Caitlín me ha liberado del castigo porque le doy pena —sus ojos se humedecen—. ¿Sabes por qué le doy pena? Por el Hermano Liam. Lo sabe y no hace nada.

— Así que es eso... —Flynn se frota la cabeza y lanza un suspiro al aire—. No puedes culparla, ella tiene tanto que perder como nosotros. No hay nada que pueda hacer.

Kean le mira sin entender.

—No somos los únicos que tienen problemas. No lo entenderías, tienes que verlo.

—Enséñamelo.

—Esta noche —asiente—, cuando todos duerman iremos a los túneles. Lo entenderás todo.

—Aiden... —a Kean le viene repentinamente la imagen de su hermano a la mente.

—Él no vendrá —niega rotundamente.

—No, no es eso. El Hermano Liam me amenazó. Dijo que si decía algo o si no estaba en mi cama cuando él viniera, el siguiente sería Aiden. No puedo arriesgarme a que le haga nada —se lamenta.

Flynn suspira y asiente.

—Lo arreglaremos.

Capítulo 35

Aiden

Presente, 1985

Aiden no deja de dar vueltas por el salón con los nervios a flor de piel. Su padre ha estado a punto de morir por lo que pasó hace años. Engañó a sus compañeros para protegerle y eso le ha condenado a muerte. Aiden siente el peso de demasiados cadáveres a su espalda, no quiere cargar con el de su padre. Otra pérdida como esta no la soportaría. Sería demasiado. Quiere acabar con todo, ponerle punto final a esta situación. Desea con todas sus fuerzas salvar a los suyos por una vez y no ser el que los pone a todos en peligro.

— Harás un agujero en el suelo de tanto dar vueltas —bromea Henry—. Siéntate anda.

No entiende como puede estar tan tranquilo. Ese hombre lo acogió y le dio una nueva vida, se la jugó por él y ¿qué recibe a cambio? Estar en el punto de mira de los Remendadores. No. No puede ser así. Tiene que haber alguna solución.

Unos golpes en la puerta le sacan de sus pensamientos. Se apresura en abrir mientras su padre se queda en el sofá resoplando, lo de esta noche ha sido demasiado esfuerzo para él.

— He venido lo más rápido que he podido —le dice Shane con preocupación al abrirle la puerta—. ¿Qué ha ocurrido?

— Han sido ellos —bufa—, quieren acabar con Henry. Por lo de aquella noche.

Han llegado al salón y Shane observa detenidamente a Aiden que mueve las manos con nerviosismo y a Henry que sigue resoplando con los ojos cerrados en el sofá.

— Tengo que preguntarlo —suspira—. ¿Estáis seguros de qué son ellos?

— Hace tiempo yo también recibí una carta mecanografiada —suspira Henry—, igual que las que llegaron a los conventos.

Aiden mira con sorpresa a su padre y se sienta junto a él, no quiere separarse un centímetro por si esos tipos vuelven.

— No me dijiste nada —le reprocha Aiden.

— Para que preocuparte —se encoge de hombros—. Era cosa mía no tuya.

— Van a por ti por mi culpa.

Le aprieta la mano con suavidad y después se gira hacia Shane que sigue en el resquicio de la puerta que da al pasillo.

— Tenemos que terminar con esto de una vez por todas.

— Henry —Shane asiente y se sienta en el sillón sin quitar la vista del padre de Aiden—, cuéntame lo que ha pasado esta noche con todo lujo de detalles. Es importante —le pide.

Henry se recuesta en el sofá.

— Sinceramente —suspira y sonrío levemente— no he visto gran cosa. Todo ha ocurrido a oscuras. Estaba en la cama durmiendo cuando alguien ha forzado la puerta de entrada. He escuchado el ruido y me he levantado tan rápido como he podido, ya sabes que con la lesión en el pulmón mis reflejos son más lentos, me cuesta hacer esfuerzos —dice apenado—. Me dirigía hacia la puerta de entrada con la pistola cuando uno de ellos me ha sorprendido por detrás y me ha golpeado —se señala la cabeza—. Tengo un buen chichón por su culpa. He caído al suelo y ha aprovechado para colocarse encima de mí. Entonces me ha cubierto la cara con una almohada. He resistido tanto como he podido, estaba a punto de perder el conocimiento cuando he escuchado un crujido, ha parado de ahogarme y ha empezado a huir, he ido tan rápido como he podido a buscar la pistola que con el golpe había dejado caer a unos palmos de mí. Entonces he visto a uno de ellos y le he disparado. Le he dado en la pierna derecha, pero ha seguido corriendo.

A Shane se le iluminan los ojos.

— Entonces habrá sangre que podamos analizar.

— No —niega con la cabeza—, la he limpiado antes de que llegaran.

— ¡Estás loco! —Shane se levanta de un salto—. ¿Qué ha pasado por tu cabeza para que hicieras semejante tontería?

Aiden lanza una mirada de advertencia a Shane para que se calme, no va a hablarle así a su padre. Shane pone los ojos en blanco y se deja caer de nuevo en el sillón. Henry resopla de nuevo por el esfuerzo y mira con seriedad a Shane.

— Si esa sangre nos lleva a alguno de los Remendadores tendré que explicar que hacían en mi casa y no pienso dejar que eso salpique a Aiden.

Aiden suspira y aprieta la mano de su padre.

— Deja de pensar en mí... Tenemos que ponerte a salvo — le susurra.

— No permitiré que te hagan daño, ¿recuerdas? —Henry le sonrío con ojos cansados—. El pasado seguirá siendo eso, pasado. Si se descubre perderás todo por lo que has trabajado, ya nada será igual.

— Bueno, sabiendo esto podremos volver a ver a todos los sospechosos —Shane empieza a elaborar un plan—. Alguien tendrá una herida de bala, preguntaré en los hospitales. Aunque dudo

que acudan allí —bufa y luego añade—. Por el momento esta casa no es segura Henry, tal vez deberías quedarte con Aiden —sugiere.

Entonces Aiden cae en porque ha ido a ver a su padre. Se pasa la mano por el pelo y niega con la cabeza.

— También han entrado en mi casa —suspira—, por eso venía a verte.

— ¿Te han hecho daño?

— A Ronnie —cierra los ojos y se frota la frente—, han matado a Ronnie y lo han colgado de la puerta. Era una amenaza.

— ¿Cómo sabes que son ellos? —Shane arquea la ceja.

— Por el colgante con la cruz dorada que me han dejado de regalo —espeta.

Y entonces recuerda la proposición de Brie.

— Tal vez terminaríamos con esto si lo anunciáramos públicamente.

— ¿Cómo qué?

Los dos lo miran con curiosidad.

— Brie Quinn ha venido a verme varias veces, se ve que ha entrevistado a varias Hermanas y chicos que estuvieron en el orfanato. Quiere publicar un artículo con todo lo que nos hacían allí. Tiene la esperanza de que si se hace público los Remendadores dejen de asesinar.

— Eso es una estupidez —niega Shane—, además no podemos confiar en ella.

— Es nuestra única opción.

— No —Shane suspira y mira con tristeza a su amigo— Conoce a mi mujer, Eryn se lo habrá contado. No creo que haya más testigos que ella.

Capítulo 36

Kean

Pasado, 1970

Esa noche Kean está despierto. El plan es que primero se levante Flynn y se vaya de la habitación, pasados cinco minutos él tiene que hacer lo mismo. Así nadie los relacionará, si alguien les encuentra pueden decir que han ido al baño. Flynn aún no se ha movido y Kean teme que haya podido dormirse. Mientras, intenta ver la cama de Aiden entre la penumbra. Entrecierra los ojos y se fija todo lo que puede en el lado opuesto de la habitación, sus ojos se acostumbran a la oscuridad, logra ver la cama del pequeño, entre esta y la cajonera ve la sorpresa que han preparado para el Hermano Liam.

—Ayer me pareció ver algo en la habitación —ha dicho Flynn mientras cenaban.

—¿Ayer? Yo noté algo cerca de mi cama la semana pasada.

Shane ha arqueado las cejas sorprendido al ver que Kean le seguía el juego, Aiden los ha mirado con curiosidad.

—No quería creerlo, pero se ve que las historias que cuentan son ciertas —ha murmurado Flynn en voz baja.

—¿Qué historias? —Shane no ha entendido nada, pero no quería quedarse fuera, así que ha entrado al trapo.

—El monstruo que se alimenta de nuestros sueños —ha murmurado también Kean.

—¿Monstruooo? —ha chillado el pequeño.

—Ajá, dicen que hay un monstruo que visita a los niños por las noches para robarles sus sueños y comérselos. Pensaba que eran cuentos para no dormir, pero el otro día me desperté y lo tenía delante.

Aiden ha cogido con fuerza el brazo de su hermano mayor.

—No quiero que se coma mis sueños —ha negado con la cabeza—. ¿Tú también lo has visto, Shane?

—Eh... Si, da mucho miedo. ¿Verdad, chicos?

—Cierto, es terrorífico. Pero tenemos una solución para que no venga a alimentarse de tus sueños —Kean ha sonreído al pequeño y este se ha relajado un poco—. Esta noche pondremos

una cuerda colgada entre tu cama y la cajonera, estará llena de cosas que hagan mucho ruido, pegaremos cubiertos y todo lo que se nos ocurra. Así, si se aparece por la noche tropezará con la cuerda y hará mucho ruido. Nos despertaremos todos y desaparecerá. ¿Qué te parece?

Esa noche han preparado la cuerda y han anudado a ella como buenamente han podido todo tipo de trastos. Shane les ha ayudado sin saber muy bien que estaba pasando y Aiden se ha dormido a los cinco minutos sabiendo que nada interrumpiría su sueño.

Flynn ya se ha levantado, de puntillas y con sigilo ha salido de la habitación y bajado a la planta baja, es el turno de Kean. Calcula que han pasado los cinco minutos, así que sale de su cama e imita los pasos de Flynn. Pasa tan silenciosamente como puede por delante de la puerta de la Hermana que está de guardia, en su mesilla hay una vela encendida a punto de consumirse, los ronquidos de la Hermana hacen que la tenue luz de la llama se tambalee. Kean tiene un déjà vu, recuerda su intento de huida y lo mal que salió para Aiden. Tiene que protegerle como sea. De momento sabe que esa noche nada le despertará, así que sigue su camino para encontrarse con Flynn. Está en la planta baja, sentado en el penúltimo peldaño de la escalinata. Cuando se acerca a él se incorpora, mira a su alrededor y después de comprobar que no hay nadie más se dirige a la puerta principal, alza la mano hacia el picaporte y tira de él. La puerta se abre con más facilidad que la última vez, la luna vuelve a colarse en el interior del edificio dejando al descubierto a los dos chicos que se apresuran en salir. Cierran cuidadosamente y corren hacia la valla. Una vez allí empiezan a trepar grácilmente. Kean a seguido todas las instrucciones de Flynn, pero no puede seguir en silencio ante algo tan obvio.

—La entrada a los túneles está en la planta de arriba. ¿Qué hacemos aquí?

—Creía que no me lo preguntarías nunca —responde Flynn desde la cima de la verja—. Antes de responderte, quiero preguntarte algo. ¿Confías en mí?

Kean alcanza el último barrote y se coloca al lado de Flynn, le mira directamente a los ojos y hace una mueca.

—La verdad es que no —responde y salta al otro lado de la valla.

—Sincero, eso me gusta —sonríe Flynn al aterrizar a su lado—. Haces bien, yo no confío en nadie.

Flynn empieza a andar y Kean se apresura en seguirlo, es de madrugada y las calles están en calma. Todo está oscuro, su único aliado es la luna que ilumina su alrededor. Rodean el orfanato y cruzan por una callejuela hacia la derecha, recorren dos calles en esa dirección hasta llegar a la nada. Kean solo ve prado, árboles y pequeños montículos de tierra. Flynn avanza en dirección a los montículos y hace un gesto para que Kean, que se ha quedado atrás, lo siga.

—Un túnel debe tener por lo menos dos puntos de conexión, es decir entras por un lado y mágicamente sales en otro lugar. Sirven para conectar el punto A —mueve la mano derecha— con el punto B —mueve la mano izquierda y junta las palmas—. ¿Me sigues?

—No soy idiota.

—No, claro que no. No traería a un idiota conmigo.

—Está claro que aquí está la otra entrada al túnel. Pero, ¿cómo sabes dónde está?

—Eso es irrelevante ahora, mira.

Han cruzado todo el prado y han llegado a la zona más rocosa, entre las montañas de tierra y los árboles. Kean atisba a ver una pequeña cabaña. La madera cruje cuando abren la puerta, es una pequeña choza donde hay varios rastrillos y herramientas similares para arar el campo, una ventana llena de polvo y una alfombra en el suelo. Flynn da unos pasos al frente, se arrodilla, quita la alfombra con un gesto rápido y deja al descubierto una trampilla. Kean se inclina a su lado y la inspecciona.

—Necesitamos una llave —señala Kean al ver el candado que les impide el paso.

Flynn saca un objeto del bolsillo del pantalón y lo coloca en la cerradura, lo hace girar y un pequeño clic hace que se abra.

—¡Llave! ¿Tienes una jodida llave? —Kean no se lo puede creer.

—Shht —Flynn se lleva un dedo a los labios— te pueden oír. Vamos.

La trampilla da paso a unas escaleras bastante empinadas, cogen la antorcha que hay dispuesta en la entrada de la escalinata y le prenden fuego. Cierran la trampilla y bajan en silencio. Las paredes son igual de rocosas que las que dan al orfanato, sinuosos túneles recorren todas esas galerías de piedra, Kean se estremece al notar que alguien le roza el brazo.

—Es en la otra dirección —susurra Flynn cogiéndole el brazo—. Por ahí será mejor que no vayas.

—¿Por qué? ¿A dónde lleva?

—Al infierno, vamos.

Kean sigue a Flynn por esa infinidad de túneles, hasta llegar a un pasadizo que le es muy familiar. Está lleno de puertas, se para delante de una de ellas y cierra los puños.

—Aquí es donde me trae por las noches —murmura clavándose las uñas en la palma de la mano.

—Lo siento.

—Duele —las lágrimas se amontonan en sus ojos— cada vez que bajo aquí se me corta la respiración y cuando salgo me prometo a mí mismo que no dejaré que me toque nunca más, pero no sé cómo evitarlo sin perjudicar a Aiden.

—Ven —Flynn le aprieta el hombro y le guía en otra dirección— no te hace ningún bien pensar en eso. Tú no tienes la culpa de lo que te está pasando. Son ellos los que deberían estar avergonzados, merecen ser castigados.

— Claro, los encerramos en la Habitación del Pecado —Kean se frota los ojos—. La Hermana Caitlín me ha dejado muy claro que no podemos hacer nada. Me siento idiota por confiar en ella.

— No eres idiota, tiene sus razones, como todos los que estamos aquí. Tú, por ejemplo, no dices nada para proteger a Aiden. Los demás chicos tendrán las suyas, estarán amenazados supongo, con algo aún peor. Por eso siguen llevando esos jodidos colgantes. Es la manera que tienen los Hermanos de señalarnos, para saber que somos suyos.

— ¿Cuál es tu excusa?

— La mía... —Flynn sigue andando por los pasadizos hasta llegar a uno más amplio, con puertas de madera maciza, abre una de ellas y la ilumina con la antorcha. Cuatro paredes rocosas como las demás, un armario destartalado, un colchón cochambroso en el suelo, encima de él hay un osito de peluche al que le falta un brazo—. Nací y crecí en esta habitación.

Capítulo 37

Aiden

Presente, 1985

Uno de los Remendadores tiene que tener una bala en la pierna derecha, Shane pone todo el foco de la investigación en eso. Si encuentra a uno de los Remendadores los demás caerán por su propio peso. Se las ingenia para despistar a Jack Evans, que no se separa ni un centímetro de él, para volver a ver a los posibles sospechosos. Shane ha incluido a más sospechosos en esa lista. En realidad, quiere que vean a todos y cada uno de los chicos que vivieron con ellos durante esos años, como buen policía no descartará a ninguno de ellos sin verificarlo antes. Solo tienen que localizarlos y revisar su pierna. Parece fácil, ¿verdad? Solo hay una pega, no han mantenido relación con todos ellos. Algunos ni siquiera viven en Dublín y otros se cambiaron el apellido al ser adoptados. La búsqueda es dura, tienen que pedir ayuda a Gary, un agente moreno y bajito que suele ayudar a Shane en los casos, para localizarles a todos. Necesitan los nuevos apellidos de algunos chicos y esa información solo pueden dársela en el convento. Aiden se ofrece a ir al convento, en ese despacho de la policía no puede ayudar mucho. Gary está revisando cientos de papeles para encontrar la ubicación de cada chico y Shane se encarga de organizar la ruta para hablar con todos ellos. Lo único que puede hacer él es ir a por la documentación que les falta. Se apresura en salir de comisaría e ir hacia el convento de las Hermanas de la Caridad, ahora su padre está en apuros y encontrar al culpable es vital para su seguridad. No quiere sentenciar a Henry por algo que hizo él.

En el convento le recibe la Hermana Caitlín, para ella parece que los años no hayan pasado, sigue mirándole con tristeza con su rostro fino y pálido igual que lo hizo esa noche. Aiden borra la imagen de su cabeza y sigue a esa mujer hasta el comedor del convento. Se sientan donde solían hacerlo con sus amigos y deja salir un suspiro al recordar lo mucho que se torció todo. A su alrededor hay varias Hermanas desayunando y algunas de ellas le miran de reojo con miedo. La Hermana Caitlín le ofrece una carpeta repleta de papeles.

— El inspector Shane ha avisado de que vendrías a por estos documentos —se la acerca por encima de la mesa.

— Gracias, Hermana —Aiden hace ademán de coger la carpeta, pero la Hermana la sigue sujetando.

— Todo lo que está pasando... ¿Tienes miedo?

— He vivido toda mi vida con miedo, usted lo sabe bien. ¿Qué más da otro loco? —responde sarcásticamente.

— Lo que pasó —prosigue en un susurro— no fue culpa nuestra. Yo solo quería ayudarlos a ti

y a tu hermano. Hice lo que pude. Lo sabes, ¿verdad?

Entonces Aiden lo comprende y se echa a reír como un condenado. Todas las Hermanas lo miran aterradas.

— Cree que soy uno de ellos.

La Hermana no se mueve, lo mira fijamente dudando si creer o no en él.

— Siento decepcionarla, pero yo no tengo nada que ver con estas muertes —intenta coger la carpeta, pero la mujer la retira— Y aunque lo tuviera, usted solo nos ayudó. No creo que vayan a matarla por eso. Ahora deme la maldita carpeta.

La mujer sigue agarrando la carpeta y Aiden tiene que arrancársela de las manos. Le lanza una última mirada de reproche y se va de ese lugar. Vuelve a comisaría pensando en la reacción de la Hermana Caitlín, una vez allí Rosalín le deja pasar con una sonrisa y vuelve al despacho de Shane.

Está a punto de girar el pomo y entrar por la puerta cuando escucha voces que salen del interior. Se queda allí en silencio escuchando.

— No metas las narices en mis asuntos —Shane parece muy enfadado.

— Tus asuntos son mis asuntos, para bien o para mal —recalca la voz de Jack Evans—. Dime porque estás perdiendo el tiempo y malgastando los recursos de esta comisaría buscando a chicos con los que vivías de pequeño. Si quieres hacer una reunión de viejos alumnos organízala en tu tiempo libre —espeta.

— No cuestiones mis métodos —la voz de Shane tiembla—. Uno de ellos es el asesino, lo sé.

— Si lo tienes tan claro ve a por él —exclama—. Pero no tienes ni una maldita prueba. Sino no estaríamos perdiendo el tiempo como dos gilipollas. Dime porque son tan interesantes esos chicos y te dejaré en paz.

— Ya lo dije en su día, esa gente nos maltrataba. Por eso creo que algunos de ellos son los responsables de las muertes, la firma que dejan en la escena del crimen es similar a los castigos que nos imponían. Nos privaban de todos nuestros sentidos dejándonos a oscuras. Son ellos, lo sé. No necesitas saber más.

— Deja paso a los mayores porque este caso te viene grande chico. ¿Has investigado a tu amigo? Yo lo hice nada más volver de Belfast. ¿Sabes lo que encontré? Que su hermano murió en ese orfanato. Probablemente sea uno de ellos y tú le has dado libertad de movimientos. Eres idiota.

— Puede ser —bufa Shane—, pero este idiota es el que lleva el caso. Tú solo estás aquí para opinar, no puedes decidir nada. Por ahora yo llevo las riendas del caso, así que lárgate ahora mismo de mi despacho y déjame trabajar.

— Al final descubriré lo que escondes, solo espero que no sea demasiado tarde para ti.

Aiden escucha los pasos de Jack acercándose a la puerta así que se esconde tras una columna y espera a que suba las escaleras que están en la otra punta del pasillo. Luego se dirige al despacho de su amigo.

— ¡He dicho que te largues! —espeta, pero luego ve a Aiden—. Ah, eres tú. Acabo de tener una charla de lo más agradable con Jack.

— Lo sé, estaba tras la puerta. Se os oía de lejos. Si voy a acarrearle problemas es mejor que me vaya. Será lo mejor para todos.

— Te dije que no te salpicaría. No te preocupes.

Pero lo dice con la boca pequeña, porque ese tipo no dejará de espiarle hasta que encuentre algo que usar contra él. Y Shane no es tan valiente como Aiden, al final se dará por vencido y Aiden jamás le perdonará lo que ocurrió.

Capítulo 38

Kean

Pasado, 1970

Kean está estupefacto, Flynn ha colgado la antorcha en el soporte de la pared y se ha sentado en el colchón abrazado a su osito de peluche.

—¿Qué significa esto, Flynn? —pregunta desde la puerta sin atreverse a entrar.

—Mi madre —suspira— es una de las Hermanas de esta congregación. Como te he dicho, los túneles tienen una entrada y una salida, los Hermanos las utilizan para entrar por la noche en el orfanato. Uno de ellos forzó a mi madre en una de las habitaciones de estos pasadizos y se quedó embarazada, no fue la primera ni tampoco la última. Los Hermanos las llevan a estos túneles, algunas vienen por su propio pie, pero hay otras que vienen forzadas, igual que hacen con nosotros.

—No pueden ser todos malos —susurra Kean desde el resquicio de la puerta—. En alguien podremos confiar.

—Por supuesto, mi madre es buena y muchas otras Hermanas e incluso Hermanos cuidan de nosotros. Pero hay otros que no lo hacen, el problema es saber en quien confiar. Por eso tienen miedo de hablar. No quiero ni pensar lo que les harían —esconde la cabeza en su osito de peluche.

—¿Quién es tu madre?

—Eso no importa, no la pondré en peligro de nuevo.

Kean pone los ojos en blanco, está claro que Flynn no confía en él, hasta hace poco él tampoco lo hacía, pero el dolor de sus ojos le ha hecho cambiar de opinión. Se adentra en la habitación y se sienta a su lado.

—Cuéntame. ¿Qué pasó?

—Tuve suerte sabes. Los niños como yo terminan en un agujero, nacen y los matan de un golpe seco. Un recién nacido no ocupa mucho espacio, así que hacen un pequeño hoyo en el patio de atrás y los entierran allí. Las mujeres de la congregación tienen que entregar su vida a Dios, no hay lugar para bebés y sería un escándalo.

—Pero tú estás vivo.

—Si, mi madre se la jugó. Parió sola en esta habitación, sin ayuda y con mucho dolor. Fue un

parto difícil me dijo. Le habían dicho lo que tenía que hacer cuando naciera, pero cuando me tubo en brazos todo dejó de importarle, así que mintió para salvarme la vida. Crecí entre estas paredes, jugaba con ella por los túneles y me escondía cuando otra persona bajaba a ellos. Salía al exterior con esta llave para que me diera el sol, mi madre me animaba a hacerlo para que estos túneles no se convirtieran en mi único recuerdo de la infancia. Pero yo era feliz aquí, con ella. Hasta que un día un Hermano me encontró. Mi madre recibió una paliza como castigo, pero ese hombre permitió que siguiera viviendo aquí. Al cabo de unos días empezó a visitarme por las noches, amenazó con dar otra paliza a mi madre si yo decía algo, así que me aguanté, igual que tú. Me hacía regalos para que no le tuviera tanto miedo, como la pelota de goma que viste el otro día. Pero nada de eso borra ese horror.

— Vaya mierda. Lo siento tío, no sé qué decirte.

— No hay nada que decir —se encoge de hombros—. Al final me harté, así que decidí presentarme en el orfanato como un chico huérfano, pero eso no sirvió para que no le diera otra paliza. Siguió viniendo por las noches, como el Hermano Liam hace ahora contigo, hasta que se hartó de mí.

Kean tiene la cabeza revolucionada, se levanta de un salto y mira a Flynn con rabia.

—No podemos dejar que se salgan con la suya. No quiero esperar a que se canse de mí. Eso quiere decir que habrá otro en mi lugar y luego otro más. Tenemos que pararlo.

— ¿Cómo? —suspira.

— ¿Cuántos somos? He visto a varios chicos con la cruz dorada colgando de su cuello, si hablamos con todos y nos juntamos podremos plantarles cara.

— Por intentarlo... —Flynn suspira, deja cuidadosamente a su osito en el colchón, coge la antorcha y se dirige a la salida—. Vamos, tenemos que volver antes de que no echen de menos.

El silencio se ha instaurado entre ellos, Kean intenta asimilar todo aquello. Se ha dado cuenta de que no es el único que sufre, historias tristes como la suya hay a montones y tiene que jugar esa carta para buscar aliados. Juntos podrán con ellos. Está convencido. Tiene que estarlo, es su única esperanza.

Capítulo 39

Aiden

Presente, 1985

Aiden está en su oficina atendiendo a la familia de esa niña que le pidió ayuda hace unas semanas, la niña sigue sin hablar. Los dos padres están sentados delante de Aiden mientras la niña pintarrajea un papel en el suelo. La miran con una mezcla de cariño y tristeza, la ternura con la que la miran remueve el corazón de Aiden.

— Les seré franco, no hay ninguna ayuda que se adecue a sus condiciones económicas. La ley contempla ayudas para las familias más desfavorecidas y deja a un lado a los que están bailando entre la clase media y baja.

Los padres se miran a los ojos y suspiran casi al unísono, el padre coge la mano a su mujer y le susurra que ya encontrarán otra manera.

— Hay otra opción —Aiden les sonrío—, conozco a un psicólogo que puede tratar a vuestra hija. No es barato, pero hará una excepción con vosotros. Me debe un favor —les acerca una tarjeta—. Aquí tienen su número, llámenlo y díganle que van de mi parte. Les atenderá.

Aiden se levanta para acompañarlos al ascensor entre agradecimientos, la niña les sigue en silencio y mira de reojo a Aiden cuando se despiden. La madre la coge en brazos y le da varios besos en la mejilla, pero la niña sigue sin reaccionar. Algo se parte en el corazón de Aiden y reza para que encuentren la felicidad que han perdido. Cuando vuelve a su despacho suena el teléfono, descuelga y escucha la voz de Emma.

— Tienes una llamada del inspector Shane, te la paso.

— Gracias.

El sonido de fondo cambia y Aiden escucha la respiración agitada de Shane.

— ¿Qué hay?

— Nada. No hemos encontrado nada.

— Tendrás que concretar más —Aiden arquea la ceja.

— La bala que Henry disparó a uno de los Remendadores. Hemos ido a verlos a todos y cada uno de ellos, he pedido favores a colegas de otras ciudades para que se acercaran a visitar a los sospechosos y nadie ha encontrado nada. ¿Qué hago? Van a colgarme por esto, mi carrera a la mierda.

¿Nada? Aiden no puede creérselo, no tienen por donde seguir. Aunque tal vez...

— Queda algo, podemos hablar con Brie Quinn.

— No podemos fiarnos de ella.

— Es amiga de tu mujer, ¿no?

— Por eso mismo, sé de buena tinta que irá a por todas. Si no querías que te salpicara meter a esa periodista no es una buena opción.

— Es la única que tenemos, le contaremos lo que nos vaya bien.

Shane sigue sin tenerlo claro, pero tal vez sea la última oportunidad para terminar con todo.

Capítulo 40

Kean

Pasado, 1970

Han estado fuera casi toda la noche. Siguen andando en dirección al orfanato, ya les queda poco para llegar. Kean no ha dejado de hacer preguntas a Flynn desde que han salido de los túneles.

— ¿De dónde has sacado la llave? ¿Puede abrir todas las entradas? ¿Cuántas más hay?

Flynn espera con paciencia a que termine el interrogatorio, lo mira con los ojos cansados y responde con un hilo de voz.

— La llave la conseguí gracias a mi madre, no podía estar siempre en los túneles. Me la regaló para que pudiera salir a jugar con otros niños, pero casi nunca la utilizaba, esperaba en mi habitación a que ella viniera a verme. La llave solo funciona con esta cerradura, la del orfanato es distinta. Por seguridad, supongo.

— Entonces...

— No podemos confiar en nadie. Te lo dije.

Kean se ilumina de repente.

— Podemos pedir ayuda a la Madre Superiora, si hablamos todos con ella y con la ayuda de tu madre...

— Déjala fuera de esto —niega con la cabeza—. Olvídate de hablar con esa mujer. ¿Crees que no lo intenté?

— Tal vez no te creyó —opina Kean—, pero si somos muchos tendrá que hacernos caso —un brillo de esperanza sale de sus ojos, no quiere desperdiciar ninguna opción.

— No seas estúpido —Flynn da una patada a una piedra—. Fui al poco de llegar al orfanato, me dijo que no me preocupara, que me mantuviese lejos de ese Hermano y que ella se encargaría. Fui estúpido. Pasaron los meses, el seguía viniendo y la Madre Superiora no hacía nada, así que volví a hablar con ella. Aún recuerdo su cara, me miró con los ojos llenos de lágrimas y me dijo que no podía hacer nada, que me armase de paciencia y con el tiempo las cosas se calmarían.

— No puede ser —Kean se lleva las manos a la cabeza—, tiene que haber alguien en quien podamos confiar.

— Solo estamos nosotros, los apestados. Los chicos a quien nadie quiere, se aprovechan de la situación, pero podemos unirnos. Como has dicho, contra todos no podrán. Si nos juntamos con los demás y les plantamos cara al final se cansarán, ¿no?

— ¿Cómo lo hacemos?

— Como podamos, en el patio hay piedras, palos secos... Todo sirve para defenderse.

— Entonces no perdamos más tiempo —sonríe Kean, han llegado a la entrada del orfanato—. Vamos, pronto nos echaran de menos.

Trepan la verja con agilidad y corren sigilosamente hasta el interior del edificio, los rayos del amanecer les guían hasta sus camas. Kean alza la mirada hacia la litera de Aiden, observa unos instantes como duerme plácidamente y sonríe. Por fin pondrán fin a esa pesadilla.

La cama de Shane está a dos literas de distancia de la de su amigo, tiene los ojos abiertos y los puños cerrados. Le ha dolido en el alma que su amigo se fuera sin él. Cuando le ha visto salir de la cama no ha podido evitar seguirle, pero al ver que estaba con Flynn y que saltaban la verja se ha vuelto a su cama. Ha permanecido despierto toda la noche, esperando a que volviera, cada minuto sin saber dónde estaba le ha reconcomido por dentro y poco a poco ha hecho mella en su corazón. Tiene miedo de que Kean le abandone, que prefiera a Flynn. Aunque no llega a entenderlo, hace nada odiaba a Flynn.

Las Hermanas vienen a despertarlos apenas una hora después de que hayan vuelto de su expedición, una de ellas mira extrañada la cuerda que cuelga de la litera de Aiden. A Kean le da un vuelco el corazón, ha pensado en protegerle del Hermano Liam pero no ha caído en el castigo por hacer cualquier cosa que no les gustara a las Hermanas.

— ¿Qué es esto? —señala con las cejas arqueadas.

— Es para asustar al monstruo —responde el pequeño con seguridad— y ha funcionado— añade—. No ha venido esta noche.

Para sorpresa de Kean, tras unos segundos en silencio la Hermana asiente con un golpe de cabeza y no pide más detalles.

— A desayunar, rápido —ordena a todos los niños, da media vuelta en dirección a la puerta, al pasar por el lado de Kean le sostiene la mirada y le susurra— cuida de tu hermano.

A Kean le recorre un escalofrío por todo el cuerpo, mira con preocupación a Aiden que se viste con una sonrisa y corre hacia él. Como cada mañana se lanza a su cama y le abraza.

— ¡Buenos días, Kean! La trampa ha funcionado, he dormido del tirón sin que el monstruo se comiera mis sueños.

— Me alegro, enano. ¿Bajamos a desayunar?

Le revuelve el pelo mientras busca a Shane, no está en su cama así que bajan hacia la cola del

comedor los dos solos. Aiden sigue haciendo muecas de las suyas para acaparar la atención de su hermano mayor mientras este clava la mirada con detenimiento en cada uno de los cuellos de los huérfanos, buscando algo brillante y memorizando la cara de todos los que llevan el colgante de la cruz dorada. Un chico moreno, uno bajito, otro rubio, Connor y Brendan, entre muchos otros. Se le encoge el corazón solo de pensarlo. Al fin llega su turno y entran en el comedor, se sirven el desayuno en una bandeja y van a sentarse. Kean localiza a Shane en una de las mesas que están cerca de los ventanales, está absorto en su plato y no hace ningún gesto cuando llegan.

— Si que tenías hambre, no nos has esperado —bromea Kean al sentarse, pero Shane sigue sumido en desmenuzar el trozo de pan duro que tiene entre las manos—. Tío —le da un golpe suave en el pie—, ¿estás bien?

— Perfectamente. ¿No tienes nada que contarme? —pregunta con un deje de tiemble en la voz.

Kean arquea las cejas sin entender nada.

— Primero lo del monstruo —mira a Aiden de soslayo para comprobar que no los escucha y sigue en voz baja— no entendí lo que pretendías, pero te seguí el juego. Metiéndole miedo a tu hermano. Creí que me lo explicarías y luego, vas y desapareces toda la noche con Flynn. ¿Qué tramáis? Pensaba que éramos amigos.

— Somos amigos —suspira Kean—, por eso mismo no te conviene saberlo. Confía en mí.

— La confianza se tiene que ganar, estoy cansado de seguirte siempre sin rechistar, necesito saber que pasa —da un golpe en la mesa y todo el comedor se gira hacia ellos.

— Joder, Shane —maldice Kean—. Cálmate, te lo contaré todo, pero tendrás que esperar, por favor— le suplica.

— ¿Qué tienes que contar? —la voz de pito de Aiden se cuela en medio de su conversación, ha terminado de comer y busca atención.

— Nada, enano. Quería saber que he soñado esta noche, pero me da vergüenza contarlo —le guiña el ojo.

— Claro —asiente con seguridad—. Porque los sueños son para uno mismo, no hay que decirlo a los demás porque luego ya no vuelves a soñar con ello. Solo hay que explicar las pesadillas, así les quitamos importancia y no vuelven por las noches.

— Vaya, me gusta esta teoría. ¿Se te ha ocurrido a ti?

— Me lo contó Flynn cuando le conocí.

— Flynn, como no —Shane se levanta enfadado y empieza a recoger—. Parece que ahora es vuestro mejor amigo.

— Eso no es así y lo sabes —responde Kean dolido—. Ten un poco de paciencia, por favor.

— Como quieras —se encoge de hombros con desgana— voy a que me dé el aire.

Kean cierra los puños con rabia mientras ve como su amigo desaparece por el marco de la puerta. Está cabreado consigo mismo, ese secreto le está reconcomiendo por dentro y necesita expulsarlo, pero sabe que si lo hace habrá consecuencias. No quiere exponer a nadie más a esa mierda. Le costaría mucho explicárselo a Shane y que entendiera que está pasando, es algo complicado y que te niegas a creer. El mismo ha vivido en la negación durante los primeros meses, obligándose a creer que todo era una pesadilla. Pero esta pesadilla se ha ido expandiendo como una enfermedad por todo el orfanato y son muchos chicos los que se han contaminado de esa asquerosidad. Es hora de contraatacar y eliminar esa peste de sus vidas.

Capítulo 41

Aiden

Presente, 1985

Cuando Aiden llega al bar Eryn y Shane ya están allí. Se acerca a la barra y pide al camarero otra jarra de cerveza fría, mientras espera a que le sirvan observa detenidamente a la pareja que está de espaldas a él. Por los gestos que hacen parece que están discutiendo. Eryn gesticula moviendo velozmente las manos y Shane niega con la cabeza mientras se cubre el rostro con las suyas. Jamás los había visto así, Shane se siente traicionado por las confesiones de Eryn a su amiga. Aunque no es que Eryn sepa mucho del tema, sabe lo justo y necesario o eso es lo que le dijo su amigo. Ahora ya no lo tiene tan claro. Nunca se preocupó demasiado por lo que Shane le podía contar a su mujer, pero ahora hay un grupo de asesinos que quieren venganza y cada víctima que se cobran es un duro golpe que hace el corazón de Aiden más pesado. Lleva demasiadas muertes en su conciencia.

El camarero le sirve la jarra de cerveza, da un buen trago y se dirige hacia la mesa. Eryn y Shane dejan de discutir y le miran incómodos.

— Por mí no os cortéis —Aiden bebe de nuevo—, podéis seguir con lo vuestro. Me encantará saber lo que Shane te ha contado Eryn y lo que le has contado a esa periodista.

— Pues no me ha contado gran cosa —Brie Quinn aparece tras Aiden y se sienta a su lado con esa sonrisa que la caracteriza—. Pensaba que estaríamos solos.

Aiden ha llamado esta mañana a Brie para concederle esa entrevista, la periodista no ha podido ocultar su emoción y sin hacer preguntas se ha presentado a la hora acordada en el bar, o tugurio según Eryn.

Shane se queda boquiabierto al ver a Brie Quinn contoneándose delante de ellos, a Eryn no le pasa desapercibido y le da un codazo a su marido mientras mira con reproche a su amiga. Brie baja levemente la cabeza con una risita y mira de reojo a Aiden esperando una explicación.

— Querías una entrevista y te la daré, pero con dos condiciones. ¿Hay trato?

— Depende de las condiciones —pestañea.

— Las aceptarás, no te queda otra —Aiden sonríe a Brie mientras sus amigos observan con ojos como platos la conversación de esos dos—. Primero quiero respuestas.

— Soy yo quien va a entrevistarte —recalca Brie con sorna—, las preguntas tendría que hacerlas yo. ¿No crees?

— En realidad —Shane interviene—, esto es un interrogatorio —mira a su mujer y prosigue—. Para las dos. Extraoficialmente, claro. Eryn, quiero saber que le has contado a esa periodista y señorita Quinn quiero saber que fuentes tienes a parte de mi mujer.

Las dos mujeres miran sulfuradas a Shane y este se cruza de brazos mientras recibe la rabia de su mujer que no puede creerse lo que está haciendo su marido.

— ¿Cómo te atreves? ¡Soy tu mujer! Me merezco un poco de respeto.

— Eryn... —Brie se inclina hacia su amiga por encima de la mesa—, quizá deberías contarle a tu marido la verdad. Solo así confiaran en mí.

Eryn pone los ojos en blanco y rebufa antes de asentir.

— Esto es ridículo. Estaba tratando de emparejar a estos dos —señala a Brie y Aiden, este abre los ojos desmesuradamente y mira alternativamente a las chicas sin dar crédito a lo que está sucediendo—, pero mi querida amiga no sabe estarse quieta y antes de que pudiera presentarnos como es debido empezó a investigarte.

— Como buena reportera que soy —dice con orgullo.

— Como el grano en el culo que eres —replica Eryn—. Empezó a hacer preguntas sobre vuestro pasado y me di cuenta de que había metido la pata —se encoge de hombros—. Yo no le he contado nada.

— Cielo —susurra Shane—. ¿Qué pasó por tu cabecita para que quisieras emparejar a Aiden con una periodista del corazón?

Brie carraspea y mira a Shane sulfurada.

— Un poco de respeto, puedo oírte.

— Tú mismo dijiste que Aiden estaba muy solo y que habría que encontrarle pareja — responde a su marido haciendo caso omiso a Brie—. Me pareció buena idea.

— Así que —Aiden corta la conversación de la pareja de mala gana— por jugar a casamenteros he tenido que lidiar con los acosos constantes de esta mujer y he sufrido una crisis en el ascensor mientras no dejaba de preguntarme porque no dejaba de perseguirme.

— ¿Qué hacías en un ascensor? —Shane arquea la ceja, sabe la claustrofobia que tiene Aiden.

— Echarme de su oficina —Brie chasquea la lengua y mira a Aiden—, creía que ya habíamos superado lo de odiarnos.

— Eso era antes de saber que aún me ocultabas información —replica Aiden.

— Entonces preguntame lo que quieras —dice en tono conciliador.

— Quiero saber qué es lo que sabes y quien te ha dado la información. ¿Qué te dijo Eryn?

Eryn cruzar los brazos con enfado mientras su marido y Aiden escuchan pacientemente a la periodista.

— Eryn quería emparejarnos, me dijo que eras el mejor amigo de su marido y que eras un buen chico pero que tu vida no había sido fácil. Me contó que estuviste en ese orfanato y que habías perdido mucho por el camino. Pero nada más. Entonces me picó la curiosidad y te investigué, vi que habías colaborado en varias ocasiones con la policía y que tenías mucho apego a los chicos que habías ayudado. Una cosa llevo a la otra y terminé entrevistando a una Hermana de la Caridad. Como dijiste, sé sacar los trapos sucios de la gente, esa Hermana estaba deseando vomitarlo todo y yo estaba allí para escucharla. Me contó que había personas que os maltrataban y lo triste que fue la muerte de tu hermano. Quería corroborarlo y hablé con uno de los chicos que había estado con vosotros en el orfanato. La información que me dio era la misma. Sumé dos más dos y relacioné las muertes de los Remendadores con lo que sucedió en ese sitio.

— ¿Quiénes eran?

— Hemos dicho sin nombres —responde sin inmutarse—. Ahora que ya he respondido a tus preguntas tienes que responder las mías. ¿Empezamos?

— Te olvidas de la segunda condición.

Brie se reclina sobre su silla y pone los ojos en blanco.

— Ajá —suspira.

— No darás nombres, somos una fuente anónima y sólo contarás lo que yo quiera. La muerte de mi hermano quedará fuera del artículo. ¿Queda claro?

Brie duda, pero ante la firmeza de Aiden cede. Es eso o nada. No ha llegado hasta aquí para perder esa oportunidad.

— Está bien.

— Será mejor que te pidas un trago —Aiden esboza una amarga sonrisa—, no será fácil de digerir.

Capítulo 42

Kean

Pasado, 1970

Se reúne con Flynn en la escalinata, ha llegado la hora. Los dos están nerviosos, Kean nota como le tiembla el pulso y como el frío se adueña de su cuerpo.

—¿Preparado?

—No —responde Kean con sinceridad—, pero no ganamos nada posponiéndolo.

—Vamos entonces, ¿te has fijado en todos?

—Más de veinte chicos llevan la jodida cruz en el cuello. Eso es más de la mitad de los huérfanos. ¿Cómo puede ser que nadie haya dicho nada?

—Por lo mismo que nosotros —suspira Flynn—, por miedo y vergüenza. Se susurra por los pasillos, pero se silencian las palabras cuando un adulto pasa cerca. No tenemos en quien confiar.

—Solo nosotros, un puñado de chicos muy diferentes entre si y sin nada en común. Somos la presa perfecta.

—Pero eso va a terminar —sentencia Flynn.

Sin nada más que decir se dirigen al patio, un día soleado de verano en el que todos aprovechan los rayos de sol para jugar y correr entre la tierra seca. Connor y Brendan están jugando a la pelota cerca del muro con otros chicos, bastante lejos de las Hermanas. Kean y Flynn intercambian miradas para darse fuerza y se dirigen hacia ellos.

—¿Queréis jugar? —Connor les pasa la pelota al verlos llegar.

—Eh... —A Kean no les salen las palabras.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Brendan se burla.

—No —solo le salen monosílabos, las palabras se amontonan en su garganta y se bloquean unas con otras. Empieza a temblar de nuevo, mira a Flynn buscando ayuda.

—Tenemos que hablar —suelta Flynn con seriedad— a solas —añade antes de dirigirse hacia un rincón todavía más alejado.

Connor y Brendan se miran sin entender nada, pero Kean les hace un gesto para que les sigan y

la curiosidad hace el resto. Una vez están los cuatro alejados de todos Kean carraspea buscando las palabras adecuadas.

— Sé que no nos llevamos muy bien...

— ¡Claro que sí! —exclama Connor— nosotros dos somos amigos y Brendan ya empieza a tragarte, ¿verdad? —da un codazo a Brendan.

— Bueno, encajaste un golpe por mí, así que tengo que tolerarte —chasquea la lengua—. ¿De qué va esto?

— Tiene que ver con golpes —responde Flynn con sarcasmo.

— Tío, no lo compliques más —Kean se sulfura, coge aire y lo suelta todo de golpe, sin parar a respirar—. Sé que no os gustará oír esto, ni admitirlo, pero sé lo que os ha pasado. Veo vuestros colgantes de cruz dorada, a mí me dieron otro y a Flynn también.

— No quiero seguir hablando —Brendan se da la vuelta y se marcha.

— Mierda, Kean —Connor tiene lágrimas en los ojos—. No se habla de estas cosas.

— Brendan, espera —Kean corre hacia él y le sujeta del brazo.

— ¡Déjame! —Brendan mueve con fuerza el brazo para deshacerse de él.

— Es muy jodido lo sé, pero tenemos que hacer algo —Kean intenta mantener la voz calmada mientras sujeta a Brendan con todas sus fuerzas.

— Te equivocas de persona, no sé de qué estás hablando —sigue luchando para soltarse.

— ¿Entonces por qué te alteras? —Exclama Flynn que ha llegado donde están ellos.

— Porque Kean es imbécil —Brendan está cabreado, como no logra soltarse le da un cabezazo a Kean que no lo ve venir y cae de bruces al suelo—. ¡No os acerquéis más a nosotros!

La conversación no está yendo como esperaban, sabían que sería difícil dialogar con ellos, pero no que terminarían a golpes. Los gritos han alertado a los otros chicos que ya han hecho un círculo a su alrededor, Aiden y Shane han llegado junto a los demás y miran curiosos la escena. Brendan tiene el puño en alto y sujeta a Kean por el cuello de la camiseta, Flynn intenta separarlos y Connor lo observa todo con ojos llorosos a unos metros de distancia.

— ¿Qué está pasando?

Un chillido les alerta de que viene la Hermana Viviana y todos se apresuran en desaparecer, el círculo de curiosos empieza a desvanecerse. Connor alerta a Brendan y se van los dos corriendo. En cuestión de segundos solo queda Kean en el suelo con una brecha de sangre en la cabeza, Flynn a su lado y Aiden y Shane a unos metros con ojos como platos.

— ¿Otra vez metido en líos, Kean? —le regaña la Hermana que acaba de llegar.

— Él no ha sido —salta el pequeño para defenderle—. Brendan le ha pegado.

— Yo no veo a Brendan por ninguna parte, vosotros tres iros de aquí antes de que me arrepienta y tú —señala a Kean— creo que ya conoces el camino. Vamos.

Kean se levanta de mala gana, al pasar al lado de Flynn le susurra para que nadie más le oiga.

— Convéncelos.

Aiden mira con tristeza como su hermano se adentra en el edificio. Shane está dolido, sigue sin entender el comportamiento de su amigo y Flynn ve como el atisbo de esperanza se diluye entre las paredes del orfanato.

Capítulo 43

Aiden

Presente, 1985

El camarero le ha servido una copa a Brie y Eryn ha aprovechado para pedir otra. Siempre ha querido saber los detalles de la infancia de Shane pero él nunca se ha atrevido a detallarlos. Por eso nunca ha insistido demasiado, sabe lo que supone para él hablar del tema y a Aiden ni se lo imagina. Debió de ser horrible. Se estremece solo de pensarlo. Brie mira con los ojos muy abiertos a Aiden con libreta y bolígrafo en mano para apuntar los detalles.

— En el orfanato había castigos para todo —Aiden da un trago a la tercera cerveza de la noche—, te podían castigar sin comer si se caía el tenedor al suelo o te obligaban a sostener varios libros con los brazos estirados a cada extremo del cuerpo si hablabas más alto de lo que debías. También solían pegarte con la regla en los dedos si corrías por el pasillo. Había castigos para todo —repite en un suspiro.

Brie hace varias anotaciones en la libreta y vuelve a posar los ojos en él. Eryn está igual de interesada, no quita la vista de Aiden mientras coge de la mano a su marido.

— Esos eran los más leves —prosigue—, luego venía lo gordo. En el orfanato había una sala llamada la Habitación del Pecado donde algunos chicos pasaban la mayor parte del día. Para que te hagas una idea dentro de la habitación hicieron un agujero en la pared lo suficientemente grande para que un niño cupiera de rodillas. A los que castigaban les podía tocar una hora, dos o todo el día en esa posición. Cerraban una puertecita que dejaba a los chicos completamente a oscuras sin que pudieran moverse, el aire de aquel agujero estaba viciado, les privaban de su libertad y les mortificaban allí dentro todo el tiempo que les apetecía. Olía a humedad y putrefacción. Más de un chico se hizo sus necesidades dentro y nadie lo limpiaba jamás. Ya puedes imaginarte como olía aquello.

— Debió de ser horrible —murmura Eryn apretando suavemente la mano de Shane.

— No todo era malo —responde Shane encogiéndose de hombros—, había algunas Hermanas que de verdad se preocupaban por nosotros y nos levantaban los castigos. Aunque la mayor parte del tiempo estábamos aterrados.

— Exacto —prosigue Aiden—, quiero que quede bien claro en el artículo que no todas eran iguales. En ese lugar había buenas personas, pero también había gente horrible. Personas capaces de apalea a unos chicos por saltarse el toque de queda o colgarlos boca abajo en las ventanas de un primer piso por intentar abrir la Puerta Prohibida.

Eryn reprime un chillido y mira a su marido que está pálido.

— ¿Eso te ocurrió a ti? —Le pregunta con tristeza.

Shane no responde, se limita a clavar los ojos en la mano de su mujer y empieza a jugar con sus dedos rozándole la palma de la mano. Eryn está a punto de insistir cuando Brie la corta.

— Hemos dicho sin nombres —le sonrío con tristeza—. ¿Qué es la Puerta Prohibida?

— El infierno —murmura Shane.

Las chicas le miran sin comprender, Aiden suspira y se levanta.

— Necesito algo más fuerte —ya se ha terminado la cerveza—. ¿Queréis algo?

La pareja niega con la cabeza mientras Brie pega un salto de la silla y se acerca a él.

— Te acompaño, quiero otra copa.

Se dirigen a la barra y esperan a que les atienda el camarero, Aiden apoya los codos en la barra y baja levemente la cabeza. Brie le mira con compasión y le roza el brazo con suavidad. Él levanta la cabeza y sus ojos se cruzan.

— No me mires así —bufa.

— ¿Y cómo te miro?

— Con pena, sientes lástima por mí. Lo veo en tus ojos. La pena no sirve de nada, así que por favor, deja de mirarme así —Aiden esboza una sonrisa sincera.

— Lo intentaré, pero no te prometo nada —Brie le devuelve la sonrisa.

— Mientras no vuelvas a abofetearme —y no puede evitar reírse con esa sonrisa contagiosa que ilumina todo su rostro.

El camarero se acerca a ellos mientras limpia una copa.

— ¿Qué van a tomar?

— Una doble de bourbon —le indica Aiden y luego se gira hacia Brie—. ¿Qué te apetece? Invito yo.

— Lo mismo que él —señala a Aiden, el camarero asiente y empieza a preparar las bebidas—. No sé si lo recuerdas, hace unas semanas me dijiste que no eras nada interesante, pero tengo que contradecirte. Eres la persona más interesante que he conocido y creo que todavía me queda mucho por saber de ti. ¿Me equivoco?

— Como para olvidarlo, estabas acosándome en este mismo bar. ¿O acaso lo vas a negar?

Aiden ignora la pregunta de Brie y ella le sigue el juego. Quien calla otorga, eso piensa ella. Así que aún le queda mucho por saber de él.

— Ese día Eryn tenía que presentarnos, pero después de nuestros primeros encuentros creí que no era conveniente. Así que hui como alma que lleva el diablo.

El camarero les sirve las bebidas, es en ese momento cuando Aiden se da cuenta que la mano de Brie sigue acariciándole el brazo. Lo nota justo cuando ella la retira para coger el vaso y le deja una sensación de calor extraña en la piel. Vuelven hacia su mesa y pillan a la pareja discutiendo de nuevo, al llegar fingen normalidad, pero Aiden puede ver el nerviosismo en los ojos de Shane.

— ¿Seguimos? —Aiden pega un trago al bourbon y vuelve mentalmente al pasado—. La Puerta Prohibida era un lugar vetado para los chicos, estaba cerrada a cal y canto. Muchos chicos intentaron abrirla sin saber, los muy inocentes, lo que pasaba tras esa puerta —da varios tragos más antes de seguir—. En ese lugar los Hermanos de la Caridad abusaban de los niños.

Brie se cubre la boca con las manos y Eryn ahoga otro chillido.

— Era demasiado fácil. En ese lugar todo eran golpes, insultos y castigo tras castigo. Bastaba con que uno de ellos dedicara un par de palabras amables a uno de esos críos. Sabían muy bien cómo hacerlo, al principio les hacían sentir especiales y cuando tenían ocasión empezaban los abusos —cierra los ojos y da otro trago—. Los niños seguían siendo niños, muchos de ellos no entendían la gravedad de lo que les pasaba. Jugaban con el miedo y la vergüenza para separarlos de los demás y eso les funcionaba muy bien. Además, los tenían catalogados. Les regalaban un colgante con una cruz dorada a los chicos de los que se aprovechaban. Era su forma de marcarlos y diferenciarlos del resto. Todos los adultos sabían lo que pasaba, pero nadie hacía nada al respecto. Esos niños sentían que no podían confiar en nadie y eso cambia la vida a cualquiera, el orfanato era el infierno en la tierra.

Da el último trago a su bourbon y lo deja en la mesa, mira la cara horrorizada de Eryn, a Shane apretando los labios con fuerza y con la cabeza agachada mientras Brie hace varias anotaciones en su libreta para luego cerrarla.

— Tengo varias preguntas, pero supongo que no vas a responderlas, ¿verdad?

— No, eso es todo —se reclina en la silla—. Tienes material suficiente para tu artículo y recuerda, sin nombres.

Brie asiente con la cabeza, da un buen trago a su vaso y se levanta.

— Empezaré a redactarlo hoy mismo, las voces de esos niños merecen ser escuchadas. Sé que no ha sido fácil revivirlo, gracias —luego se gira hacia su amiga—. Espero no haberte causado muchos problemas.

Eryn fuerza una sonrisa y se despide de su amiga, luego Brie va contoneándose hacia la puerta y desaparece tras ella. Eryn los mira con intensidad y abraza a su marido.

— Que mal lo debiste pasar. No me extraña que haya gente que quiera venganza.

Capítulo 44

Kean

Pasado, 1970

Kean podría llegar a la Habitación del Pecado con los ojos cerrados desde cualquier rincón del orfanato. Le han castigado tantas veces que se sabe el camino de memoria. En la puerta de la entrada al orfanato hay un pequeño escalón con el que debes tener cuidado, tienes que pisar firme o puedes resbalarte y pegarte un buen golpe con el canto de la puerta. Una vez dentro giras a la izquierda y notas enseguida la brisa que entra por el ventanal roto. Da igual que sea verano o invierno, está en la posición exacta para que siempre entre el rebufo del aire y le recuerde a Kean que fue él quien lo dejó en ese estado. Esa vez merecía el castigo y él lo sabe, como no tenían pelota para jugar empezaron a lanzar piedras, la dinámica era conseguir que la piedra más grande llegará lo más cerca posible del orfanato. Kean ganó, por supuesto, eso dio como resultado un cristal roto que nunca nadie ha tenido intención de reparar y una visita a la Habitación del Pecado. Esa regañina se la merecía, como muchas otras, pero también había otras veces que no. Solía ser la cabeza de turco, como sabían que siempre estaba metido en líos a la que ocurría algo y él estaba cerca, le castigaban sin mirar si era cosa suya o no. Así que ya iba a la sala con resignación, con la cabeza agachada y rezando para que el castigo fuera breve.

Hoy ha hecho lo mismo, ha seguido en silencio a la Hermana hasta la Habitación del Pecado tarareando internamente el sermón que ya se sabe de memoria, se ha agachado y ha entrado de rodillas en la profundidad del agujero que cada día que pasa huele peor. Lo último que ha escuchado ha sido la voz de la Hermana diciendo que no saldría hasta que anocheciera, Kean se ha mordido la lengua porque para él en ese agujero siempre es de noche.

Aiden está en las escaleras que dan a la puerta del orfanato, enfurruñado con el mismo y con el mundo entero. Cansado de ver como castigan y atormentan a su hermano mayor sin ninguna razón, y aunque la tengan, esos castigos son terribles, o eso le han dicho. A él nunca le han castigado, su hermano no lo ha consentido y se ha responsabilizado siempre de todo. Nunca le ha faltado de nada y ahora que se está haciendo mayor entiende cada vez más el esfuerzo que hace para estar siempre sonriéndole cuando por dentro sufre. Le ha preguntado a Shane porque han castigado esta vez a Kean, pero en lugar de responderle se ha encogido de hombros y le ha dado la espalda, así que se ha quedado solo sentado en un escalón con la cabeza escondida entre las piernas y los brazos abrazando sus rodillas.

— En nada estará aquí, ya verás.

Aiden alza la cabeza en busca de esa voz, tiene la mirada emborronada por las lágrimas y le cuesta centrar la vista en ese rostro que está sentado a su lado. Se frota los ojos con la manga de la camiseta y se sorbe los mocos antes de responder a Flynn.

— Siempre está castigado —refunfuña.

— No siempre —Flynn suspira con pena—, pero a veces la toman con él. Como hoy. No creo que tarde mucho en salir. No ha hecho nada. Anímate, vamos a jugar.

Le da un pequeño codazo, pero Aiden niega con la cabeza.

— No quiero jugar, quiero a mi hermano.

— Pues no jugamos, ¿qué quieres hacer?

Aiden entorna los ojos, aprieta con fuerza los labios y juega con sus dedos.

— Dime que es lo que tramas con mi hermano.

— No sé de qué estás hablando —murmura Flynn—. Querías que fuera su amigo para jugar todos juntos, ¿no?

— No sois amigos —niega con la cabeza—. Conozco a Kean y sé que está preocupado por algo. Siempre hace lo mismo, se carga todo el peso del mundo a sus espaldas y no deja que nadie le ayude. Le han castigado muchas veces por cosas que no ha hecho, por tonterías que había hecho yo o por pelearse por mí. Pero no puede controlarlo todo, en algún momento tendrá que decir basta y empezar a vivir su vida.

— Lo hace para protegerte, porque te quiere. Es tu hermano mayor.

— Y yo ya no soy tan pequeño, puedo defenderme solo. Me gustaría que alguna vez fuera al revés, que yo le ayudara a él. Por eso quiero saber que estáis tramando, quiero participar y ayudar a Kean.

— Es complicado —Flynn se rasca la cabeza—, no es mi decisión decírtelo. Aunque creo que sería mejor que lo supieras, para que vigilaras a tu alrededor... Habla con Kean cuando salga del castigo. Dile lo mismo que a mí y seguro que te lo cuenta.

— Está bien —Aiden se ha animado un poco—, tiene que ver con el Hermano Liam, ¿verdad?

Flynn abre los ojos desmesuradamente.

— No pongas esa cara— responde con su voz de pito—, te he dicho que conozco a mi hermano. Cuando ese señor está cerca se tensa y baja la cabeza.

— Será mejor que hables con Kean y por favor, no te acerques al Hermano Liam.

Aiden está a punto de replicarle, pero la voz de una Hermana se adelanta.

— Chicos, entrad.

El sol se esconde al otro lado del edificio haciendo que la sombra de los chicos se alargue hasta la mitad del patio. Flynn deja ir un suspiro y mira a Aiden con ojos tristes.

—Vamos a cenar, ya verás como Kean saldrá pronto. Lleva todo el día encerrado.

—Ahora vengo —asiente Aiden— voy a guardar la pelota que con el viento que hace luego no la encontraremos.

Se levanta y baja de un salto los escalones sin mirarle, empieza a correr y se pierde entre la sombra de los árboles. Se deja caer al lado de un tronco y espera pacientemente a que Flynn entre en el edificio, aguarda un tiempo prudencial para asegurarse que ya está en el comedor y que no pueda detenerle. Aiden tiene claro que su hermano no comerá esta noche y que seguirán castigándole si él no hace nada. Quiere ser mayor y demostrarle a su hermano que no necesita que le proteja. Así que entra con sigilo en el orfanato para que nadie se percate de que está allí, pero inevitablemente se topa con Shane que baja a comer junto con Brendan y Connor.

—El comedor está en dirección contraria —dice Shane a modo de saludo.

—Eh, sí. Es que te estaba buscando.

—¿A mí? —Shane arquea la ceja.

—Sí, tengo que contarte algo —su voz tiembla de la emoción, se le ha ocurrido una idea y Shane podrá ayudarle.

Shane indica con un gesto a sus nuevos amigos para que le esperen y se acerca a Aiden con desgana.

—Tenemos que hablar con el Hermano Liam para que no castiguen más a Kean —dice en un susurro.

—No sé yo... —Shane recuerda la advertencia de Kean sobre ese hombre—. No es buena idea.

—Claro que lo es. Es por culpa de ese señor que le castigan, estoy seguro. Si le convencemos de que Kean es un buen chico le dejará en paz. ¿Me ayudas?

—Kean se lo ha buscado, por eso le castigan porque siempre está en problemas —murmura Shane con seguridad, aunque sabe que está mintiendo.

—Casi siempre ha sido por protegernos. Es justo que ahora lo ayudemos. Juntos contra el mundo, ¿recuerdas? —empieza a temblar de frustración.

Shane está a punto de decir algo, Brendan se ha acercado a los chicos y se mete de lleno en la conversación.

—Tío, nos quedaremos sin cena. Vamos —le ordena.

Shane asiente y mira con pesar a Aiden.

—Haz lo que quieras, yo voy a cenar —se encoge de hombros y da media vuelta.

Se ha quedado solo, pero no va a permitir que eso le detenga, así que da la espalda a Shane y se dirige a la sacristía. Tiene la esperanza de encontrar allí al Hermano Liam. A estas horas suele estar preparando los versículos para la misa del día siguiente. La capilla está a oscuras, cierra la puerta tras de sí para que nadie se entrometa y la poca luz que iluminaba la habitación se desvanece. Sabe bien que tendría que estar en el comedor y si alguna Hermana le ve tendrá que aguantar un buen sermón así que va a tientas por la capilla hasta llegar a la puerta que da a la sacristía. Un resquicio de luz se cuela por debajo la puerta, da dos golpes tímidos al portón y una voz pastosa resuena al otro lado de la puerta.

— Adelante.

Aiden entra en la sacristía, el Hermano Liam está ojeando la Biblia sentado detrás de una mesa de madera llena de ornamentos, junto a las páginas de la Biblia tiene el cáliz de oro que utiliza en las ceremonias. Puede percibir el olor a vino rancio desde el marco de la puerta. El Hermano Liam alza la vista hacia Aiden y lo mira con interés.

— ¿Qué puedo hacer por ti?

— Disculpe que le moleste —carraspea nervioso—, soy Aiden el hermano pequeño de Kean. Quería hablar con usted sobre mi hermano.

— Sé bien quién eres chico. Hace tiempo que me fijé en ti, eres un buen estudiante —sonríe con la misma voz pastosa.

— Gracias —Aiden también sonríe más relajado acercándose al Hermano Liam—. No sé si sabe que Kean está castigado en la Habitación del Pecado...

— Ah, sí. Pobre muchacho —acerca la mano al cáliz y da un buen sorbo al vino—. Se ha metido en una pelea según me han contado.

— Si... Digo, no. Es decir —balbucea—, es un buen chico. Siempre le castigan, pero casi nunca es por su culpa. Lo hace para protegerme. Para que los niños mayores no se metan conmigo.

— Vaya, vaya. Quieres mucho a tu hermano por lo que veo. Y supongo que has venido con la intención de que le levante el castigo, ¿verdad?

— Es que él no ha hecho nada... Si quiere puede castigarme a mí en su lugar. Así compensaré las veces que lo han regañado por mi culpa —se envalentona.

— Y dime... —el Hermano Liam intenta vocalizar—. ¿Esta vez lo han castigado por tu culpa?

— No, pero...

— Te voy a ser claro, muchacho. No puedo perdonarle el castigo, hasta donde yo sé es el único culpable. Aun así, quiero que sepas que estoy orgulloso de ti por defender a tu hermano. Pero lo justo es que sepas que él no hace lo mismo por ti.

Aiden lo mira extrañado.

— Kean y yo somos buenos amigos -se lame los labios-. ¿No te lo había dicho? Tenemos un secreto que solo comparto con los niños más especiales y pienso que tú eres muy especial. Eres listo y valiente. Pero Kean no opina lo mismo y me pidió que no te dijera nada.

— Miente —responde con seguridad—, si Kean ha dicho eso será porque cree que no estoy preparado. Se preocupa mucho por mí. ¿Por eso se pone tan raro cuando nos cruzamos con usted?

— Exacto, le preocupa que te cuente nuestro secreto. Pero creo que ya eres mayor para juzgar por ti mismo si estás preparado o no. ¿Eres mayor o sigues siendo un niño pequeño?

— Soy mayor —replica al instante.

— Entonces seguro que quieres saber que hay detrás de la puerta del piso de arriba.

— Está cerrada y no nos dejan entrar... —Aiden titubea.

— Pero yo tengo la llave. ¿No te mueres de ganas de saber los misterios que hay detrás de la puerta?

Los ojos de Aiden brillan de la emoción, el Hermano Liam se lame de nuevo los labios y sonríe.

— Eso pensaba. Vamos. Ahora no habrá nadie estarán todos en el comedor.

Se levanta con pesadez de la silla y se dirige a la puerta tambaleándose, cuanto más cerca está de Aiden más fuerte es el olor a vino rancio. Al pequeño le repugna ese olor, pero no logra asociarlo con la embriaguez del Hermano Liam. Nunca ha visto a nadie en ese estado así que sin pensarlo le sigue con curiosidad hacia la Puerta Prohibida.

El Hermano Liam hace la misma ceremonia con Aiden que la que hizo con su hermano mayor, le muestra la llave grande y robusta para que abra la puerta. A Aiden le tiemblan las manos de la emoción mientras introduce la llave en la cerradura. El Hermano Liam lo mira con una mezcla de lujuria y nerviosismo en los ojos. Algo que deseaba desde hace tiempo, se lame los labios observando al pequeño mientras este gira hace girar la llave hacia la derecha y con un pequeño empujón la puerta se abre para engullirle en una oscuridad de la que jamás podrá escapar.

Muy cerca de allí Kean está sumido en la oscuridad de la Habitación del Pecado, unas tinieblas que ya se han apoderado de su interior y con las que lucha cada vez que lo encierran. No lo sabe aún, pero siente que algo va mal. Tal vez es la vocecilla curiosa de Aiden que ha atravesado las paredes rocosas de las escaleras que dan a los túneles del infierno la que está avisando a Kean de que un peligro inminente le acecha. O puede ser que todos estos meses de horrores y gritos enmudecidos estén ganando la batalla haciéndole cuestionar el sentido de la vida. Un cosquilleo recorre su espalda, un pequeño temblor en su interior hace que las lágrimas salgan sin control. Todo lo que se ha negado a sentir sale sin avisar para hacerle explotar en un llanto irrefrenable. Sucumbe al dolor de sus rodillas llenas de rasguños por el suelo agrietado de esa cárcel, el pecho le oprime y no puede respirar, nota pinchazos en todas las partes de su cuerpo que el Hermano Liam ha rozado.

No puede más.

Empieza a gritar.

Capítulo 45

Aiden

Presente, 1985

Los demonios del pasado vuelven con fuerza esa noche, todos los recuerdos dolorosos le golpean uno tras otro en un sinfín de imágenes horripilantes que se instalan en su cabeza. Cuando ha hablado con Brie ha obviado la parte que más le atormenta, pero negarle esa verdad a la periodista no hace que desaparezca de su subconsciente. Al contrario, es el recuerdo que más le tortura y que clama por salir a la luz abriéndose paso poco a poco para teñirlo todo paulatinamente de rojo, allá donde Aiden mira solo ve sangre y fuego. Ve el sofá ardiendo junto a un charco de sangre mientras el humo se instala en su garganta. Se estremece al recordar esa sensación y se esfuerza por borrarlo de su mente. Ha deseado tantas veces intercambiarse por su hermano, él tendría que haber muerto en ese lugar. Si pudiera volver atrás tal vez haría las cosas de forma distinta, habría podido enfrentarse a esa gente de otro modo y tal vez seguirían todos vivos. Suspira. Esa ola de asesinatos solo acarrea más dolor y sufrimiento a su débil corazón. No cree que pueda aguantar mucho más. Todos se apoyan en él creyendo que el pasado lo endureció, pero la verdad es que está aterrado, solo se limita a seguir la corriente sin luchar contra ella. Sin pararse a pensar en las consecuencias, ve un problema y lo sorteja o lo soluciona, solo quiere vivir en paz. Como le hubiera gustado a su hermano, él merecía vivir sin todo ese sufrimiento que le atormenta a diario.

Escucha unos golpes en la puerta, mira extrañado el reloj y se da cuenta que es más de medianoche. Se ha quedado traspuesto en el sofá. Los golpes en la puerta son cada vez más insistentes, se acerca a la ventana y observa las siluetas de la entrada. Gracias a la luz de la farola puede ver el reflejo pelirrojo de la cabeza de Jack Evans. Aiden arquea la ceja, ¿qué hace ese tipo allí? Se acerca a la puerta antes de que la tire a bajo de una patada.

— Inspector, ¿a qué se debe el placer? —masculla de mala gana.

Jack Evans le ignora y entra en su casa sin pedir permiso, los dos policías que van con él le imitan. Uno de ellos sube a zancadas las escaleras hacia el dormitorio mientras el otro revisa la cocina y el baño. Aiden se queda plantando delante de la puerta observando la escena. Que un inspector de policía se presente en tu casa a medianoche no es buena señal y Aiden lo sabe bien.

— Si me dicen que buscan tal vez pueda ayudarles —se cruza de brazos.

El inspector no responde, se limita a mirarle fijamente mientras los dos agentes ponen la casa patas arriba. Aiden protesta cuando uno de los agentes empieza a levantar los cojines del sofá y exige una explicación, pero lo único que recibe es más desorden y los ojos inquisitorios de Jack Evans.

— Está solo inspector.

El policía que revisaba el dormitorio ha bajado y espera las instrucciones de Jack Evans, este asiente y clava de nuevo los ojos en Aiden.

— Detenedlo.

Aiden no puede creérselo. ¿Es así como termina todo? Vuelven a su cabeza las imágenes de ese día y la palabra asesino retumba en sus oídos. Ha perdido.

— ¿Con qué cargos? —Exige mientras uno de los agentes le esposa, nota el frío del metal en sus muñecas junto al clic del cierre de las manillas.

— Hay un testigo que te vio salir huyendo de casa de tu padre la noche que entraron a robar. Sabía que ocultabas algo.

Las imágenes se desvanecen de su cabeza junto a la palabra asesino y empieza a reírse como un loco intentando quitarse las esposas. Esos tipos no saben nada, están completamente a ciegas.

— Es una estupidez —reprocha Aiden mientras se lo llevan a rastras de casa—. Quiero hablar con Shane.

— Tranquilo, en el calabozo tendrás tiempo de sobra para hablar con él —responde impasible Jack Evans.

Han llegado a pie de calle, algunos vecinos han encendido las luces y observan tras las ventanas como el inspector coge de la nuca a Aiden y lo mete de malos modos en el interior del coche patrulla.

Capítulo 46

Kean

Pasado, 1970

Por fin le liberan del castigo, una novicia piadosa abre la puerta y le habla con dulzura.

— Pobrecito, he escuchado tu llanto. Creo que has tenido suficiente por esta vez. Todos están en la cama, toma este trocito de pan. Así no irás a dormir con el estómago vacío.

Kean se ha apresura en ponerse en pie y se limpia las lágrimas con el bajo de la camiseta.

— Gracias —responde una vez engullido el pan, la observa con cautela—. No la había visto antes.

— Hoy es mi primer día como novicia —dice orgullosa— y haré lo posible para abolir estos castigos. Anda, ve a dormir.

Kean asiente, una brizna de esperanza resurge en su interior mientras vuelve al dormitorio. Alguien está de su parte, las cosas podrían cambiar. Recorre el pasillo del ala superior y se acerca al camastro de su hermano para darle las buenas noches.

— ¿Enano? —su voz tiembla ante la cama todavía sin deshacer.

— Lo siento tío. No lo veo desde el atardecer, no ha cenado. Nadie sabe dónde está —la voz de Flynn retumba en su interior destrozando la poca esperanza que quedaba en él.

— ¡No me jodas! ¡Teníais que vigilarlo! —se vuelve en busca de Shane—. Eh, amigo. ¿Tú le has visto?

— Le vi antes de cenar, no quiso venir conmigo —responde después de saltar de su cama y acercarse a Kean—. Ya aparecerá —le aprieta el hombro para reconfortarle.

— No aparecerá —sabe muy bien donde está el pequeño y lo único que puede hacer—. Flynn dame la llave voy a buscarle.

Varios chicos han salido de sus camas y se han acercado para escuchar mejor. Flynn obedece y sumerge el brazo bajo el colchón buscando la llave.

— ¿Qué harás?

— Lo que habríamos tenido que hacer en un principio, enfrentarnos a él. A ellos. A los que sean. Nadie va a tocar a mi hermano —Kean está furioso, coge la llave que Flynn le ofrece, sale

corriendo de la habitación y se para delante de la Puerta Prohibida—. ¡Mierda! —Chilla al ver que la llave no funciona en esa cerradura.

— Te dije que abría la trampa, no esta puerta —Flynn titubea.

Todos los chicos le han seguido y la Hermana que duerme más cerca de su dormitorio ha salido de sus aposentos al escuchar los gritos.

— ¿Qué pasa aquí? —Su voz es una mezcla de enfado y preocupación.

Todos se giran hacia Kean, esperando que responda. Éste hace caso omiso a la pregunta y se gira hacia Flynn y Shane.

— Tenemos que sacarle de allí —susurra para que nadie más lo oiga—. Flynn consigue la llave de esta puerta y reúnete con nosotros a bajo. Shane y yo iremos por la trampa. Vamos.

Flynn asiente mientras Kean se aleja corriendo escaleras abajo. Shane sigue a su amigo por instinto sin saber que está pasando.

— ¿A dónde vamos Kean?

— Entraremos en los túneles, allí tiene a Aiden —responde Kean después de abrir la puerta principal.

— ¿Túneles? ¿Quién lo tiene?

— El Hermano Liam. Aiden está en peligro.

Un temblor recorre a Shane al recordar que el pequeño quería hablar con ese hombre. Intenta eliminar ese pensamiento de su mente. No le pasará nada, piensa. Después empieza a correr tras Kean y trepan la verja. No dejan de correr hasta llegar a la cabaña de madera. Shane sigue sin entender nada, pero la preocupación de su amigo se le contagia sin saber porque y no quiere dejarlo solo. Teme que pueda hacer alguna estupidez.

— Cuéntame que pasa —exige cuando entran en la cabaña y recobra el aliento.

— Es complicado.

Kean se arrodilla en el suelo para introducir la llave en la trampa, coge una antorcha y empieza a bajar por las escaleras. Shane no se separa de su lado, llegan a los túneles y el frío se cuela en sus huesos.

— ¿Qué hace el Hermano Liam con Aiden en este sitio?

— Nada bueno... No te he dicho nada antes porque es difícil de explicar —susurra Kean mientras se adentra en los túneles con paso acelerado—. Ese hombre no es ningún santo, hace cosas... Cosas malas a los chicos —titubea.

— ¿Cómo qué? Ya nos pegan en el orfanato. ¿Qué puede haber peor que eso? —Shane sigue

sin comprender.

—Nos obliga a tocarle y... también nos toca. Le gustan los niños —tiembla de rabia al decirlo en voz alta.

Shane se queda paralizado y mira a su amigo.

—¿Por qué no lo habías dicho?

—No es el momento Shane. Vamos, mi hermano está aquí con ese monstruo.

Shane asiente y reanudan el paso. Llegan al pasillo que da a la habitación donde Kean ha pasado muchas noches. Reza para que su hermano no esté detrás de la puerta. Se planta delante de ella y la abre con la mano temblando.

—¡No! —chilla con dolor.

El Hermano Liam está subiéndose los calzoncillos cuando entran y los mira con una sonrisa malvada en el rostro. Aiden está tirado en la cama desnudo boca abajo. Kean corre hacia él, le da la vuelta con cuidado y lo abraza. Está inconsciente.

—¿Qué le ha hecho?!

— No es tan dócil como tú —responde con la voz pastosa por el alcohol—. No quería colaborar así que no tuve más remedio que golpearle para poder seguir. Es culpa tuya —ríe.

— ¿Mía? —aprieta fuerte a su hermano contra él—. Es usted quien le ha hecho esto, es un monstruo. Se aprovecha de nosotros.

— Qué gallito estás hoy. Muchacho, te aconsejo que te calmes. Los dos sabíamos que iba a pasar. Hablaste de nuestro secreto con la Hermana Caitlín. ¿Creías que no lo sabría? Aquí no pasa nada sin que yo me entere. Por eso sabía, que además de tenerte a ti tendría también a tu hermano. Tarde o temprano romperías nuestro trato y yo podría ir libremente a por el chico sin faltar a mi palabra.

El Hermano Liam se da la vuelta para coger la sotana que ha quedado escondida en un rincón de la habitación. Kean suelta a su hermano, la rabia y el dolor le nublan la mente. Ve el candelabro que hay sobre el escritorio. Todo pasa muy rápido. Se acerca por detrás y le da un golpe con él en la espalda. El Hermano Liam se gira sorprendido, pero sin perder la sonrisa de superioridad, Kean no pierde un segundo y lo empuja con todas sus fuerzas. El sacerdote cae de espaldas, se da un golpe en la cabeza con el canto de la mesa y acaba en el suelo. La sangre empieza a brotar de la herida. El candelabro termina al lado del cuerpo, que con la ropa manchada en alcohol no tarda en arder. Kean abraza de nuevo a Aiden mientras la habitación se tiñe de rojo.

Capítulo 47

Aiden

Presente, 1985

Jack Evans está satisfecho, por fin ha logrado avanzar en el caso de Los Remendadores. Sabía que Aiden ocultaba algo y que un testigo le localizara en el intento de robo a su padre lo confirma. Ahora que lo tiene encerrado podrá investigarle más a fondo y encontrará alguna relación con el caso. Puede oler a los mentirosos a leguas de distancia y tanto Aiden como Shane apestan a patrañas. ¿Por qué sino ese trabajador social está metido en el caso de Los Remendadores? ¿Y qué relación hay con la muerte de su hermano? Algo se le escapa, pero tiene claro que pronto lo descubrirá todo.

Shane entra en el despacho de Jack sin llamar a la puerta, la abre furioso haciendo que rebote contra la pared y eso le da a Jack más motivos para sospechar.

— Suéltalo —exige sulfurado.

— ¿Al único sospechoso del caso? Jamás.

— Estás loco —niega con la cabeza—. ¿De dónde has sacado semejante gilipollez?

Jack se reclina sobre su silla y junta las manos encima de la mesa con una mirada airosa.

— Tengo un testigo que vio salir a Aiden corriendo tras el disparo de Henry.

— Ese testigo no es fiable —replica Shane—. Era de noche y había poca luz, podría ser cualquiera. Además, ¿por qué robaría a su padre?

— Dímelo tú. ¿Qué ocultáis? Sé que escondéis algo y pienso averiguarlo.

Shane se acerca con los nervios a flor de piel hacia el calabozo para ver a Aiden. Está en el sótano a unas puertas de su despacho, es una sala alargada en la que hay varias estancias divididas por paredes de pladur junto a un sinfín de barrotes que enjaulan a los presos antes de que los lleven a la cárcel. Esta noche el único que hay ahí es Aiden que está sentado en el suelo de uno de los calabozos con los ojos perdidos en algún punto del techo. Cuando ve a Shane se levanta y se acerca a él, aprieta las manos contra los barrotes y suspira. Siente que algo no va bien, su amigo evita mirarle a los ojos.

— No le des más vueltas, suéltalo.

— Alguien te sitúa en el asalto a la casa de Henry —le dice sin más.

— Eso es absurdo y lo sabes —chasquea la lengua—. Déjame salir.

— No puedo —gime—, ha sido Jack quien te ha detenido. Puede retenerte hasta setenta y dos horas.

— Entonces esperaré, no tiene nada contra mí. Tendrá que darse por vencido.

— Hay algo más... —Shane se retuerce las manos—. Cree que estás metido en el caso de los Remendadores, está investigando la muerte de tu hermano y sabe que hay algo que no cuadra.

Aiden deja caer los brazos y apoya la frente en los barrotes. Ha llegado el momento de la verdad, algún día tenía que pasar. Coge fuerzas para enfrentarse a ella y mira a Shane con intensidad. Va a contárselo, lo ha decidido.

— Sabía que terminaría salpicándome —suspira—. Tengo que contarte algo —mira de reojo la puerta.

— Estamos solos. ¿Qué ocurre?

Ahora es Aiden el que se retuerce las manos.

— Antes de que empezara todo esto recibí una llamada de Brendan, me citó en un pub con otros chicos del orfanato. Brendan llevaba la voz cantante, no dejaba de decir tonterías sobre que esas cosas que nos hicieron nos habían unido y que teníamos que hacerles pagar por ello.

— ¿Y lo sueltas ahora? ¿Después de tantas muertes? —Shane da un paso atrás de la sorpresa, mira a su amigo del alma y piensa que tal vez no le conoce tanto como cree.

— No es lo que piensas —niega—, no hablaban de asesinatos. Solo de justicia. Querían que contara lo que ocurrió con mi hermano. Pero eso significaría contar lo que hice —Aiden cierra los puños con rabia—. Me negué, le dije a Brendan que buscaran otro modo de superar el dolor y me fui de allí.

— ¿Entonces? —Shane suspira aliviado—. Tal como lo cuentas no parece tan horrible.

— Tú no viste los ojos de Brendan, quería venganza. Me da miedo que al no querer afrontar la verdad buscaran justicia de otro modo. Puede que yo empezara este sinfín de muertes sin saberlo —le mira con los ojos vidriosos, sigue temblando mientras busca consuelo en su amigo—. Me daba pánico contártelo y tampoco puedo acusarles de nada, no dijeron nada sospechoso. Cada día que pasaba me reconcomía más por dentro pero me lo callaba como un cobarde para no recordar el pasado. Y después de tanto tiempo no sabía cómo decírtelo. Soy un miserable —se deja caer al suelo y cubre la cabeza con sus manos.

Shane lo mira con tristeza, flexiona las rodillas y se coloca a su misma altura. Da dos golpecitos a los barrotes para que Aiden levante la cabeza.

— Mírame —le susurra—, tú no hiciste nada malo. Quiero que se quede bien gravado en tu cabeza. Tu no empezaste esta guerra, eras un crío que solo quería sobrevivir en medio del

infierno. No puedes martirizarte por los actos de los demás.

Aiden asiente y vuelve a esconder la cabeza entre sus rodillas.

— Te sacaré de aquí. Pero antes necesito saber los nombres de todos los que estaban en esa reunión.

Los enumera a todos, le cuenta lo que habló con cada uno de ellos y los comentarios que escuchó. Con eso Shane ya tiene por donde avanzar y con la promesa de que todo se solucionará le abandona en la soledad del calabozo.

Capítulo 48

Kean

Pasado, 1970

— ¿Kean?

Shane se ha quedado en el resquicio de la puerta todo el tiempo y tras sentir el calor de las llamas reacciona. Corre hacia su amigo y le zarandea.

— Tenemos que irnos de aquí.

Intenta arrastrarlo fuera de la habitación con todas sus fuerzas, pero Kean ni se inmuta, sigue abrazado a su hermano inconsciente y llora. Son lágrimas hechas de dolor, con mucha rabia acumulada y mezcladas con el miedo. Un miedo que no le abandonará hasta que vea corretear de nuevo a Aiden. Ha probado a despertarle, le ha susurrado entre sollozos, pero sigue con los ojos cerrados, toca su frente y la nota fría, empapada de un sudor gélido que le hace estremecer. Sabe muy bien el dolor que tiene el pequeño en el cuerpo, a él le ha acompañado los últimos meses y desea con todas sus fuerzas robarle ese dolor y quedárselo para él, para que Aiden pueda seguir siendo un niño, para que pueda sonreír como hasta ahora, iluminando su alrededor con sus ojos llenos de inocencia y felicidad. Pero ya nada será igual. Ha fracasado. Tiembla de rabia y empieza a toser. El humo ha llegado a su garganta y le cuesta respirar. A Aiden le afectará igual, piensa. Tiene que sacarlo de aquí. Deja de mirar a su hermano y levanta la cabeza, entonces ve a Shane que sigue zarandeándole y chillando. A Flynn haciendo aspavientos con las manos mientras ayuda a la Hermana Caitlín a apagar el fuego que ya ha quemado parte del cuarto.

— Mierda Kean, reacciona —las palabras de Shane se cuelan al fin entre sus pensamientos y vuelve a la realidad.

Se levanta de la cama sin soltar a su hermano y mira a su alrededor. Solo ve rojo, fuego en los muebles y sangre en el suelo, las llamas se abren paso y llegan a los pies de la cama haciendo que todo arda y purgando los pecados que se amontonan en la habitación, destruyendo cualquier prueba que hubiera contra el Hermano Liam.

— Tenemos que irnos —repite las palabras de su amigo y se dirige a la puerta.

Shane lanza un suspiro al verle reaccionar. Flynn le mira con los ojos muy abiertos y deja de intentar evitar que la habitación se consuma. Todos le siguen.

— No hay nada que hacer —la Hermana Caitlín se frota la frente con nerviosismo— no podemos apagar las llamas. Tenéis que irnos.

— El orfanato entero arderá si no lo paramos —Flynn no deja de mirar la puerta por la que se

cuela el humo.

—No, hijo. Las paredes de estos túneles son de piedra, se van a teñir de negro por el humo, pero las llamas no pasarán de esta habitación —le acaricia el rostro con una sonrisa afligida y luego se dirige a Kean con un posado más serio—. Si no quieres que te culpen por la muerte del Hermano Liam tendrás que hacerme caso.

Kean asiente entre lágrimas.

—Tenéis que volver por donde habéis venido. Así no podrán relacionaros con nada de esto.

—He estado chillando delante de la Puerta Prohibida, diciendo que quería entrar. Todos me han visto —niega con la cabeza—. No funcionará.

— Tiene que funcionar, solo eran críos. Ninguna Hermana te ha escuchado, tendremos que rezar para que no digan nada.

— Yo puedo hablar con ellos —se ofrece Shane— son nuestros amigos, no dirán nada. Te lo prometo Kean.

—No podemos entretenernos más, el humo ya estará llegando al orfanato. Dame al pequeño —la Hermana Caitlín estira sus brazos para coger a Aiden pero Kean lo sujeta con fuerza—. Tu hermano está débil, necesita un médico. No podemos perder más tiempo —insiste.

Kean no se fía así que Flynn interviene.

—Confía en mi madre. Todo saldrá bien.

Shane abre los ojos sorprendido, aunque no dice nada, eso no es lo más sorprendente del día. Ha visto algo aterrador y solo quiere que todo termine, así que no dice nada cuando Kean cede y deja que la Hermana Caitlín coja a Aiden.

—No tenemos mucho tiempo, ¡corred! —les insta Flynn antes de empezar a toser por el humo.

Kean se frota los ojos, mira a Aiden que sigue inconsciente en los brazos de la Hermana y empieza a correr junto a Shane. Corren tan rápido como pueden. Kean va delante guiando a Shane, mirando al frente, pero con los pensamientos en otra parte. Necesita que esto salga bien, no pueden culparle de la muerte de ese hombre. Fue un arrebato de dolor, un accidente, no quería matarlo, solo quería proteger a Aiden.

Llegan al último cruce, sólo les queda correr unos metros más y encontrarán la salida. Entonces escuchan un estruendo, el suelo tiembla bajo sus pies. Dejan de correr y se miran asustados, el ruido viene de sus espaldas. Kean teme lo peor, así que se da la vuelta y corre en dirección contraria. Shane le sigue con el mismo mal presentimiento que su amigo. No les cuesta encontrar el origen de ese temblor, está cerca del pasillo que daba a la habitación donde el Hermano Liam pasaba las noches. Tienen muy claro que es aquí, porque donde antes había un cruce entre varios caminos ahora hay un montón de rocas y polvo que les cortan el paso.

Capítulo 49

Aiden

Presente, 1985

Shane cumple su promesa, Gary le saca del calabozo al día siguiente por la tarde y se disculpa por lo ocurrido.

— ¿Dónde está Shane? —A Aiden le extraña que no sea su amigo el que le saque de allí.

— Por el momento será mejor que no os veáis —suspira con tristeza mientras abre la celda—. De verdad que lo siento. La versión del testigo se tambalea, era un señor mayor con problemas de visión y estaba medio adormilado cuando vio a ese chico corriendo a oscuras. Shane ha conseguido que Jack retire los cargos, pero no van a dejarte colaborar más con la policía. Al menos hasta que se resuelva todo este embrollo.

— No te sigo. ¿Qué me he perdido? —Aiden arquea la ceja.

Gary le indica con la cabeza que le siga, salen del calabozo y se dirigen a una habitación contigua para cerrar el papeleo de su liberación.

— Shane tiene problemas, ha salido a la luz información confidencial sobre el caso y están investigándole por posibles filtraciones —le explica mientras le da a Aiden varios papeles para firmar.

Aiden cierra los ojos, Brie ya habrá publicado el artículo. ¿Qué habrá contado?

— ¿Cómo saben que ha sido él?

— Porque el mismo lo ha confirmado —Gary se encoge de hombros—. Por el momento le han traspasado el caso a Jack. Te recomiendo que no pises la comisaría en un tiempo, hasta que no se calmen los ánimos. Jack sigue con la mosca tras la oreja.

Cuando terminan con el papeleo sale de la comisaría y va a ver a Henry. Cambiaron la cerradura cuando forzaron la puerta y Aiden olvidó coger una copia de las llaves así que llama al timbre y espera paciente a que su padre le abra entre resoplos.

— ¡Hijo! Ya creía que te pudrirías en ese calabozo —sonríe.

— No quería preocuparte —le abraza y cierra la puerta tras él.

— ¿Por eso no llamaste? Tu viejo puede aguantar el disgusto.

Aiden sonríe a su padre, se dirigen al comedor y esta vez es él el que llena dos vasos con bourbon, ve un periódico mal doblado en la mesita de centro y alarga la mano para cogerlo.

— Menuda habéis montado —Henry se sienta a su lado y señala la primera plana del diario mientras lee en voz alta—. Los Remendadores:  Asesinos o Justicieros? La verdad que nos han ocultado.

Aiden se sume entre las palabras del artículo hasta llegar a la firma de Brie Quinn.

— Es un buen artículo —opina Henry— salvo por el titular. Llama a la duda.

— De eso se trata, ño? Deja al juicio del lector la respuesta. Para que nos centremos en lo importante de la cuestión.  Qui n es realmente el monstruo? —Suspira—. Quiere hacernos empatizar con el dolor y que clamemos justicia.

— Vaya —Henry suelta una carcajada—, realmente te gusta esa mujer.

Aiden lo mira con los ojos bien abiertos y niega con la cabeza. Hay cosas más importantes en las que pensar.

— Han apartado a Shane del caso por este artículo, espero que haya valido la pena.

Capítulo 50

Kean

Pasado, 1970

Han intentado por todos los medios abrirse camino por la infinidad de rocas que cortan el paso hacia el orfanato y sin embargo no han abierto el más mínimo agujero. Son enormes y no tienen fuerza suficiente para moverlas. Tras varios rasguños en las manos y la insistencia de Shane dejan de intentarlo.

—Estaban mucho más lejos, no les ha pasado nada. Volvamos al orfanato —le ha dicho.

Kean decide creerle y con las pocas fuerzas que les quedan corren de nuevo hacia el orfanato. Suben por la trampilla, la cierran con cuidado y salen de la cabaña. Es plena noche, pero las luces del orfanato están encendidas. Luces azules, amarillas y rojas de los servicios de emergencia inundan la oscuridad robando protagonismo a la luna llena que les vigila desde las alturas.

Los chicos están fuera de sus camas con los harapos que tienen por pijamas. Observan desde el patio del edificio con caras asustadas como hombres uniformados entran y salen corriendo por la puerta principal. Las Hermanas están junto a ellos, contándolos con los dedos intentando recordar si falta alguno. Algún que otro Hermano se ha acercado desde su convento para ver el origen del revuelo, vecinos extrañados miran desde el exterior de la verja. Kean pasa por delante de todos ellos y busca con urgencia a Aiden.

—Kean... —una voz susurra a sus espaldas.

—Lo ves, te dije que estarían bien —sonríe Shane que no se ha separado de su amigo, se vuelve hacia Flynn y susurra—. El túnel se ha derrumbado. ¿Sabes que ha pasado?

—Hemos sido nosotros. Para cubrir vuestros pasos y que no pudieran seguirnos.

—¿Cómo? —Pregunta extrañado.

—Los túneles se construyeron hace años, se hicieron para entrar y salir sin ser vistos. Pero también para escapar si les perseguían, si sabes cómo hacerlo puedes impedir el paso a cualquiera. Habéis tardado mucho...

—Pensábamos que estabais atrapados. Hemos intentado abrirnos camino. ¿Dónde está Aiden?

—En el médico, su respiración era débil. Mi madre se lo ha llevado en cuanto hemos salido de los túneles. Yo me he quedado aquí para esperaros y que no os preocuparais.

—Quiero verle. ¿Dónde está? —Kean se dirige a la calle.

—No lo sé —Flynn lo detiene—. Tenemos que esperarla aquí, cíñete al plan.

Kean se frota la cabeza, necesita ver a su hermano. Ver que está bien, abrazarle de nuevo y decirle que todo saldrá bien.

—¿No te ha dicho a dónde se lo ha llevado?

—Estábamos algo ocupados resolviendo todo esto, lo siento, pero no le pregunté —replica.

—Esperaremos aquí —Shane apacigua los ánimos—. Aiden estará bien. Voy a hablar con los chicos para que no digan nada.

Shane se aleja, contento de ser útil. Le duele haber fallado a Kean, no piensa decírselo, pero quiere compensarle, y si para eso tiene que rogar a todos los niños del orfanato, lo hará. Kean se vuelve hacia Flynn.

—¿Qué les habéis dicho a las Hermanas?

Flynn suspira más tranquilo, comprueba que nadie les está escuchando y le explica lo sucedido.

—Después de derrumbar el pasillo hemos vuelto arriba...

—Eh, chicos —una voz grave les interrumpe—. ¿Os encontráis bien? Tenemos un equipo de emergencia para atenderos si necesitáis cuidados.

Un policía se acerca a ellos, su uniforme está lleno de hollín. Kean intuye que habrá estado en los túneles, lo mira con detenimiento, el policía es alto, pelo castaño y ojos marrones cansados.

—Estamos bien, gracias —responde Kean.

—¿Seguro? —El policía se fija en sus manos y rodillas llenas de rasguños—. Chicos, estamos aquí para ayudaros. Para lo que sea. Mi nombre es Henry Murphy, podéis confiar en mí —fija la mirada en Flynn—. Tu estabas allí, ¿verdad? ¿Puedes contarme que ha pasado?

—Eh, si... —titubea—, pero ya se lo he contado a otro policía.

—Lo sé, pero tal vez yo pueda ayudaros. Sé que es algo traumático, pero por favor, ¿puedes contarlo de nuevo?

Flynn asiente.

—No encontrábamos a Aiden y Kean ha pensado que tal vez se había escapado así que ha salido corriendo del orfanato para buscarle y Shane —lo señala— le ha seguido. Yo no estaba tan seguro de que se hubiera escapado y he pensado que tal vez estaba en esa habitación —se encoge de hombros— así que he ido a buscar a la Hermana Caitlín para explicárselo. Ha cogido la llave de la habitación y hemos entrado, se ha sorprendido mucho al ver una puerta donde normalmente hay una librería.

— ¿Habías entrado alguna vez en esa habitación?

— Nunca —niega con la cabeza— la llamamos la Puerta Prohibida, siempre está cerrada.

— Ajá —murmura el policía— ¿y no tenéis ni idea de que hacen ahí dentro?

— Había un montón de objetos antiguos, de los anteriores señores de la casa. Me ha contado que la dejan cerrada para que no rompamos nada jugando...

El policía no dice nada así que Flynn prosigue con su historia.

— Dentro no había nadie, así que hemos cruzado esa puerta y bajado las escaleras. Hemos olido el humo y nos hemos asustado mucho. El humo venía de debajo de una puerta, dentro estaba el Hermano Liam con el cuerpo envuelto en llamas y el pequeño estaba a su lado —Flynn empieza a sollozar—. Hemos intentado apagar el fuego pero ha sido imposible. Por eso nos hemos llevado a Aiden corriendo.

— Está bien, tranquilízate —le aprieta el hombro con afecto—. Si recuerdas cualquier otra cosa avísame. Ahora id a que os examinen.

Esperan a que el policía se aleje antes de volver a hablar.

— Mientes con demasiada facilidad —replica Kean.

— Toda mi vida es una mentira —se encoge de hombros—. Qué más da una más.

Se quedan en silencio hasta que Shane vuelve.

— Todo saldrá bien —asiente feliz.

La noche transcurre con lentitud, la policía toma declaración a todo el mundo mientras extinguen las llamas de los túneles. Kean está nervioso, la Hermana Caitlín aún no ha vuelto y no sabe nada de Aiden y que ese policía no deje de observarle lo pone todavía más nervioso. Sigue viendo rojo, a su hermano tendido boca abajo y la sonrisa del Hermano Liam sigue retumbando en sus oídos.

— Kean...

Alza la cabeza. Flynn está retorciéndose las manos con nerviosismo y no se atreve a mirarle a la cara. Su madre, la Hermana Caitlín lo mira apenada con lágrimas resbalando por sus mejillas. Kean busca con desesperación a Aiden, pero no está con ellos. Antes de que la Hermana Caitlín empiece a hablar ya sabe que no son buenas noticias.

— Lo siento pequeño, el médico ha hecho todo lo posible, pero estaba muy débil. Aiden ha... —titubea.

— No —niega Kean—, miente. Estaba bien, solo estaba inconsciente.

— Tenía un fuerte golpe en la cabeza y ha inhalado mucho humo. Está muerto.

La noticia le cae encima igual que un cubo de agua fría. Se tambalea, las piernas le flojean y se derrumba. No ha podido protegerle, contra la muerte no puede luchar.

Capítulo 51

Aiden

Presente, 1985

El artículo genera mucho revuelo, cuando Aiden llega a su trabajo ve como todos lo miran con compasión. Incluso Emma lo mira diferente. Está claro que todos han leído el artículo, lo que no sabe es el efecto que ha tenido sobre ellos. Se han expuesto a la verdad y ahora tendrán que lidiar con lo que llevan tanto tiempo enterrando. Al entrar en su despacho ve un sobre abultado en su mesa con la dirección y el nombre de Brie Quinn. Lo rasga por un lado y saca de su interior el periódico del día anterior junto a una nota escrita a mano con el sello de unos labios rojos en el extremo inferior del papel. Aiden lee la nota: *“La verdad puede ser un arma de doble filo, la mejor forma de manejarla es enfrentándonos a ella. Espero que el dolor que cargas desde esa noche se evapore con el tiempo.”* Esboza una leve sonrisa al imaginarse a Brie escribiéndola, una llamada le saca de sus pensamientos. Empieza a maldecir a Alexander Graham por crear ese condenado chisme.

— ¿Qué? —Masculla.

— Soy yo —escucha la voz grave de Brendan—, tenemos que hablar sobre el artículo.

Aiden se ríe.

— ¿Tienes miedo de que te relacionen con las muertes? Ya no tenéis escapatoria, tarde o temprano os descubrirán.

— Lo ha vuelto a hacer —le corta—, ha matado a la Hermana Alana.

— ¿Quién? —Aiden se lleva la mano a la cabeza.

— Ven a mi despacho.

Brendan cuelga el teléfono y deja a Aiden con la palabra en la boca. Otra muerte... No puede ser. El artículo era para cerrar de una vez por todas el pasado, no para que la sangre siga corriendo. Intenta localizar a Shane, pero Rosalin le dice que no puede pasarle la llamada. Vuelve a estar solo en medio de esa oleada de muertes, sintiéndose responsable de cada gota de sangre. Nota como los ojos de todos sus compañeros le miran de soslayo y se pone cada vez más nervioso. Solo hay alguien que pueda dar claridad a ese embrollo, ya no puede confiar en la policía así que irá solo a ver a Brendan para cerrar este bucle infinito de crímenes de una vez por todas.

Desde que ha salido de su oficina nota que algo no va bien, puede que sea su imaginación, pero se siente observado. Gira la cabeza y ve el perfil de una sombra en el callejón que acaba de

cruzar, no lo duda ni un segundo, da media vuelta y se dirige hacia allí. Si alguien le sigue quiere saber quién es.

— ¿Connor?

El chico está sentado en el suelo del callejón sujetándose las rodillas con las manos y balanceándose como si estuviera en una mecedora mientras le mira con los ojos muy abiertos. Parece enfermo.

— ¿Aiden, eres tú? —Entorna los ojos, después esconde la cabeza entre las piernas y gime—. Me he confundido —se lamenta entre sollozos.

— Eh, amigo —Aiden se arrodilla a su lado y posa la mano sobre su hombro para calmarle—. ¿Qué ocurre?

— Todo, la he cagado pero bien —empieza a reír como un condenado—. Y tú... —deja de reír y mira a Aiden con la cara desencajada—. No sabes nada de nada, te crees muy listo sentado tras esa mesa y no ves lo que pasa ante tus narices. ¡Todos somos culpables!

Connor empieza a chillar como un loco y después de eso empieza a convulsionarse.

— ¡Mierda!

Aiden se asusta al ver las sacudidas del cuerpo de su amigo y que solo pueda verle el blanco de los ojos no ayuda. Sale del callejón y empieza a chillar como un loco diciendo que necesita una ambulancia. Una mujer de una tienda cercana le dice que la ambulancia está en camino, después vuelve al callejón y coge de la mano a Connor que ha dejado de convulsionarse y se ha quedado inconsciente.

Capítulo 52

Kean

Pasado, 1970

Todo a su alrededor se para, no existe el frío ni el calor, solo su corazón bombeando con fuerza congelando el tiempo. Latiendo con intensidad, recordándole que Aiden no volverá jamás. El dolor se apodera de su cuerpo, los brazos y las piernas le tiemblan sin cesar, un hormiguelo le recorre de los pies a la cabeza, empieza a marearse. Esto no puede estar pasando, piensa. Cierra los puños con fuerza y empieza a chillar. Grita tan alto como puede para que el dolor escape, para dejar de sentir y para que Aiden le oiga y vuelva de entre los muertos.

Todas las miradas se vuelven hacia él. Shane corre a abrazarlo, no hacen falta palabras. Con la mirada perdida de su amigo ha comprendido la situación. El pánico se apodera de Kean. Ya nada será igual. Le ha fallado al pequeño.

—Quiero verle —rompe al fin el silencio.

La Hermana Caitlín mira desesperadamente a su alrededor, buscando ayuda para poder decir aquello que sabe que romperá el frágil corazón de Kean. La Hermana Viviana se acerca y mira a Kean con tristeza, sin ápice de maldad.

—Yo me encargo, Hermana. Ven Kean, hablemos a solas —Kean se levanta, la sigue con las piernas aún temblorosas hacia un rincón del patio donde los árboles cubren la luz y su rostro se vuelve aún más oscuro—. Hemos hecho todo lo posible para salvarle. Quiero que sepas que todas lamentamos la pérdida de Aiden. Mañana rezaremos una oración por su alma.

—Quiero verle —insiste.

—El caso es —suspira—, que no tenéis familia. Nosotras somos todo lo que tenéis y no tenemos mucho, ya lo sabes. Enterrar un cuerpo cuesta dinero y mantenerlo en condiciones antes de la ceremonia es todavía más caro. No nos lo podemos permitir, por eso el médico nos ha ofrecido una solución más rápida.

Kean la mira sin entender.

—Aiden ya descansa en paz, compartirá su descanso eterno junto a otras personas que no disponían de dinero para costearse un entierro propio. Mañana podrás visitar su tumba, aunque no encontrarás ninguna lápida con su nombre, tú sabrás que está allí.

—¿Lo han enterrado? —chilla fuera de sus casillas—. ¡Tengo que verle!

—Era lo mejor. Así podrás recordarle tal y como era.

Aun con las sombras de los árboles Kean ve la cara paliducha de la Hermana Viviana, sus ojos tristes y la pena adornando su rostro. Lo siente de verdad, es la primera vez que no la ve como su enemiga. Aunque no le importa, sin saberlo le ha hecho aún más daño. Sus palabras resuenan en su cabeza. Se da la vuelta y huye hacia la parte trasera del edificio, sin decir nada, sin mirar atrás. Se recuesta en el muro y cierra los ojos. La única imagen que ve, por más que intenta eliminarla de sus recuerdos, es a Aiden desnudo boca abajo. Así es como recordará a su hermano. La ira empieza a consumirle. Da un puñetazo contra la pared, el dolor se concentra en su mano. Da otro golpe. El dolor disminuye. Otro más. Las gotas de sangre empiezan a manchar las rocas.

Una mano le aprieta en el hombro.

— No será la primera vez que escuchas esto esta noche —suspira la voz—. Lo siento. Es difícil perder a alguien.

— ¿Se supone que tengo que darle las gracias? —Ha dejado de dar puñetazos contra la pared, no mira al policía, solo la mancha roja que ha dejado en el muro.

— Deberías —responde Henry con suavidad—. La muerte de ese Hermano no ha sido un accidente.

Kean se tensa, da media vuelta y le mira desafiante. No encuentra ira, ni odio en la cara de ese hombre. Sus ojos son amables y tristes al mismo tiempo.

— Tú y tus amigos estáis involucrados. Ese chico ha intentado protegerte con su historia, pero no se sostiene. ¿Quieres que te diga lo que ha pasado?

— Lo hará de todas formas.

— No me trates de usted —sonríe— me haces sentir mayor. Como he dicho antes, estoy aquí para ayudar. Pero para eso necesito saber la verdad. Así que, ahora que estamos solos voy a decir lo que pienso y tú me dices si se parece en algo a lo que ha pasado esta noche. ¿De acuerdo?

Kean sigue en silencio. Como no obtiene respuesta, sigue hablando.

— Bien. No encontrabas a tu hermano y has pensado lo peor. Así que has bajado a buscarle a ese túnel. Allí has visto algo horrible, algo que te ha hecho reaccionar instintivamente para protegerle. ¿Sigo? —Busca con los ojos algún rastro de emoción en los de Kean, pero el chico sigue con la misma mirada desafiante—. No querías hacerle daño, pero algo ha salido mal y ese hombre ha muerto. Aunque tú solo querías proteger a tu hermano. Lo que me lleva a hacer otra suposición. ¿Cómo conocías ese túnel? ¿Habías estado antes? Ese hombre, el Hermano Liam te había llevado allí, ¿verdad? Por eso sabías donde estaría Aiden.

Kean se mantiene en silencio, apretando con fuerza los puños y mordiéndose la lengua.

— Tu postura te delata. Veo cómo quieres ocultar el dolor, pero ya no hace falta. Lo que os hizo ese hombre no está bien. Tu solo te defendiste y tus amigos y esa Hermana lo están encubriendo —se rasca la barbilla—. En fin, si tú no quieres contarlo tendré que hablar con ellos.

Da media vuelta y empieza a alejarse. Un pinchazo recorre el cuerpo de Kean, no quiere que culpen a sus amigos de algo que ha hecho él.

— ¡Déjalos en paz!

El policía se vuelve hacía Kean y con una sonrisa comprensiva le anima a hablar.

— ¿Y bien? ¿Tengo razón?

— Fui yo —explota—. Yo lo hice.

Capítulo 53

Aiden

Presente, 1985

La ambulancia llega tras una eternidad, Aiden sigue cogiendo la mano a Connor mientras este continua inerte en el suelo del callejón. Los enfermeros salen de la ambulancia con una camilla y colocan a Connor en ella, le levantan un parpado y le enfocan con una linterna.

— Tiene las pupilas dilatadas —dice el enfermero.

— ¿Se pondrá bien?

— En unas horas lo veremos, tiene que expulsar la droga de su cuerpo.

Aiden se levanta para seguir a los enfermeros, pero uno de ellos le corta el paso.

— Ahora no puede hacer nada por su amigo, tenemos que examinarle. Venga al hospital esta tarde y podrá verle. ¿Sabe si tiene familia?

— No —suspira—, solo me tiene a mí.

— Entonces venga esta tarde. Se alegrará de ver una cara conocida cuando despierte.

Aiden asiente y deja que la ambulancia se desvanezca entre los demás vehículos. No ha entendido nada de lo que Connor le ha dicho. Puede que encuentre las respuestas en el despacho de Brendan. Los guardaespaldas que vigilan la puerta son los mismos que lo apalearon la noche que se peleó con él, los mira con detenimiento antes de atreverse a entrar. Uno de ellos se acerca a Aiden y le cachea, después abre la puerta y le invita a pasar. En el interior del despacho encuentra a Brendan dando vueltas de un lado a otro de la sala. Cuando lo ve va corriendo hacia él y le zarandea.

— ¿Por qué has tardado tanto?

Aiden se deshace de Brendan y lo observa, tiene las ojeras muy marcadas. Eso significa que no ha dormido esa noche y no deja de rascarse la cabeza con nerviosismo.

— A Connor le ha dado un ataque.

— ¿Qué hacías con él? —Entorna los ojos.

— ¿Y a ti que te importa? No he venido a hablar de Connor sino de los Remendadores.

Brendan bufá y vuelve a su mesa, se deja caer en la silla y mira a Aiden desde la distancia.

—Entonces no te ha dicho nada... —murmura.

—¿Decirme el qué?

—Lo habéis fastidiado todo, tú y esa jodida periodista.

—Querías que saliera a la luz, ¿recuerdas? —Espeta Aiden sulfurado—. Eras tú el que quería que se supiera lo que pasaba allí.

Brendan suelta una carcajada y mira incrédulo a Aiden.

—Solo has contado lo que te interesaba. ¿Qué hay de tu hermano?

— ¡Ni le nombres! —Explota Aiden—. Estoy cansado de tus juegos Brendan, dime lo que estás ocultando y me iré de aquí.

Brendan vuelve a rascarse la cabeza y se reclina en la silla, mira a Aiden con ojos pesarosos.

—Habéis avivado la llama, las muertes no pararán. Él no parará hasta terminar con todos.

—¿Quién es él? ¿Y cómo lo sabes? Estás metido de lleno, lo sé.

— Que te lo diga esa maldita periodista, fue ella quien lo entrevisto. No hay nada que me relacione con las muertes así que olvídate de mí. Chicos —llama a sus guardaespaldas—, quitadlo de mi vista.

Los gorilas entran en el despacho y cogen a Aiden por los hombros, se resiste todo lo que puede, pero son dos contra uno, así que se encuentra de nuevo tirado en la calle, pero esta vez en pleno día y con varias personas mirándole.

Capítulo 54

Kean

Pasado, 1970

Los días que siguen a la muerte de Aiden parecen interminables, el frío se apodera del corazón de Kean. Desde esa noche no ha derramado ni una lágrima. El entierro de Aiden fue bonito o eso le dijeron. No pudo despedirse de él, lo enterraron en una fosa común la misma noche en que murió, sin que Kean pudiera abrazarle por última vez. Al día siguiente las Hermanas improvisaron una pequeña ceremonia junto a la tumba donde su hermano descansaría el resto de sus días. Hicieron dos entierros ese día, el de Aiden, repleto de niños con ojos tristes y algún que otro habitante del pueblo que se acercó a conocer de primera mano la tragedia. Fue todo muy humilde, una corona de flores silvestres que los mismos niños habían improvisado a toda prisa y unas pocas palabras de las Hermanas junto a unos versículos de la Biblia. Muchos llantos y caras largas. Todos echarían de menos a Aiden.

El otro entierro fue el del Hermano Liam, un contraste chocante si se comparaba con el del pequeño. Un ataúd de pino arrojaba los restos del Hermano Liam, el tanatopractor había logrado ocultar las quemaduras del rostro después de un arduo trabajo. Por eso el ataúd de pino permaneció abierto durante las dos horas que duró la ceremonia. Lo vistieron con sus mejores galas para que el mundo entero pudiera darle el último adiós. Asistieron tantas personas que no cabían en la Iglesia, todos esperaron apaciblemente su turno para despedirse de aquel siervo de Dios. El señor le había llamado demasiado pronto a su lado, se lamentaban algunos. Nadie sabía la triste y oscura realidad, ese hombre era en realidad un monstruo. Los que lo conocían lo sabían, pero nadie lo mencionó en su oratoria. Lo escondieron. Ocultaron su horrible secreto para que nadie lo descubriera, ese secreto se iba con él a la tumba. Dejando su legado intacto.

Nadie hizo preguntas sobre que hacía en las catacumbas del orfanato, nadie dudó de su buena fe. Entre la policía y los bomberos ahogaron las llamas y aseguraron el lugar, para que las paredes de roca y fango no se quebraran e hicieran desmoronar el edificio. Aiden escuchó la llamada del señor, eso les explicaron las Hermanas. El Hermano Liam estaba introduciendo a Aiden en el mundo de la fe, por eso habían bajado a los túneles. Porque si Aiden quería ejercer como siervo de Dios tenía que entender los sacrificios que eso conllevaba, nada de lujos: soledad y silencio para escuchar la palabra del señor. Esa habitación en la que los dos habían encontrado la muerte era el lugar idóneo para que su fe se volviera más fuerte, pero ocurrió una desgracia y el señor se llevó sus vidas.

Nadie lo cuestionó. Hubo quienes tuvieron sus dudas, pero se mordieron la lengua. Nadie dijo nada al respecto. Los que realmente sabían la verdad respiraron aliviados en el entierro, nadie sabría jamás su secreto y los chicos podrían dormir sin temor a ser despertados por ese monstruo que los visitaba por las noches. Todos sintieron la pérdida de Aiden, pero esa pérdida les había dado tranquilidad. Todos se avergonzaban, pero sin quererlo lo celebraban. Ese accidente había

salvado sus vidas de seguir en el infierno. Por eso todos acudieron al entierro del pequeño. Shane y Flynn estuvieron en primera fila, aguantando las lágrimas y retorciéndose las manos con dolor. Dándole el último adiós al pequeño.

Fue un entierro bonito o eso le dijeron a Kean. Él no estuvo en el entierro. No porqué le hubieran detenido, nada ni nadie le impedía ir a despedirse de su hermano pequeño. Fue el mismo Kean quien decidió no ir y Henry, el policía con el que habló la noche de su muerte, notó su ausencia.

—No te vi en el entierro de tu hermano —le dice unos días después. Lo ha visitado varias veces desde esa noche, pero aún no se ha atrevido a tocar este tema.

—Él no tendría que haber muerto —responde con seguridad.

Henry le mira con amabilidad, ve un destello en los ojos de Kean que le recuerda a él. Así que espera paciente a que prosiga.

— Esa ceremonia fue una patraña, todos lo sabían y nadie se atrevió a decir nada. Él no tendría que haber muerto —repite—. Por eso no voy a despedirme de él. Le prometí que le protegería y fallé. No pienso volver a fallarle.

—Kean... —titubea el agente—. No quiero ser grosero, pero está muerto. Ya no puedes hacer nada por él.

—Voy a vivir su vida. A honrarle y recordarle para siempre. A partir de ahora soy Aiden.

La seguridad con la que pronuncia esas palabras sorprende al policía. Kean lleva muchos días sumido en esos pensamientos, sin su hermano el tiempo se ha parado y le duele a rabiar. No se lo merecía, no merecía un final así. Por eso ha tomado esa decisión y nadie le hará cambiar de opinión. Nunca volverá a perder a su hermano porque a partir de este momento él será Aiden.

Capítulo 55

Aiden

Presente, 1985

Tiene que volver a su oficina para buscar la dirección de Brie Quinn en el sobre y maldice que esté en la otra punta de Dublín. Baja por las escaleras a zancadas y coge un taxi para dirigirse a las oficinas donde trabaja la periodista.

Es uno de los edificios más altos de la ciudad, en la planta baja lo recibe un cartel enorme con el nombre del periódico, *Dublin Times*, iluminado tras un fondo negro que hace resaltar la tipografía blanca con la que han enmarcado todo el recibidor.

— ¿Puedo ayudarle en algo? —Se ofrece la recepcionista.

— Venía a ver a Brie Quinn.

— ¿Nombre? —Pregunta.

— Aiden Walsh.

La recepcionista hace un par de llamadas y le indica que se siente en uno de los sofás azul cielo dispuestos a un lado de la sala. Delante de ellos hay una pequeña mesa de mármol con infinidad de periódicos distribuidos de tal forma que da miedo tocar esa obra de arte de papel y tinta. Aiden atisba a ver el nombre de Remendador entre aquel sinfín de letras. Está tentado de coger uno cuando la chica de la entrada le indica que Brie Quinn le está esperando en la sala de reuniones que hay en el rellano del quinto piso. Asiente y empieza a subir las escaleras.

Brie Quinn está sentada en una de las sillas de piel blanca de la sala acristalada jugando inconscientemente con un mechón de su larga melena mientras espera a que Aiden llegue. Cuando ve sus ojos verdes pestañea con intensidad y le dedica una sonrisa con los labios rojos que la caracterizan.

— Por las escaleras, ¿eh? —Se burla.

— El ascensor no es lo mío, ya lo sabes.

Aiden se sienta junto a ella y señala el periódico que Brie sostiene con orgullo.

— Tenemos que hablar del artículo. ¿De dónde sacaste la información?

— ¿Qué te ha parecido? —A Brie se le iluminan los ojos—. Tuve que pedir un par de favores para que lo publicaran en primera plana, pero ha merecido la pena. Ahora todo el mundo sabrá lo

que pasaba en ese lugar y tendrán la justicia que se merecen.

— Brie —Aiden se pasa la mano por el pelo—, yo no te conté nada sobre las cartas ni del colgante que apareció en la última víctima. ¿Quién te dio la información?

— Dijimos sin nombres —responde entre risitas.

— Es importante —Aiden no sonrío—, ha habido otra muerte y nos han apartado del caso.

Brie abre desmesuradamente los ojos.

— Me lo contó Eryn, tu historia era muy buena y sabía que engancharía a todo el mundo, pero tenía que relacionarla con los crímenes para que saliera en todas las noticias por eso añadí algunas notas más al artículo. No creí que afectaría a vuestro trabajo.

— Tendrías que haberlo pensado antes —masculla de mala gana—. La culpa es mía por creer que podría resolverlo.

Aiden se cubre la cara con las manos mientras los fantasmas del pasado vuelven a golpearle con fuerza, jamás podrá escapar.

— No es culpa tuya —Brie le aprieta el hombro con suavidad—, lo que os hicieron es imperdonable. Créeme cuando te digo que no hiciste nada malo. Antes de conocernos te investigué, ¿te acuerdas?

— Para olvidar ese acoso —bufa.

— Te investigué a fondo lo reconozco y te seguí a escondidas durante un tiempo, por eso veo el dolor que tienes dentro y entiendo porque te lanzaste esa noche al lago.

Aiden la mira sorprendido. ¿Hasta dónde sabe esa mujer?

— Quieres acallar las voces de tu interior y borrar lo que pasó esa fatídica noche, por eso cambiaste tu nombre por el de tu hermano. Te sientes culpable de su muerte, pero tú no fuiste quien le mató. Deja de esconderte, Kean.

Aiden se levanta de un salto.

— ¿Cómo sabes todo eso?

— Tengo mis fuentes ya te lo dije y no te preocupes jamás se me ocurriría publicarlo. Mi trabajo es jugar con las palabras y sé que según el contexto se pueden malinterpretar, por eso no publiqué nada de la muerte de tu hermano y de ese hombre. Sé lo que ocurriría y no quiero que te encierren —le dice con intensidad—. No te lo mereces.

La cabeza de Aiden empieza a dar vueltas, no puede estar pasando. La palabra asesino vuelve a retumbar en sus oídos. Necesita terminar con todo de una vez.

— Eso no pudo decírtelo Eryn —ella no sabe nada, Shane no le traicionaría de esta forma—.

¿Quién te lo ha dicho? —Exige.

— Te dije que había entrevistado a varios chicos antes de hablar contigo, uno de ellos estuvo esa noche tras la Puerta Prohibida y me contó lo ocurrido. Tenía la esperanza de limpiar sus pecados y que con la verdad se resolviera todo.

— ¿Era Flynn?

Aiden cierra los puños con fuerza al darse cuenta de lo estúpido que ha sido. Siempre ha sido él. Se despide de mala gana de Brie Quinn y se apresura en ir al convento de los Hermanos de la Caridad, va a acabar con todo ahora.

Capítulo 56

Kean

Pasado, 1970

Aiden está tumbado en su camastro, los demás chicos están de pie listos para desayunar. Todos le sonrían con amabilidad cuando pasan al lado de su cama, nadie ha osado llevarle la contraria y llamarle por su verdadero nombre. Incluso las Hermanas han respetado su decisión.

—Kean, digo Aiden —se corrige Shane—. ¿Vienes a desayunar? Ayer no cenaste nada, tienes que comer.

—Dame unos minutos y bajo —masculla Aiden.

Su amigo desaparece por la puerta, no sin antes prometerle que le guardará sitio en el comedor.

—Eh —una voz llama la atención de Aiden que todavía sigue en la cama con los ojos cerrados—. ¿Tienes un segundo?

—Por supuesto —responde Aiden de mala gana y se incorpora, Brendan está de pie junto a su cama tocando con nerviosismo los rizos de su pelo—. Tu dirás.

—Sé que no servirá de mucho, pero lo siento. Aiden era un gran chico —suelta entre tartamudeos.

—Lo era —afirma Aiden—, por eso voy a seguir con su vida. Para que nadie le olvide —lo dice con una seguridad y serenidad espeluznante. Nadie sabe que en su interior el corazón se le rompe en pedazos cada vez que recuerda la última imagen que vio del pequeño.

—Si no hubiera sido tan orgulloso —sigue tartamudeando—, si ese día te hubiera hecho caso en lugar de pegarte un puñetazo...

—No sigas —la cara de Aiden se transforma por completo, la calma de su rostro desaparece y deja paso a una cara desencajada por el dolor—. Todos hemos sido víctimas de ese hombre, se aprovechó de que éramos unos críos inocentes. Se encargó de que desconfiáramos de cualquiera y nos alejó del resto del mundo. En tu lugar puede que hubiera reaccionado de la misma forma.

—Nunca lo sabremos...

—Exacto, ¿qué más da pensar en ello? Es agua pasada, tenemos que mirar al futuro.

Brendan asiente, Aiden da por finalizada la conversación y vuelve a tumbarse en la cama.

Brendan se dirige a la puerta cabizbajo, una vez allí algo le ronda la mente así que se gira de nuevo hacia él.

—Estas palabras no son tuyas. ¿Es eso lo que te dice ese policía cuando viene a verte?

Aiden no responde así que Brendan insiste.

—Tuviste algo que ver en la muerte del Hermano Liam —afirma con rotundidad—. No lo niegues, Shane nos pidió que no contáramos nada de esa noche. No necesito ser un lumbrera para sumar dos más dos.

—Fue un accidente —responde sin girarse.

—Claro —una sonrisa endemoniada se apodera del rostro de Brendan—, y aunque no lo fuera. Bien hecho. Era lo que había que hacer.

Los días pasan y Aiden se esfuerza en sonreír, esconde el dolor en lo más profundo de su alma y sigue adelante con su vida, con la vida de su hermano muerto a sus espaldas. En el orfanato las cosas han estado muy tranquilas, exceptuando la investigación policial, claro. Puede que sea por la presencia de ese policía o tal vez el temor de que realmente fuera capaz de matar al Hermano Liam, no sabe lo que es, pero los castigos han desaparecido. Las Hermanas fingen la misma sonrisa cuando se cruzan en su camino. Entre mentirosos se conocen, por eso Aiden sabe muy bien que están fingiendo, con una naturalidad espantosa. Tiene muy claro que cualquier día le explotará en la cara. Las sonrisas son cada día más forzadas y las visitas constantes de Henry no les gustan nada a las Hermanas. Los chicos no opinan lo mismo, gracias a ese hombre pueden vivir con tranquilidad. No ha habido más castigos en la Habitación del Pecado, ningún golpe, ni insultos. El temor que se respiraba cuando a un chico le caía un cubierto en el comedor ha desaparecido, se respira calma.

—Una calma forzada —opina Flynn—. En cuanto ese policía se canse de ti todo volverá a ser como antes.

—Tienes que confiar en él —afirma Aiden mientras se lleva una cucharada de sopa a la boca.

—Ya te dije que yo no me fío de nadie. Si fuera tan legal como dices toda esta gente estaría en la cárcel y siguen campando a sus anchas.

—No hay pruebas —suspira—. Se quemaron, y por triste que sea, nuestra palabra no tiene ningún valor contra la de ellos. Ellos sirven al señor, ¿quién nos creería antes que a ellos?

—Eso es lo que te ha dicho ese tipo. ¿Cuándo te has vuelto tan confiado?

Henry ha venido a verle casi cada día desde esa fatídica noche, volcó toda su ira contra él, le explicó como sabía dónde estaría su hermano, todos los castigos a los que les habían sometido. El terror y el dolor en el que vivía inmerso y la inevitable y accidentada muerte del Hermano Liam. Él escuchó paciente todo lo que Aiden tenía que decir y después lo abrazó. Lo abrazó tan fuerte que Aiden pudo notar como le latía el corazón. Se deshizo en lágrimas junto a ese desconocido con la promesa de que lo solucionaría.

—No vivirás con miedo nunca más —le había dicho.

Se encargó de toda la investigación, cerró la trampilla que había en la cabaña derrumbando parte de las escaleras para que nadie encontrara esa entrada. Cualquier comentario o prueba que situara a Aiden en ese túnel la descartaba, hizo lo que estuvo en su mano para que las palabras muerte y Aiden no fueran de la mano. Así que nadie lo culpó de esa muerte, el caso se cerró como un terrible accidente y permitieron que se recordara al Hermano Liam como un gran hombre, sin que le salpicara la verdad y a Aiden fuera de la ecuación.

—Esto no soluciona nada —se había lamentado el chico—. Ese hombre era malo.

—Todas las pruebas apuntaban hacia ti, si las utilizo podremos demostrar la verdad, pero te acusaran de su muerte. Aunque fuera un accidente. Y eso te perseguirá el resto de tus días. Todavía puedes vivir tu vida, sin tener una etiqueta puesta. Puedes ser quien tú quieras.

—¿Y a ellas? ¿No les pasará nada? Los castigos que nos aplican no son normales.

—No puedo hacer nada, no hay ninguna prueba. Ningún jurado creería antes a un niño que a una monja. Lo siento, pero si no puedo demostrarlo no puedo hacer nada.

—Me prometiste que me ayudarías. Que no habría más dolor.

—Y eso quiero. No puedo solucionar lo que pasa en este orfanato, pero puedo salvarte a ti. Había pensado, eh... —Henry cogió aire y soltó lo que llevaba días pensando— en adoptarte.

—¿Adoptarme? —repitió pausadamente.

—Lo he hablado con mi mujer —sonrió—, nos está costando tener hijos y es algo que anhelamos tener de todo corazón, pero los médicos nos han dicho que las probabilidades de que seamos padres son escasas. Ya habíamos perdido toda esperanza cuando te conocí. Te prometí que nunca más deberías tener miedo. Eres listo, sabes que no puedo clausurar este lugar, pero puedo ayudarte. Puedo darte un hogar. Una familia.

—Ya tenía una familia... —tartamudeó— Mi madre murió y después lo hizo mi hermano. Ya no me queda nada.

—No quiero reemplazar su lugar, solo que, había pensado que tal vez podía ser una opción. Piénsalo, ¿vale?

Y Aiden se lo pensó, pensó en ello a diario. Aún está pensando en ello ahora, mientras Flynn le recrimina que el policía no les ayudará. No se lo ha contado a nadie, primero porque no sabe que responder, irse con él implicaría dejar a todos sus amigos. Le ha costado mucho hacer amigos, pero ahora ya no son solo Shane y él, también están Flynn, Connor y hasta con Brendan se lleva bien o por lo menos se toleran. Algo impensable hace un tiempo. Han pasado unos pocos meses desde la muerte de su hermano y empieza a levantar cabeza, a esbozar pequeñas sonrisas, aunque por la noche se despierta entre sudores. Sabe que jamás lo superará del todo y ese lugar es un recuerdo constante de lo que sucedió, tal vez no sea mala idea cambiar de aires y Henry parece una buena persona. Es el primer adulto en el que ha confiado después de la muerte de su madre,

una brizna de esperanza se cuele en el alma de Aiden. Puede que sea la mejor opción. Abandonar el orfanato, irse con el policía y no mirar atrás. Pero, ¿qué hay de sus amigos? Si se va, quien sabe lo que pasará con ellos. Las Hermanas pueden retomar los castigos o peor aún que algún Hermano siga los pasos del Hermano Liam. No puede dejarlos solos.

Ha salido al patio a pensar, necesita un poco de silencio entre tanto ruido. Los pensamientos se amontonan y no le dejan ver con claridad. No ha terminado de formular uno que otro se le cuele en medio y le rompe todos los esquemas. Antes de la muerte de su hermano podía pensar con más claridad, tenía algo a lo que aferrarse. Cuando tenía dudas de cómo actuar siempre había una prioridad, su hermano. Ahora no hay nada. Nada por lo que guiarse. Dolor. Soledad. Ira. No queda nada bueno en su interior, ha perdido lo más importante de su vida. La alegría que le transmitía el pequeño es un recuerdo vago de todo lo que representaba para él. Esa inocencia que le caracterizaba le hacía brillar y le guiaba por el buen camino. Para protegerlo a toda costa, pero ahora ya no está. Solo queda él. Nadie más.

—Cuesta sobreponerse de algo así —la Hermana Viviana se sienta a su lado en las escaleras—. La muerte no es el final del camino, piensa que ahora está en un lugar mejor.

—Por favor, déjelo —Aiden aprieta los puños con rabia—. No está en un lugar mejor, mi hermano está bajo tierra. Jamás volverá.

—Esa boca niño —le recrimina la Hermana—, si piensas así algo hemos hecho mal. Dios es nuestra salvación, tu hermano ahora está con él. Se acabó su sufrimiento.

—En eso tiene razón —acepta—, para él ya no habrá más sufrimiento ni castigos, no habrá nada.

—Hemos sido muy pacientes contigo. Creo que ya es hora de que dejes de lamentarte, no podemos hacer nada con los designios del señor. Aiden escuchó la llamada del señor y...

—¡Cállese! —revienta—. No hacen más que mentir, mienten sobre su muerte y sobre la del Hermano Liam para ocultar el monstruo que era en realidad. Dígame, ¿al señor le gustaba que el Hermano Liam se aprovechará de los niños?

—Pero que sandeces son estas —exclama—. Te prohíbo que vuelvas a decir eso. No son más que tonterías.

—No tiene poder sobre mí. ¿Qué hará? ¿Castigarme de nuevo? ¿Esos castigos también son obra de Dios? No son más que unas hipócritas.

Aiden nota un picor en la mejilla, después escucha un sonoro plaf, no ha visto venir la bofetada. Se lleva la mano a la mejilla sonrosada del golpe.

—A tu habitación, ya.

Los ojos de la Hermana Viviana arden de ira, lleva tiempo guardando la rabia en su interior y hoy ha explotado. Vuelve a ser ella, la mujer más temida del orfanato, de la que todos se esconden. Y Aiden no le queda más remedio que seguir sus órdenes. Todos en el patio han

presenciado la discusión, todos han escuchado como le envía castigado a su habitación y eso solo significa una cosa.

Flynn busca desesperadamente a su madre, la habitación de los chicos está cerrada a cal y canto y Aiden está dentro. Tienen que sacarlo de allí antes de que reciba su castigo. La encuentra en sus aposentos junto a la Hermana Alana.

Al verlo con ese nerviosismo en los ojos se levanta apresuradamente.

—Flynn, ¿qué pasa?

—Lo van a castigar.

— ¿A quién, hijo? —Susurra.

—Aiden. La Hermana Viviana lo ha mandado encerrarse en la habitación. Ya sabes lo que eso quiere decir.

—Bueno, cielo—mira de reojo a la Hermana Alana y susurra—. Si la Hermana Viviana le ha castigado algo habrá tenido que hacer él, ¿no?

—Decir la verdad. Eso no merece un castigo.

—No puedo hacer nada, lo siento —se lamenta.

— ¿Nada? ¿De verdad? ¿Después de todo? Es culpa nuestra, todo. No voy a dejar que lo castiguen.

Flynn sale corriendo hacia la habitación de los chicos. La puerta está abierta y escucha las voces de Shane y Aiden. Cuando entra en la habitación los encuentra en el suelo cubriéndose la cabeza, cuatro Hermanos están encima de ellos dándoles puntapiés. La Hermana Viviana lo mira con una sonrisa de superioridad desde la esquina.

Cinco minutos antes Aiden estaba encerrado en la habitación, dando golpes a la puerta para abrirla. Fuera estaba Shane haciendo lo mismo. Los dos sabían lo que implicaba ese castigo y más después de todo lo ocurrido. Por primera vez en meses el corazón de Aiden volvió a latir con fuerza, volvió a sentir miedo. Cuando por fin la puerta se abrió Shane entró empujado por cuatro Hermanos, Bran, Cillian, Ardal y otro que no conocían. Detrás como siempre estaba la Hermana Viviana. Los arrinconaron en una esquina y empezaron a pegarles. Era su forma de silenciarles, de apagar la verdad.

Cuando llegó Flynn y vio el panorama no dudó en defender a sus amigos, ya eran tres contra cuatro, pero aun así recibió algún que otro golpe. Una voz grave resonó por toda la habitación.

—Policía, pongan las manos en alto.

Los Hermanos dejaron de dar golpes al instante y miraron sorprendidos a Henry Murphy que los apuntaba con una pistola.

—¿Cómo se atreve? Esta es la casa de Dios, no puede apuntar a sus siervos con una pistola.

—Y ustedes no pueden maltratar a unos niños indefensos.

—¿Indefensos? —replica la Hermana Viviana—. Ellos mataron al Hermano Liam y usted lo está ocultando. Estamos haciendo justicia.

Henry piensa en la escena que acaba de presenciar, la Hermana Viviana con fuego en los ojos y los Hermanos con los puños cerrados en posición de ataque mientras los chicos están tirados en el suelo mirándolos con miedo.

—Van a tener que acompañarme a comisaría —sentencia Henry.

Capítulo 57

Aiden

Presente, 1985

Flynn ha jugado bien sus cartas, se ha unido a aquellos que tanto odia y se fue de la reunión de Brendan como si con él no fuera la cosa. Ha fingido todo este tiempo llorando las muertes y repudiando los asesinatos, haciendo ver que tenía miedo de su sombra. Contarle a Brie Quinn la muerte del pequeño era el broche de oro a su interpretación, quería eliminar toda sospecha que le señalara a él y volcar toda la mierda sobre los demás.

Lo ha tenido siempre delante.

Aiden se maldice. También maldice al Hermano Frank cuando le dice que no sabe nada de Flynn desde ayer. Solo le queda ir al convento de las Hermanas de la Caridad y rezar para que esté allí. Si puede demostrar que es uno de ellos los demás irán cayendo por su propio peso, pero primero necesita encontrarle.

Cuando llega al convento de las Hermanas la policía aún está allí, la verja de la entrada está entreabierta y aprovecha para colarse. Algunas Hermanas lo reconocen al entrar en el comedor y lo miran asustadas. Aiden resopla. Siguen creyendo que es culpable, localiza a la Hermana Viviana en una de las mesas y se dirige hacia ella.

— ¿Ha visto a Flynn? —Le pregunta de malos modos.

La Hermana Viviana entorna los ojos y lo mira con esa furia que la caracteriza.

— Dirás el Hermano Flynn. No está aquí y tú tampoco deberías estarlo.

Aiden va a replicar cuando Gary le sorprende por detrás.

— ¿Qué haces aquí? Si Jack te ve...

— Sé quién ha sido —responde con seguridad—. Fue Flynn.

— ¿Tienes pruebas? —Arquea la ceja.

Aiden titubea, no tiene ninguna prueba, solo suposiciones. Pero lo tiene tan claro... Si Shane estuviera aquí no dudaría de él, sobre todo porque no tendría que ocultarle lo de esa noche. Es difícil explicarse sin poder contar toda la verdad.

— Sólo puede ser él... Nos mintió a todos y no saben dónde está. ¿Por qué se escondería sino?

— Porque os tiene miedo —interviene la Hermana Viviana con rabia.

Entonces cae en la cuenta, solo hay una forma de demostrar su culpabilidad y, como Flynn, la ha tenido delante todo el tiempo. Vuelve a maldecirse.

— Los túneles —anuncia—, me dijo que estaban cerrados y que el mismo lo comprobó cuando empezaron las muertes.

Aiden sale corriendo del comedor y se dirige hacia la planta superior, Gary le sigue sin entender nada. Cuando llegan delante de la Puerta Prohibida a Aiden le recorre un escalofrío.

— Mi hermano murió tras esta puerta —le explica a Gary—, hay unos túneles que conectaban el orfanato con el exterior. El día que murió se derrumbaron parte de los túneles y los bloquearon para que no entrara nadie más, pero si estoy en lo cierto y los han vuelto a abrir demostraría que Flynn está detrás de esto.

La Hermana Viviana llega a duras penas, resopla con cada paso mientras mira airada a Aiden.

— Eres un impertinente. Pero adelante —levanta los brazos—, entra y verás como no hay nada. Yo misma me aseguré de que lo cerraran después del incendio.

Gary quiere saber a donde lleva todo esto así que mira alternativamente a la Hermana Viviana y a Aiden que siguen en medio de un duelo de miradas y gira el pomo de la Puerta Prohibida.

— ¿Ves? —La voz de Gary suena a decepción, en parte le hubiera gustado resolverlo.

La habitación que recordaba Aiden era oscura, con la ventana tapiada y con muebles amontonados unos encima de otros. Lo que hay ahora es un bonito despacho iluminado por la luz del sol con unas elegantes librerías en el fondo de la sala. Pero Aiden no se da por vencido, va hacia las librerías y las observa con detenimiento. Son tres piezas distintas que juntas simulan un único y gigantesco mueble, el del medio es distinto a los demás, su color es más oscuro mientras que las librerías de las esquinas están más desgastadas por el paso de los años. Aiden recuerda perfectamente que en medio de esas dos librerías había una puerta.

— Ayúdame a moverla.

Entre él y Gary arrastran la librería del medio y dejan al descubierto una puerta medio rota de madera vieja.

— Eso no demuestra nada —la Hermana Viviana no puede evitar mostrarse sorprendida—. Puede que lo cerraran en el último peldaño de las escaleras —lo dice sin siquiera creérselo.

— Lo comprobaremos —Gary abre la puerta que da a los túneles y ve una antorcha colgada de la pared rocosa, saca un mechero de su bolsillo y la enciende—. Vamos.

Él es el primero en bajar, no avisa al inspector Jack ni a ningún compañero, si realmente hay algo ahí abajo quiere encontrarlo y colgarse el mérito. Lleva tiempo esperando una oportunidad así y no va a dejarla escapar. Aiden lo sigue con las piernas temblorosas, no puede evitarlo, ese

lugar es una fuente de recuerdos dolorosos. Tras él está la Hermana Viviana, que por la cara que pone, realmente creía haber cerrado ese lugar.

Llegan al último peldaño y entran en los túneles, el olor a humedad y polvo es el mismo que recordaba, los largos pasadizos llenos de puertas corroídas por el tiempo siguen allí.

— Esto es enorme —Gary está perplejo mientras se adentra en los túneles—. ¿Hasta dónde llega?

— Daban a una salida que estaba a varias calles del orfanato, se cerró cuando murió mi hermano. Era un descampado lleno de montículos de arena con una pequeña cabaña en medio, removieron toda la tierra y construyeron varios pisos. Esta es la única entrada y salida.

— Iluso —la Hermana Viviana chasquea la lengua—, esa era una de las salidas. ¿No creerás que un lugar tan grande tenía una sola salida?

Aiden se maldice de nuevo, se convenció de que aquellas eran las únicas puertas que daban a los túneles, no pensó más en ello cuando Henry le dijo que había cerrado las entradas. Sólo quería pasar página, pero estaba claro que el pasado seguía latente para recordarle todos sus errores.

— ¿Lo habéis oído?

Gary se detiene, llevan unos minutos andando entre ese sinfín de caminos y ahora han empezado a escuchar unos golpes que vienen del fondo del pasadizo.

— Puede que sea Flynn —dice Aiden en un susurro.

— Poneos los dos detrás de mí —ordena Gary mientras saca la pistola.

Ambos asienten y le siguen en silencio, los golpes resuenan cada vez más hasta que llegan a una puerta de madera medio rota. Gary les indica que se aparten, apoya la antorcha en la pared rocosa y da una patada a la puerta mientras apunta con la pistola al interior de la sala.

— ¡Policía! Ponga las manos en alto —exige desde el resquicio de la puerta.

— Para eso tendría que desatarme antes —susurra una voz que sale de la habitación.

Gary enfoca la habitación con la antorcha y junto a un suspiro les indica a los demás que no hay peligro. Aiden se adentra en la habitación con Gary que corre a desatar a un chico que está atado de pies y manos, Aiden se apresura en ayudarlo, la cuerda que inmoviliza las manos del chico está atada a unos grilletes clavados a la pared de piedras. Cuando por fin logran desatarlo el chico se levanta y la Hermana Viviana no puede reprimir la sorpresa.

— Santo Dios —exclama mientras se santigua.

Aiden la mira sin entender, después repara en el chico y se fija en todos los detalles que alcanza a ver con la llamarada de la antorcha. Ojos verdes, pelo castaño y la cara plagada de pecas, igual que él. Igual que su hermano pequeño.

— ¿Enano? —balbucea.

El chico lo mira y entorna los ojos.

— ¿Kean? —niega con la cabeza—. No, me dijeron que habías muerto.

Entonces el chico da un paso hacia él, le falla la pierna y gime. Luego se desploma en el suelo. Gary lo examina y lo coge en volandas.

— Rápido —apremia—, necesitamos que le vea un médico. Tiene una herida de bala en la pierna.

Lo siguen por los túneles hasta llegar al convento, una vez fuera suben al coche patrulla de Gary y llevan al muchacho al hospital.

Capítulo 58

Kean

Pasado, 1970

Son días muy confusos, los chicos se quedaron en el orfanato mientras Henry se llevaba a la Hermana Viviana y a los Hermanos a comisaría. No fue algo público, nadie fuera del orfanato sabía nada. Esa misma noche la Hermana Alana les reunió a todos en el comedor y les dijo que habían trasladado a la Hermana Viviana a otro lugar. A partir de ahora no estaría nunca más entre ellos. Y lo mismo para esos cuatro Hermanos. Muchos suspiraron aliviados, el terror que procuraba la Hermana Viviana se desvaneció con ella. La Hermana Alana, para sorpresa de todos, anunció el cese de los castigos.

Aiden se esfuerza en sonreír, pero sigue triste. Ha hablado con Henry de lo sucedido y le fastidia como ha quedado todo.

—¿No les castigan? —Aiden esconde la rabia cerrando los puños con fuerza.

—Les han apartado de vosotros, no puedo hacer más —Henry suspira, está sentado delante de Aiden en el comedor del orfanato y no le ha pasado por alto el gesto del chico.

—Les hará lo mismo a otros chicos...

—No —niega—, me he encargado de eso —con una sonrisa tranquilizadora añade—. No trataran con niños nunca más.

—Pero lo has visto, has visto como nos pegaban. Si no hubieras llegado en ese momento tal vez ahora estaríamos muertos. ¿Por qué no van a la cárcel?

—Es complicado —pero se esfuerza en explicárselo, es algo que le agrada de Henry, que nunca lo trata con condescendencia—. ¿Te suena la palabra inmunidad eclesiástica? Significa que nuestras leyes no les aplican, o no siempre. Además, han jugado la carta del suelo sagrado. Este es un lugar de culto y la jurisdicción estatal no tiene ningún papel aquí. Habiéndoles apuntado con un arma he puesto en peligro mi carrera. Los siervos de Dios no se ven igual ante la ley, aunque eso cambiará pronto espero. Vuestra generación puede cambiar las cosas, podéis ser mejores que nosotros. Este mundo está podrido, pero puede mejorar en un futuro. Por ahora ya no tenéis que preocuparos por esas personas.

—Ella dijo que lo habíamos matado —murmura cabizbajo.

—Dijo muchos reproches ese día, demasiados para ser una mujer devota. Es parte del acuerdo, yo no cuento toda la verdad de lo que he visto y ellos no amenazan ni torturan a ningún otro chico. No son intocables, aunque lo parezca. Puede que no vayan a la cárcel, pero si digo

todo lo que sé quedarán perjudicados y les destinarán a algún lugar recóndito. Tenemos que conformarnos en que no torturen a más chicos.

Se levanta para irse, una vez en la puerta se gira de nuevo hacia él y sonríe.

— Te lo prometí, ya no tendrás que preocuparte más.

— Gracias —Aiden se acerca a Henry con una leve sonrisa—. Si no fuera por ti seguiría el reinado del terror.

— Solo hago mi trabajo.

— He pensado en lo que me dijiste... —Aiden titubea y retuerce las manos—. Lo de adoptarme.

— Ah, sí. Bueno, tal vez ahora que todo está en calma no quieras irte —le sonríe—, pero mi oferta sigue en pie.

— Eres la primera persona en la que puedo confiar, el primer adulto que no se aprovecha de mí, que no me pega o insulta. Me has ayudado sin pedir nada a cambio. Es nuevo para mí —le mira con los ojos llenos de gratitud y después de debatirlo internamente desde hace días lo tiene claro—. Me encantaría formar parte de tu familia.

Tras todo el papeleo que implica una adopción ha llegado el día de despedirse de sus amigos. Shane se lo ha tomado un poco mal, contaba con Aiden las veinticuatro horas del día y esa separación le parece el fin del mundo. Pero Aiden se las ha arreglado para hacerle cambiar de opinión, se verán todos los fines de semana y parece que esa promesa a Shane le basta para animarse.

— Necesito salir de aquí, y ahora que ya no nos amenaza nadie puedo hacerlo sin preocuparme por si os pasa algo —intenta explicarles a sus amigos.

— Claro que si —afirma Connor.

— Además, ahora que ya no está la Hermana Viviana tenemos más libertad para entrar y salir —sonríe Brendan— nos veremos a menudo.

— No te olvides de nosotros —susurra Shane, Flynn le da un codazo y todos se ríen.

Aiden asiente, con una bolsa por maleta con los cuatro harapos que tiene como ropa y el recuerdo de su hermano en el corazón se vuelve hacia el policía. Se dirigen juntos hacia la verja que tantas veces ha saltado para escaparse y mira una última vez el orfanato en el que nunca se ha sentido como en casa. Piensa en los chicos que se quedan atrás y se promete que hará lo posible para que nadie tenga que sufrir lo mismo que ellos.

Capítulo 59

Aiden

Presente, 1985

Kean ríe a carcajada limpia con Aiden, están tomándose una cerveza bien fría en su bar de toda la vida. Kean no ha dejado de sonreír desde que encontró a su hermano pequeño en aquellos túneles, por primera vez en mucho tiempo ha podido dormir sin que los fantasmas del pasado le despierten entre horrores. Es feliz, a pesar de las circunstancias. Su hermano llevaba varios días encerrado en aquella habitación por culpa de Flynn. Si, Kean no estaba equivocado. Flynn tenía algo que ver en todas esas muertes y llevaba varios días desaparecido escondido en algún lugar de la ciudad. Esperando para matar de nuevo.

— Vaya par de tontos —sonríe Aiden dándole un codazo a su hermano mayor—. Que los dos pensáramos que el otro estaba muerto. Manda narices.

Aiden no murió aquella noche en los túneles, ni en la camilla donde el médico lo visitó. La Hermana Caitlín untó de dinero al médico para que falsificara los papeles de la muerte de Aiden mientras ella recibía todavía más dinero por vender al pequeño a una familia de estadounidenses, la misma que les había visitado en el orfanato. Aiden le ha explicado a Kean como se despertó en una habitación desconocida junto a la Hermana Caitlín, esa mujer le dijo que Kean había muerto para salvarle del monstruo del Hermano Liam y que solo podía protegerle si se iba con esa familia a otro país. Aiden era un crío, ¿qué iba a hacer? Se lo creyó a pies juntillas y lloró todas las noches hasta que se hizo mayor. Estudió abogacía y con lo poco que tenía ahorrado se fue a buscar respuestas a su ciudad natal. Fue a visitar el convento y allí encontró a Flynn, quien no se sorprendió de verle vivo. Le pareció que actuaba de una forma muy rara, así que le siguió a escondidas cuando salió del convento por la noche. Vio como entraba en una casa y golpeaba a ese hombre, que resultó ser el padre adoptivo de Kean. Se lanzó encima de él y mientras peleaban Henry le disparó en la pierna. Aiden asustado huyó tras Flynn y este le golpeó, por eso terminó atado en esa sala bajo el convento.

— Éramos unos críos —balbucea Shane mientras da otro trago a su copa.

Se peleó con Eryn hace unos días por ponerle en un compromiso al desvelarle a Brie pruebas de la investigación, eso le ha costado su carrera como inspector que se tambalea al borde de un precipicio.

— No bebas más —le aconseja Kean.

Shane lo ignora y se levanta para pedir otra copa, ha bebido tanto que no se da cuenta de que Jack los está observando desde una esquina del bar. Aiden y Kean se miran y sonríen. Vuelven a estar juntos.

— Espero que Connor se ponga bien —comenta Aiden.

Connor sigue en cuidados intensivos desde que se lo llevó la ambulancia, todavía no ha despertado y los médicos no tienen muchas esperanzas. Aun así, Kean va a visitarle cada día.

— Si hemos vuelto a encontrarnos, él puede salir de esta —Kean lo tiene claro, ahora todo es posible—. No sabes lo mucho que lamento todo lo que pasó, no quería que te hicieran daño.

— No volvamos a ello —Aiden le sonríe—, dejémoslo en el pasado.

Kean no quita la vista de su hermano, ha perdido tantos momentos que no piensa dejarle ir jamás. Ya no queda nada de aquel renacuajo que lo despertaba entre sonrisas cada mañana, ha crecido sin él. Es hora de recuperar el tiempo perdido.

— ¡Ayuda!

Alguien grita fuera del bar, todos se apresuran en salir y ven a una chica mirando hacia el cielo y señalándolo con el dedo. Kean alza la vista en dirección a donde apunta esa chica y un escalofrío le recorre el cuerpo. Shane está justo al borde de la azotea amenazando con tirarse.

Ni se lo piensan, entran en el edificio y suben por las escaleras de emergencia hasta llegar a la última puerta. Shane está de pie subido encima de una repisa con los puños y los ojos cerrados. Kean se acerca con cautela hacia su amigo con el corazón bombeándole con fuerza.

— Shane... —susurra.

— No te acerques —Shane se gira hacia Kean con los ojos llorosos—, no hago más que estropear las cosas.

— No has estropeado nada, lo que pasa es que has bebido demasiado —Kean le sonríe y da otro paso más hacia él—, vamos a encontrar a Flynn y a los demás Remendadores. Ya lo verás.

— ¡No! —Chilla enrabiado y Kean da un paso hacia atrás—. No merezco seguir viviendo, todo ha sido por mi culpa.

— No pienso irme Shane y Aiden tampoco, ¿a qué no? —mira a su hermano que se coloca junto a él igual de preocupado—. Todo tiene solución. Podemos ayudarte.

— La muerte no tiene solución.

Se frota los ojos y se tambalea, son solo unos instantes, pero los dos hermanos se quedan sin aire intercambiando miradas de pánico.

— Todo lo que ha pasado desde esa noche ha sido por mi culpa —sigue balbuceando—. Que ese hombre abusara de Aiden, la muerte del Hermano Liam, que os separaran. Si hubiera hecho caso a Aiden aquella noche nada de esto habría pasado. No existirían Los Remendadores.

— ¿Es por eso? —Aiden chasquea la lengua—. Shane éramos unos críos, yo no sabía dónde me metía y tú tampoco. Que esa noche no quisieras acompañarme no te convierte en culpable de

nada. Baja de ahí, por favor —le suplica.

— Lo dices para que no me tire —niega con la cabeza—, no vais a detenerme.

Dicho esto, se gira y mira de nuevo hacia abajo, la altura le da impresión e inconscientemente da un paso hacia atrás. Kean aprovecha ese momento para acercarse a él, le da la mano para ayudarlo a bajar, pero Shane la aparta. Está a punto de tirarse, Kean lo sabe. Por eso hace lo único que se le ocurre, se sube de un salto al lado de Shane. Su amigo ladea la cabeza y lo mira sin entender nada.

— Si tú te tiras yo también lo haré.

— ¡Baja de aquí! —Shane chilla.

— No —responde con firmeza—. Tu no hiciste nada, fui yo quien golpeé al Hermano Liam. Su muerte es mía, no tuya. Yo empecé esta guerra de muertes sin sentido. Si alguien merece morir, soy yo.

Shane se queda boquiabierto al escuchar en alto esas palabras, nunca habían hablado del tema. A Kean le duele admitirlo, pero es un mal necesario para que su amigo entre en razón. Le acerca la mano de nuevo.

— ¿Qué dices? ¿Nos tiramos los dos o bajamos por las escaleras?

Shane rompe a llorar, Kean aprovecha para agarrarlo con fuerza y con la ayuda de Aiden lo bajan del borde.

— Por un pelo —murmura Aiden.

— La verdad siempre sale a la luz, sabía que ocultabais algo.

Todos se giran hacia esa voz, el inspector Jack Evans los observa desde el resquicio de la puerta

— Kean, quedas detenido por el asesinato del Hermano Liam y por ser sospechoso en el caso de Los Remendadores. Esta vez te llevaré directo a la cárcel, ya puedes despedirte de tu libertad.

El inspector Jack Evans se acerca triunfal hacia los tres amigos mientras ellos se quedan allí paralizados con las caras desencajadas. Kean siente de nuevo el peso de todas las muertes a su espalda. ¿Es así como termina todo? Mira a su hermano pequeño que aprieta los labios y a Shane que sigue paralizado, no puede hacer más que sonreírles con tristeza mientras Jack le pone las esposas. Aiden se acerca a él y le abraza antes de que el inspector se lo lleve.

— Juntos contra el mundo —le susurra a su hermano mayor.

Y con esa promesa Kean se vuelve hacia Jack sabiendo que esto no ha hecho más que empezar.

Epílogo

Brendan está sentado en su despacho con los pies encima de la mesa mirando desde lo alto de su edificio los cimientos de la ciudad. Todo ha salido a pedir de boca, no han podido relacionarle con ninguna de las muertes. Tal como había planeado. Aunque Flynn estuvo a punto de echarlo todo a perder, pero ahora eso era problema de la policía y que Connor siguiera inconsciente era de gran ayuda. El mismo se ha encargado de que el coma de Connor se alargue, así se evitará tener que matarlo. Aunque si se da el caso...

Alguien llama a su puerta, Aiden entra en la sala sin mediar palabra y se planta en medio de la habitación con los brazos cruzados.

— El mismismo Aiden Walsh, el verdadero —Brendan clava sus ojos endemoniados en él—. Me preguntaba cuando volverías.

— Flynn no tardará en caer —Aiden esboza una media sonrisa—. ¿A quién cargarás las muertes esta vez?

— Depende —Brendan se reclina sobre su silla—. ¿Puedo confiar en ti?

Aiden se acerca a él, posa las manos sobre la mesa y le mira fijamente.

— He seguido tus instrucciones hasta ahora. ¿Qué te hace dudar?

Agradecimientos

Gracias por llegar hasta aquí.

Gracias por dar la oportunidad a una autora autopublicada, por elegir este libro entre los millones de títulos que existen, por leer cada palabra y vivir de primera mano la historia de Kean y Aiden.

Su historia no ha hecho más que empezar, has congelado el tiempo con ellos y has sentido todo su dolor en tu piel, ¿y ahora? Aún les queda un largo camino para resolver todos los secretos que se esconden tras los túneles.

Si quieres que más personas conozcan sus misterios puedes poner una valoración en Amazon y dar la oportunidad a otros lectores para que se sumerjan en el libro.

De verdad, mil gracias.